

14  
28



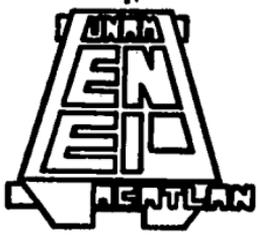
**UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA  
DE MEXICO**

**ESCUELA NACIONAL DE ESTUDIOS PROFESIONALES  
ACATLAN**

**EL CONFLICTO DEL PODER EN LAS  
RELACIONES INTERNACIONALES FRENTE A LOS  
GRAVES PROBLEMAS MUNDIALES DE  
FIN DE SIGLO**

**T E S I S**  
QUE PARA OBTENER EL TITULO DE  
**LICENCIADO EN RELACIONES INTERNACIONALES**  
P R E S E N T A  
**ROGELIO GARCIA CONTRERAS**

ASESOR DE TESIS: DR. JOSE EUSEBIO SALGADO Y SALGADO



**JUNIO DE 1995**

**FALLA DE ORIGEN**



Universidad Nacional  
Autónoma de México



## **UNAM – Dirección General de Bibliotecas Tesis Digitales Restricciones de uso**

### **DERECHOS RESERVADOS © PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL**

Todo el material contenido en esta tesis está protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Gracias a Dios,

a mis padres por todo,

a mi asesor por su invaluable ayuda, paciencia y dedicación.

a todos los maestros que me consideraron la calidad de alumno.

a Evangelina por su cariño, apoyo y comprensión.

a Lidharta, Jimena, Ligia y Cloe, por enriquecer con su presencia  
mi vida universitaria.

*Para Ernesto y Mauricio a quienes amo y adminiro.*

***NO TENDREMOS ÉXITO EN ERRADICAR LA MALDICIÓN QUE NOS  
ABRUMA, LA MALDICIÓN DE HABER NACIDO DEMASIADO TARDE  
PARA PERTENECER A UNA ERA POLÍTICA GRANDIOSA, A MENOS  
DE QUE ENTENDAMOS QUE SOMOS CAPACES DE CONVERTIRNOS  
EN LOS PRECURSORES DE UNA ERA IGUALMENTE GRANDIOSA  
PERO PROPIA.***

**MAX WEBER**

***LAS POTENCIAS NUCLEARES YA NO POSEEN EL PODER PARA  
DOMINAR PERO TIENEN LA CAPACIDAD PARA FRUSTRAR. LAS  
POTENCIAS ECONÓMICAS NO PUEDEN POR SÍ SOLAS CONSTRUIR  
NUEVA ESTRUCTURA INTERNACIONAL, PERO PUEDEN IMPOSIBI-  
LITARLA A TRAVÉS DE SU RIVALIDAD.***

**HENRY KISSINGER**

***¡TRISTE ÉPOCA LA NUESTRA! ES MÁS FÁCIL DESINTEGRAR UN  
ÁTOMO QUE UN PREJUICIO.***

**ALBERT EINSTEIN**

# INDICE

## INTRODUCCIÓN

5

## CAPITULO I :

### LAS RELACIONES INTERNACIONALES Y LA LUCHA POR EL PODER.

#### I.1 PRINCIPIOS TEÓRICOS DE LAS RELACIONES INTERNACIONALES.

11

- I.1.1. *EL INTERÉS INDIVIDUAL Y COLECTIVO, UN ELEMENTO BÁSICO DEL REALISMO POLÍTICO.* 14
- I.1.2. *EL DERECHO INTERNACIONAL COMO INSTRUMENTO RECTOR DE LAS RELACIONES INTERNACIONALES.* 16
- I.1.3. *LA MORAL INTERNACIONAL COMO LÍMITE DEL PODER.* 20

#### I.2. HECHOS Y REALIDADES DE LAS RELACIONES INTERNACIONALES. 26

- I.2.1. *EL PODER NACIONAL: LA CAPACIDAD NACIONAL PARA DESARROLLAR UNA POLÍTICA EXTERIOR SÓLIDA E INFLUYENTE.* 28

## CAPITULO II :

### EL EQUILIBRIO DE PODER ENTRE LAS NACIONES.

#### II.1 LA IGUALDAD ENTRE LOS ESTADOS Y LA UNIFICACIÓN DEL PODER. 33

##### II.1.1. ACUERDOS, PACTOS Y ALIANZAS. 36

##### II.1.2. LOS ORGANISMOS INTERNACIONALES Y SU FUNCIÓN EQUILIBRADORA: DE LA SOCIEDAD DE NACIONES A LA ONU Y SU IMPOSTERGABLE REFORMA. 38

## CAPITULO III :

### LA GRAN TRANSFORMACIÓN MUNDIAL DE FIN DE SIGLO.

#### III.1 LOS SISTEMAS TOTALITARIOS Y SU TENDENCIA GLOBALIZADORA. 49

#### III.2 LA CRISIS DE LAS IDEOLOGÍAS Y LA RUPTURA DEL EQUILIBRIO BIPOLAR DE POSGUERRA. 55

#### III.3. EL FINAL DE LA GUERRA FRÍA Y LAS PARADOJAS DE UN MUNDO EN TRANSICIÓN. 64

## INDICE

|  |           |
|--|-----------|
| <b>INTRODUCCIÓN</b>  | <b>5</b>  |
| <b>CAPITULO I :</b>  |           |
| <b><u>LAS RELACIONES INTERNACIONALES Y LA LUCHA POR EL PODER.</u></b>  |           |
| <b>I.1 <u>PRINCIPIOS TEÓRICOS DE LAS RELACIONES INTERNACIONALES.</u></b>   | <b>11</b> |
| <b>I.1.1. <i>EL INTERÉS INDIVIDUAL Y COLECTIVO, UN ELEMENTO BÁSICO DEL REALISMO POLÍTICO.</i></b>  | <b>14</b> |
| <b>I.1.2. <i>EL DERECHO INTERNACIONAL COMO INSTRUMENTO RECTOR DE LAS RELACIONES INTERNACIONALES.</i></b>   | <b>16</b> |
| <b>I.1.3. <i>LA MORAL INTERNACIONAL COMO LÍMITE DEL PODER.</i></b>   | <b>20</b> |
| <b>I.2. <u>HECHOS Y REALIDADES DE LAS RELACIONES INTERNACIONALES.</u></b>  | <b>26</b> |
| <b>I.2.1. <i>EL PODER NACIONAL: LA CAPACIDAD NACIONAL PARA DESARROLLAR UNA POLÍTICA EXTERIOR SÓLIDA E INFLUYENTE.</i></b>                        | <b>28</b> |
| <b>CAPITULO II :</b>   |           |
| <b><u>EL EQUILIBRIO DE PODER ENTRE LAS NACIONES.</u></b>   |           |
| <b>II.1 <u>LA IGUALDAD ENTRE LOS ESTADOS Y LA UNIFICACIÓN DEL PODER.</u></b>   | <b>33</b> |
| <b>II.1.1. <i>ACUERDOS, PACTOS Y ALIANZAS.</i></b>   | <b>36</b> |
| <b>II.1.2. <i>LOS ORGANISMOS INTERNACIONALES Y SU FUNCIÓN EQUILIBRADORA: DE LA SOCIEDAD DE NACIONES A LA ONU Y SU IMPOSTERGABLE REFORMA.</i></b> | <b>38</b> |
| <b>CAPITULO III :</b>  |           |
| <b><u>LA GRAN TRANSFORMACIÓN MUNDIAL DE FIN DE SIGLO.</u></b>  |           |
| <b>III.1 <u>LOS SISTEMAS TOTALITARIOS Y SU TENDENCIA GLOBALIZADORA.</u></b>  | <b>49</b> |
| <b>III.2 <u>LA CRISIS DE LAS IDEOLOGÍAS Y LA RUPTURA DEL EQUILIBRIO BIPOLAR DE POSGUERRA.</u></b>  | <b>55</b> |
| <b>III.3. <u>EL FINAL DE LA GUERRA FRÍA Y LAS PARADOJAS DE UN MUNDO EN TRANSICIÓN.</u></b>   | <b>64</b> |

## **CAPITULO IV :**

### **LAS NUEVAS PRIORIDADES EN LAS RELACIONES INTERNACIONALES**

|  |    |
|--|----|
| IV.1. <u>LA ECONOMÍA DE MERCADO Y SU TENDENCIA GLOBALIZADORA.</u>                                | 71 |
| IV.2 <u>RECURSOS NATURALES, ECOLOGÍA Y MEDIO AMBIENTE.</u>                                       | 80 |
| IV.3 <u>EXPLOSIÓN DEMOGRÁFICA Y BIENESTAR SOCIAL.</u>  | 86 |
| IV.3.1. <i>POBREZA Y DESIGUALDAD.</i>  | 87 |
| IV.3.2. <i>MIGRANTES Y REFUGIADOS.</i>   | 91 |
| IV.4 <u>EL COMBATE MUNDIAL AL NARCOTRÁFICO.</u>  | 95 |
| IV.5 <u>LOS ADELANTOS TECNOCIENTÍFICOS Y SU INFLUENCIA EN LA SOCIEDAD MUNDIAL CONTEMPORÁNEA.</u> | 98 |

## **CAPITULO V :**

### **LAS RELACIONES INTERNACIONALES HACIA EL NUEVO MILENIO.**

|   |     |
|---|-----|
| V.1 <u>CONFLICTO Y EQUILIBRIO EN EL MUNDO DEL AÑO 2000.</u> | 104 |
|---|-----|

## **BIBLIOGRAFÍA**

116

R.G.C.

## INTRODUCCIÓN

El conocimiento y las capacidades humanas siguen perfeccionándose; este proceso no puede ni debe interrumpirse; se aceleró en el Siglo XVIII y se hizo visible hasta el punto de convertirse en una suerte de orgullosa y universal filosofía de la vida: estamos "en el cambio hacia el progreso". El hombre lo aceptó y la cultura occidental le apostó con toda la fé. Así, cuando en el Siglo XIX la industrialización construyó un mundo lleno de adelantos y sorprendentes beneficios, los hombres de ese tiempo imaginaban con entusiasmo que todos los aspectos de la existencia humana resultarían profundamente transformados; de hecho, Marx, entre otros pensadores, estaba convencido de que la historia nos llevaría directamente hacia la justicia y el bienestar social, en un proceso casi "natural". Pero aunque el progreso sigue avanzando a pasos agigantados, su acelerado proceso con todo y sus consecuencias ha rebasado, por mucho, las expectativas que las generaciones anteriores hubieran sido capaces de prever.

Tal y como sucedió en los últimos años de la Edad Media, el imperio de los dogmas que construyeron la historia de este Siglo XX no sólo se está desmoronando sino que también se está desprendiendo de su propia lógica y contradicción, demostrándonos así, una vez más, que la historia social y política no es el lógico resultado de un proceso dotado de una dirección y un sentido, y que en las relaciones internacionales, el Conflicto del Poder está dominado por miles de causas, algunas de ellas tan insensatas como el azar.

En términos generales, la constante lucha de las sociedades modernas por construir un sistema político más sano, justo, plural e igualitario, sustentado en el derecho, desencadenó los dos grandes fracasos ideológico-políticos de este siglo. En un afán por perfeccionar y superar el sistema democrático, el fascismo primero, y el socialismo después, cimbraron en dos ocasiones el camino de la democracia moderna; una democracia que hoy aparece como la gran triunfadora sustentada sobre los principios económicos liberales de la propiedad privada y del libre mercado. Pero nuestro liberalismo, aquél que fue y es un antídoto contra las ideologías y los sistemas autoritarios, no puede ser el del Siglo XIX. Al liberalismo actual y a su sistema democrático, le aquejan muchos males y grandes injusticias; la tríada famosa con la que comenzó el mundo moderno a raíz de la revolución francesa: libertad, igualdad y fraternidad, está cada vez más lejos de ser alcanzada, sobre todo cuando se comienzan a disipar los espejismos y los falsos triunfalismos de la "victoria occidental".

De acuerdo con el intelectual ruso, Alexander Solzenitsin, el progreso se concibió como una línea recta, radiante y continua, pero con el paso del tiempo, parece más bien una curva compleja y retorcida. Una vez más este progreso nos regresó a las mismas y eternas preguntas de antaño, con la diferencia de que antes un ser humano menos desestabilizado, menos aislado, podía enfrentarlas más fácilmente.

La realidad de este siglo nos ha demostrado que es imposible cifrar nuestras esperanzas en la ciencia, en la tecnología o en el crecimiento económico. La victoria de la civilización científica y técnica nos ha inyectado algo parecido a la inseguridad espiritual. Sus dones nos enriquecen, pero también nos esclavizan. Parece que el hombre de este tiempo debe admitir, si no quiere autoextinguirse, que atrapados en las redes de este progreso vertiginoso la vida no tiene ningún sentido.

En consecuencia, depende sólo de nosotros dejar de ver al progreso y a otros absolutismos heredados del Siglo XIX, como un caudal de beneficios ilimitados y comenzar a considerarlos como un regalo que somete nuestro libre albedrío a la más difícil de las pruebas: La razón humana. Una razón que no debe ser absoluta, sino relativa, pues se trata de elegir entre seguir "dominando" a la naturaleza, "controlando" al otro y "superando" al enemigo, o vivir con la naturaleza, aprender del otro y tolerar al que piensa o siente diferente. Una razón que no debe ser un conocimiento sino un camino hacia el conocimiento, pues se trata de relacionarnos a través de la cultura y no mediante los estatutos de poder que actualmente rigen nuestra vida... se trata de enriquecernos mutuamente, no de autoextinguirnos.

Y es que lamentablemente, hoy en día se han roto los lazos horizontales entre los individuos. La aparente efervescencia de la vida política y social se traduce por una enajenación y una apatía individual más marcada con respecto a los demás. La identidad individual se confunde y se corrompe con la idolatría a "estrellas" de la música o guías espirituales, y el vacío político de nuestro tiempo, como dice Octavio Paz, deja "libre" el concepto de libertad, lo replantea, lo engendra nuevamente, pero ahora depende de nosotros mismos (de los hombres de este tiempo), que esa nueva definición de libertad no vuelva a servir como parte de un discurso político o un mecanismo de control del poder. José Luis Borges dijo alguna vez en una entrevista para la TV que *la libertad no necesita alas sino raíces*, y yo creo que no existe mejor suelo que la razón para comenzar a echar las raíces de la libertad.

Vivimos pues el fin de un período histórico y el comienzo de otro. Dos grandes guerras, varias revoluciones y otros trastornos sociales y políticos han marcado a nuestro siglo. Muchos pueblos y muchas tierras han sufrido prolongadas sombras de sus libertades públicas, pero lo más lamentable es que la mayoría de los hombres han hecho de su libertad una sombra ajena de su propia verdad.

Nos acercamos ahora a una frontera simbólica entre los siglos, incluso entre los milenios; menos de una década nos separa de este salto trascendental que, a causa de la impaciencia de los tiempos modernos, muchas firmas comerciales afirman ya haber dado. Por eso, debemos de meditar lo vivido, debemos de hacer un balance de este siglo XX y actuar de inmediato sobre sus consecuencias. La destrucción del medio ambiente, la explosión demográfica, la pobreza extrema, las hambrunas, el SIDA, las bombas nucleares, el narcotráfico y otras muchas calamidades son hijas de esta centuria, y aunque el siglo anterior tuvo sin duda gran parte de responsabilidad en el asunto, los hombres de este tiempo no podemos deslindarnos de la parte que nos toca.

Es muy lamentable que aún cuando todos los líderes políticos, religiosos y morales del mundo saben de las consecuencias que trae la destrucción del medio ambiente sigan sin mover un dedo para solucionarlo. Pero más lamentable todavía es el hecho de que aún cuando todos sabemos eso, no hagamos nada ni para presionarlos, ni para solucionarlo. En dicho contexto, el conflicto del poder que caracteriza a las relaciones internacionales lógicamente adquiere una nueva dimensión, pues si bien es cierto que las relaciones internacionales son relaciones de poder, la inexplicable y todavía irresponsable actitud del ser humano, está provocando que el panorama de ese poder se torne incierto.

Las grandes potencias democráticas y capitalistas de fin de siglo, y más aún, las naciones subdesarrolladas de la periferia, atraviesan hoy en día por una tremenda crisis que no sólo es económica, sino también de valores y de identidad. En estos tiempos, un río caudaloso de dudas, miedos e injusticias se desborda en forma de nacionalismos extremos y xenofobias absurdas, drogadicción epidémica y desastre ecológico, cataclismo económico y desigualdad social, explosión demográfica y hambre desmedida.

El hombre moderno ha visto al mundo como un depósito de recursos al que hay que explotar, y jamás se ha puesto a considerar que un "progreso" ilimitado es incompatible con los recursos limitados del planeta. En una carrera desmedida hacia el desarrollo y la hegemonía económica, la cultura de este siglo XX se olvidó de esto: más que excederse en explotar a la naturaleza, hay que preservarla. Destruimos sin el menor indicio de racionalidad un medio ambiente que es nuestro destino común.

Para el próximo milenio, la creciente crisis ecológica puede acarrear una modificación de las zonas climáticas y una escasez de agua dulce y de tierras cultivables allí donde antes abundaban. Esto puede ocasionar, a su vez, el surgimiento de nuevos conflictos en el planeta, auténticas guerras de supervivencia en un mundo impresionantemente sobrepoblado. Así, en un equilibrio precario -ya no de poder, sino vital- las potencias hegemónicas (fundadoras originales de la

tragedia), deberán barajar dilemas muy complejos: respetar el valioso pluralismo de culturas y su legítima búsqueda de soluciones sociales distintas y, al mismo tiempo, no perder de vista sus propios valores tan difícilmente adquiridos como la estabilidad de su vida cívica y democrática. De lo contrario, como señala Jacques Attali en su libro *Milenio*, "el creciente flujo de refugiados que cruzan las fronteras de las naciones industrializadas, podría aumentar de forma tan dramática, que para la primera década del siguiente siglo, Occidente podría convertirse en una especie de fortaleza sitiada, quizás todavía segura, pero fortaleza al fin".

Más valdría no esperar la presión de los acontecimientos externos o su eventual estallido. Debemos adoptar una actitud de conciliación, de prudente contención, y aprender de esa forma a aceptar el curso inevitable de las cosas naturales. Pero la tarea no es sencilla ni mucho menos, y para muestra basta un botón: Durante la Conferencia de Río sobre desarrollo y medio ambiente, los Estados Unidos de América, nación que por sí sola consume la mitad de los recursos naturales disponibles en el mundo y lo contamina en la misma proporción, insistieron en limitar el alcance de un acuerdo internacional entre los países más sensatos, en nombre de sus intereses inmediatos, como si no tuvieran que vivir en el mismo planeta. Después resulta que otros países como Alemania y Japón se negaron, y aún se niegan, a considerar exigencias modestas. Así, en virtud de la competencia económica y del poder político, nos estamos envenenando a nosotros mismos, y eso sencillamente, no puede ni debe ser.

Por lo tanto, esta crucial problemática también afecta ya los tejidos más sensibles de la ética política, y aunque es muy cierto que los criterios morales que prevalecen entre los individuos, las familias y los círculos más restringidos no pueden trasladarse mecánicamente al ámbito de los Estados y de los dirigentes políticos, también es cierto que los Estados son administrados por personas comunes, cuyos actos repercuten en otras personas comunes. Además, los desajustes que pueden observarse en el comportamiento político a menudo son bastante ajenos a los imperativos del Estado, y más bien corresponden al interés individual de los gobernantes o estadistas. Así, lo que se les pide moral y éticamente a los individuos, es decir, saber distinguir entre la honestidad y el fraude, entre la generosidad, la bondad, la avaricia, la envidia y el mal, también habría que exigírselo a los países, a los gobiernos, a los parlamentarios y a los partidos, en una palabra, habría que exigírselo a todos aquellos sujetos que representan y ejercen el poder.

Sustentar todas estas propuestas y cumplir con el objetivo general a través de la elaboración de una investigación profunda y detallada sobre los problemas internacionales más críticos de este fin de siglo, constituye el punto medular de mi trabajo de Tesis. De esta manera, el problema del desarrollo económico frente al de la preservación del medio ambiente, o el de la integración comercial frente al del resurgimiento de los nacionalismos -por poner sólo un par de ejemplos- me han dado

la pauta para formular una propuesta teórico-analítica acerca de las nuevas relaciones de poder que se darán en el ámbito internacional durante los primeros años del próximo Siglo y los últimos de éste. Para ello, he tratado de ser lo más objetivo posible cuidándome de no caer en futurismos o adivinanzas, resaltando la importancia de un equilibrio en el poder, y destacando, como prioridades universales que hay que resolver, muchos de los principales problemas mundiales de nuestro tiempo.

De esta manera, en el Capítulo I, titulado **LAS RELACIONES INTERNACIONALES Y LA LUCHA POR EL PODER**, lo que pretendo es brindar un panorama general de las Relaciones Internacionales como relaciones de poder, apoyándome en el estudio de los principios teóricos y en el análisis de la realidad práctica de esta actividad humana, para demostrar con las bases y fundamentos que sólo se adquieren con la investigación, que es el poder, el principio y el fin de toda relación internacional, y que es el ejercicio de este poder, el medio a través del cual, las Relaciones Internacionales se sustentan y equilibran.

En el Capítulo II que lleva por título **EL EQUILIBRIO DE PODER ENTRE LAS NACIONES**, presento un argumento histórico, amplio pero reciente, que no sólo complementa lo establecido en el Capítulo I, sino que también sienta las bases para el correcto desarrollo y la mejor comprensión del Capítulo siguiente. En el segundo Capítulo trato de sustentar, a través del uso de la historia, la premisa fundamental de mi Tesis, es decir, el Conflicto del Poder como elemento central de toda relación internacional, amén de demostrar que el equilibrio de poder es un principio básico en el desarrollo de las Relaciones Internacionales.

**LA GRAN TRANSFORMACION MUNDIAL DE FIN DE SIGLO** es el título del Capítulo III. En él, la idea es presentar el marco teórico, político, social e histórico en el que se desenvolverá el objetivo general de mi trabajo. Para ello, me apoyaré en la plena convicción de que hoy, el imperio de los dogmas que construyeron la historia de este Siglo XX, no sólo se está desmoronando sino que también se está desprendiendo de su propia lógica y contradicción, demostrándonos así, una vez más, que la historia social y política no es el lógico resultado de un proceso dotado de una dirección y un sentido, y que en las Relaciones Internacionales, el Conflicto del Poder está dominado por miles de causas, algunas de ellas tan insensatas como el azar. Por eso, en este Capítulo pretendo demostrar que en el orden internacional la caída del socialismo significó más una ruptura radical con los hábitos políticos, económicos, sociales, comerciales e intelectuales, que el fin del conflicto bipolar y de la Guerra Fría en sí.

El Capítulo IV, titulado **LAS NUEVAS PRIORIDADES EN LAS RELACIONES INTERNACIONALES**, constituye el desarrollo de la idea general de

mi proyecto de Tesis y el punto medular de mi trabajo de investigación; se trata de presentar un estudio profundo y detallado, lo más objetivo posible, sobre una amplia gama de acontecimientos que están constituyéndose como las máximas prioridades en las Relaciones Internacionales de nuestro tiempo.

Por último, he titulado al Capítulo V **LAS RELACIONES INTERNACIONALES HACIA EL NUEVO MILENIO**. El realismo político nos sugiere que las relaciones internacionales son relaciones de poder, pero a medida que el mundo agoniza gracias a la irresponsable y todavía inexplicable actitud del ser humano, el panorama y las razones de ese poder se tornan inciertos. En consecuencia, el objetivo de este último Capítulo es presentar, a manera de **conclusión**, una propuesta teórica de las condiciones generales que mantendrán las Relaciones Internacionales durante los últimos años de este Siglo XX y los primeros del nuevo milenio. Si no queremos que la corrupción y la decadencia triunfen inevitablemente, los hombres de este tiempo habremos de cooperar para la consecución de varios y diversos objetivos. Controlar la polución, combatir las epidemias, limitar la proliferación de armas, detener el terrorismo, evitar la desertización, preservar la diversidad genética erradicar el hambre, compartir los recursos escasos, luchar contra el narcotráfico, y un sin fin de cosas más se han convertido en los nuevos prioridades globales en un mundo cada vez más interdependiente. Establecer una nueva dimensión ética para lograrlo es una tarea tan necesaria como adaptar los conceptos de soberanía y autodeterminación a la realidad cambiante.

Presento pues a consideración, el trabajo escrito de mi investigación que con la opción de Tesis Profesional, lleva por título: **EL CONFLICTO DEL PODER EN LAS RELACIONES INTERNACIONALES FRENTE A LOS GRAVES PROBLEMAS MUNDIALES DE FIN DE SIGLO**, y cuyo objetivo general es presentar un análisis profundo y detallado sobre los principales y más graves problemas mundiales de este fin de Siglo, con el propósito de comprender mejor, tanto la evolución de las Relaciones Internacionales en nuestro tiempo, como la configuración, casi por necesidad, de una nueva dimensión en la estructura y el ejercicio del poder.

## CAPITULO I.

### **LAS RELACIONES INTERNACIONALES Y LA LUCHA POR EL PODER**

#### **I.1. Principios teóricos de las Relaciones Internacionales.**

El estudio de las Relaciones Internacionales es, como el de todas las disciplinas sociales, particularmente complicado. La problemática que afronta concierne a la naturaleza de toda política; la historia del pensamiento político sólo nos muestra una confrontación de corrientes y escuelas que lejos de aclarar, parecen complicar más la perspectiva teórica y práctica de esta actividad humana. Sin embargo, aunque son muchas las corrientes de pensamiento que han tratado de formular un planteamiento teórico en la materia, su propósito científico no debe ser juzgado a partir de ciertas nociones epistemológicas preconcebidas, sino por su propósito común de ordenar, para luego poder orientar toda la gama de acontecimientos internacionales que, de otra forma, estarían desubicados y desalineados en el amplio universo de las Ciencias Sociales.

Rescatar pues los conceptos básicos de las principales escuelas del pensamiento político y sumarlos a los principios teóricos fundamentales de la política internacional, nos llevaría hacia una espiral interminable que a la postre, nos conduciría justo al centro de la confrontación histórica entre las distintas corrientes políticas, las cuales -por lo demás-, sólo difieren en lo sustancial, en sus concepciones básicas sobre la naturaleza del hombre, de la política y de la sociedad.

Por lo tanto, como una medida de precaución, y no de omisión, he decidido que todo el desarrollo de mi trabajo de investigación se sustente sobre los fundamentos teóricos y epistemológicos de la única corriente de pensamiento que, a mi juicio, se ha enfocado al estudio de las relaciones internacionales con mayor objetividad, certeza y precisión, me refiero al realismo político.

La preocupación teórica del realismo por estudiar a la naturaleza humana tal y como es, así como su voluntad crítica para definir los procesos históricos tal y como han ocurrido, lo convierten en la corriente de pensamiento político más adecuado para el estudio de las Relaciones Internacionales.

El realismo político supone que la política, al igual que toda la sociedad, obedece a leyes objetivas que arraigan en la naturaleza humana.<sup>1</sup> Si queremos sobrevivir y más aún, tener éxito, afirman los realistas, debemos de comenzar a estudiar cómo se comporta la gente, y no cómo debería de comportarse<sup>2</sup>, y sin lugar a dudas, el mejor marco de referencia para comenzar a estudiar cómo se comporta la gente es el de las Relaciones Internacionales, ya que es ahí donde realmente podemos estudiar a los hombres tal y como son. ¿Dónde si no en las Relaciones Internacionales podemos observar las características más importantes de la esencia humana relativas a la supervivencia?

Desde que el ser humano apareció en la faz de la tierra su comportamiento ha sido tan variado, como variados y únicos han sido sus sentimientos y deseos en la escala universal de pasiones que viaja constantemente del odio al amor o de la arrogancia a la humildad. Al igual que Thomas Hobbes, los realistas consideran que una tendencia generalizada en el comportamiento humano es el eterno e inconstante deseo de poder, el cual sólo termina con la muerte<sup>3</sup>, sin embargo, a diferencia de Hobbes, los realistas reconocen que tal consideración puede o no ser cierta; para esta corriente del pensamiento político, en las relaciones internacionales, como en toda clase de relaciones humanas, lo único cierto es que la conducta del hombre es incierta, lo cual significa que existen tantas respuestas al estímulo externo o interno, como seres humanos habitan el mundo. En resumen, para los realistas políticos no existe nada escrito, es decir, no hay patrones de conducta individuales, y mucho menos colectivos, que expliquen las causas de ningún acontecimiento político o social.

Para el realismo, la teoría consiste en la verificación de los hechos que encuentran sentido a través de la razón. Sin embargo, no basta con el simple análisis de los hechos. Para dar sentido a los elementos iniciales y fácticos de las relaciones internacionales debemos acercarnos a la realidad política con una especie de esquema racional, una suerte de mapa que nos sugiera los posibles sentidos de los acontecimientos internacionales. El realismo cree tanto en la objetividad de las leyes de la política como en la factibilidad de elaborar una teoría racional que explique, aunque sea imperfecta y parcialmente, estas leyes objetivas. También cree, como no podía ser de otro modo, en la posibilidad de discernir entre verdad y opinión en el

<sup>1</sup> HANS J. MORGENTHAU, *Política entre las naciones. La lucha por el poder y la paz*, p. 12.

<sup>2</sup> MARTIN GRIFFITHS, *Realism, idealism and international politics; a reinterpretation*, p. 22.

<sup>3</sup> THOMAS HOBBS, *Leviathan*, Cap. II.

campo de la política, entre lo que es verdad objetiva y, racionalmente, entre lo sustentado por la evidencia e iluminado por la razón, y lo que sólo es un juicio subjetivo, desprendido de los hechos tal cual son o influido por el prejuicio y el optimismo.<sup>3</sup>

Es aquí justamente donde cabría hacer una observación antes de continuar. Precisamente por las condiciones sociales y políticas actuales, y por las características de esta corriente, el realismo en el cual sustentaré este apartado de principios teóricos, no será ortodoxo; más bien será un realismo universal, no absoluto sino relativo. En fin, lo que estoy tratando en vano de decir, es que ante la abrumadora presencia de reflexiones intelectuales tras reflexiones pseudo-intelectuales, lo que se requiere actualmente para el estudio de las relaciones internacionales es un retorno al empirismo razonado, pero relativo; o sea, un regreso a la verificación de la experiencia directa y a su ordenamiento a través de la razón, pero con el reconocimiento de que esa percepción directa de los hechos, aún cuando siempre -y en todo momento- presenta rasgos de universalidad, es, al cabo, relativa. Si consideráramos la totalidad de la vida mental del hombre tal como existe -la vida que tienen los hombres fuera de sus conocimientos y sus ciencias, la vida que siguen interior y privadamente- tendríamos que admitir que la parte de esta vida a la que el realismo -e incluso el racionalismo- está en capacidad de responder, es relativamente superficial.<sup>4</sup>

Bajo esos principios podemos decir, como afirma Octavio Paz, que "hoy triunfa un relativismo universal. El término es contradictorio: ningún relativismo puede ser universal sin dejar de ser un relativismo, pero vivimos en una contradicción lógica y moral... el relativismo nos ha dado muchas cosas buenas y la mejor entre ellas ha sido la tolerancia, el reconocimiento del otro. Sin embargo, este relativismo universal -aparte de su intrínseca debilidad filosófica- es una forma atenuada y en cierto modo hipócrita del nihilismo que ahora vivimos recubierto de una falsa benevolencia universal. Es un nihilismo que no se atreve a decir lo que es, y una sociedad relativista que no confiesa que lo es, es una sociedad envenenada por la mentira... El remedio, quizá, está en volver a los clásicos del pensamiento, por ejemplo, a Kant, no para repetirlo sino para continuarlo, pues la única cura del nihilismo es la crítica de la razón".<sup>5</sup> Y es que la razón práctica de Kant establece que el hombre siente el deber, y es la conciencia de esta responsabilidad lo que le da a la libertad el carácter de condición necesaria. "Los hechos por sí mismos no pueden conocerse, sólo la razón les da sentido".<sup>6</sup>

<sup>3</sup> HANS J. MORGENTHAU, *op cit.*, p. 13.

<sup>4</sup> WILLIAM JAMES, *Ensayos sobre el empirismo radical*, p. 18.

<sup>5</sup> Al respecto ver: REVISTA VUELTA No. 195, p. 30

<sup>6</sup> MANUEL KANT, *La crítica de la razón práctica*, Cap I.

Por eso, el realismo político en el que debe sustentarse el estudio de las relaciones internacionales en esta era post-moderna que se inicia, tiene que ser un realismo que le brinde a los acontecimientos un sentido lógico a través de la razón. De ahí que las bases metodológicas de nuestro realismo no pueden ni deben ser más las del orden bipolar, pues de lo contrario, los riesgos de caer en un oscuro absolutismo son inminentes. Se trata en cambio, de olvidarnos del “vicio de lo establecido” y continuar a Kant, es decir, se trata de comprobar una hipótesis racional, contra los hechos reales y sus consecuencias, de manera que el resultado de dicha comprobación sea lo que le brinde un sentido teórico, pero relativo, a los acontecimientos internacionales.

Es claro pues -y creo que sobra decirlo a estas alturas-, que una teoría de las Relaciones Internacionales fundada en las bases del realismo político, es una teoría que por el momento histórico de su gestación no alcanza para explicar en su totalidad la complejidad de los fenómenos y procesos que caracterizan a estos tiempos de postguerra fría. Sin embargo, una teoría realista vuelta a su origen, libre de los vicios del absolutismo y de otras abstracciones, puede ser un instrumento valiosísimo para entender la realidad contemporánea.

En resumen, una Teoría de las Relaciones Internacionales construida a partir de los principios y conceptos epistemológicos del realismo político, no sólo debe apoyarse sobre los elementos racionales de la realidad política internacional, sino que además debe ser racional en vista de sus propios propósitos morales y prácticos. De esta manera, lejos de quedar invalidada por cualquier acontecimiento no contemplado o erróneamente vislumbrado, esta teoría realista de las relaciones internacionales supone que la realidad, al ser incierta y relativa en muchos sentidos, simplemente debe entenderse y evaluarse como una aproximación científica de lo que ha sido supuesto o previsto en el análisis. Además, un objeto de estudio elemental para las relaciones internacionales es el poder, y para el realismo político, el elemento principal que le da rumbo a su vocación teórica sobre el acontecer internacional, es el concepto de interés definido en términos de poder. Lo cual significa que es la estructura y el ejercicio de este poder, lo que proporciona el enlace epistemológico entre la razón -que busca comprender la evolución del interés individual o colectivo- y los hechos que reclaman comprensión.

#### *1.1.1. El interés individual y colectivo, un elemento básico del realismo político.*

Para los seguidores del realismo político, las relaciones internacionales es el marco de referencia a partir del cual, debemos comenzar a estudiar el comportamiento de los hombres en sociedad. Según los realistas, el Estado es el fiel reflejo de la capacidad racional que tiene el ser humano para vivir y convivir

Por eso, el realismo político en el que debe sustentarse el estudio de las relaciones internacionales en esta era post-moderna que se inicia, tiene que ser un realismo que le brinde a los acontecimientos un sentido lógico a través de la razón. De ahí que las bases metodológicas de nuestro realismo no pueden ni deben ser más las del orden bipolar, pues de lo contrario, los riesgos de caer en un oscuro absolutismo son inminentes. Se trata en cambio, de olvidarnos del “vicio de lo establecido” y continuar a Kant, es decir, se trata de comprobar una hipótesis racional, contra los hechos reales y sus consecuencias, de manera que el resultado de dicha comprobación sea lo que le brinde un sentido teórico, pero relativo, a los acontecimientos internacionales.

Es claro pues -y creo que sobra decirlo a estas alturas-, que una teoría de las Relaciones Internacionales fundada en las bases del realismo político, es una teoría que por el momento histórico de su gestación no alcanza para explicar en su totalidad la complejidad de los fenómenos y procesos que caracterizan a estos tiempos de postguerra fría. Sin embargo, una teoría realista vuelta a su origen, libre de los vicios del absolutismo y de otras abstracciones, puede ser un instrumento valiosísimo para entender la realidad contemporánea.

En resumen, una Teoría de las Relaciones Internacionales construida a partir de los principios y conceptos epistemológicos del realismo político, no sólo debe apoyarse sobre los elementos racionales de la realidad política internacional, sino que además debe ser racional en vista de sus propios propósitos morales y prácticos. De esta manera, lejos de quedar invalidada por cualquier acontecimiento no contemplado o erróneamente vislumbrado, esta teoría realista de las relaciones internacionales supone que la realidad, al ser incierta y relativa en muchos sentidos, simplemente debe entenderse y evaluarse como una aproximación científica de lo que ha sido supuesto o previsto en el análisis. Además, un objeto de estudio elemental para las relaciones internacionales es el poder, y para el realismo político, el elemento principal que le da rumbo a su vocación teórica sobre el acontecer internacional, es el concepto de interés definido en términos de poder. Lo cual significa que es la estructura y el ejercicio de este poder, lo que proporciona el enlace epistemológico entre la razón -que busca comprender la evolución del interés individual o colectivo- y los hechos que reclaman comprensión.

### *1.1.1. El interés individual y colectivo, un elemento básico del realismo político.*

Para los seguidores del realismo político, las relaciones internacionales es el marco de referencia a partir del cual, debemos comenzar a estudiar el comportamiento de los hombres en sociedad. Según los realistas, el Estado es el fiel reflejo de la capacidad racional que tiene el ser humano para vivir y convivir

organizadamente en comunidad; bajo un cúmulo más o menos homogéneo de intereses comunes, los individuos que integran un Estado al menos comparten una cosa: el hecho de integrarlo. De esta manera, el estudio de las relaciones internacionales resulta particularmente constructivo, sobre todo si tomamos en cuenta que la mayoría de nuestras relaciones como individuos (salvo las familiares o afectivas) las hacemos como representantes de asociaciones, sin que sean los Estados la excepción a dicha afirmación. Esto significa que las relaciones internacionales son, básicamente, relaciones entre Estados, pero Estados habitados y dirigidos por individuos, quienes a su vez, planean, piensan y ejecutan la política exterior.

Debemos entonces suponer que los hombres que dirigen a las grandes asociaciones llamadas Estados, piensan y actúan en virtud de un interés individual de poder. Sin embargo, buscar la razón de tal o cual política exterior exclusivamente en los intereses de los gobernantes resulta engañoso, pues en realidad -si somos honestos- muchas veces ni siquiera sabemos nosotros mismos porqué actuamos de cierta manera.

Una teoría de las relaciones internacionales sustentada en el realismo político, elude este absolutismo y, en cambio, distingue entre el deber estatal o gubernamental del estadista y su deseo personal. Dicho en otras palabras, un analista realista de las relaciones internacionales debe distinguir entre el interés nacional o colectivo y el interés particular o individual de los hombres que controlan y dirigen a un Estado. El realismo político supone que su concepto clave de interés definido como poder es una categoría objetiva de validez universal, pero no otorga al concepto un significado inmutable.<sup>7</sup>

Es cierto, esta idea del interés individual y colectivo resulta ser la esencia de toda política, independientemente del tiempo y el espacio en el que se desarrolle. Sin embargo, el tipo de interés determinante de las acciones políticas en un período particular de la historia depende del contexto político y cultural dentro del cual se formula la política exterior.<sup>8</sup> Y si lo vemos objetivamente, lo mismo podemos decir del poder, pues su contenido, el modo en que se utiliza y la forma como se ejecuta, también están determinados por el entorno político y cultural. El poder puede comprender cualquier cosa que establezca y mantenga el control del hombre sobre el hombre; en consecuencia, el poder abarca todas las relaciones sociales que sirven a ese fin, desde la violencia física hasta el más sutil lazo mediante el cual una mente controla a otra.<sup>9</sup>

<sup>7</sup> HANS J. MORGENTHAU, *op. cit.*, p. 19.

<sup>8</sup> Al respecto ver: MITCHAEAL CLARKE, *Understanding foreign policy: the foreign policy...*, p. 97.

<sup>9</sup> HANS J. MORGENTHAU, *op cit.*, p. 20.

Tucidides afirmó que “la identidad de intereses es el más sólido lazo que une a los estados y a los individuos”,<sup>10</sup> y aunque esa frase la escribió hace ya mucho tiempo, la condición de la naturaleza humana no se ha transformado como tampoco se ha modificado el nexo subjetivo que existe entre el interés individual y colectivo, el cual a su vez, define en términos de poder el desarrollo de una política exterior determinada.

Los intereses -materiales e ideales- y no las ideas son quienes dominan directamente las acciones de los hombres; no obstante, las “imágenes” del mundo creadas por estas ideas a menudo han servido como indicadores para determinar los caminos por los cuales el dinamismo de los intereses impulsa el movimiento de las acciones.<sup>11</sup> De ahí que resulte inevitable, para toda teoría que pretenda explicar el conflicto del poder en las relaciones internacionales, el uso de una barrera psicológica que le permita gozar de una explicación y una justificación especial.

#### 1.1.2. *El Derecho Internacional como instrumento rector de las relaciones internacionales.*

A medida que los Estados se han afianzado a través de la historia como entes autónomos provistos de un gobierno y de un territorio, el Derecho Internacional ha regulado -o por lo menos ha intentado regular- todas las relaciones políticas, económicas y culturales que se dan entre éstos.

Como todos sabemos, el concepto de Estado es la antítesis del concepto de Imperio; el dominio universal promovido por los dogmas imperialistas encuentra su opuesto en la defensa de la Soberanía Nacional como elemento fundamental de un Estado-Nación. Pero el término “soberanía” tiene diferentes sentidos. En el contexto del derecho, y de la filosofía de la estructura interna del Estado, la “soberanía” denota el poder supremo dentro del mismo; así, hablamos por ejemplo de un poder legislativo soberano. Sin embargo, cuando hallamos el término “soberanía” en el Derecho Internacional y en las Relaciones Internacionales, estamos frente al reverso de la misma moneda: puesto que todos los Estados son iguales e igualmente Estados, la soberanía no implica ya la idea de supremacía sino, por el contrario, la de independencia. Además, el término también recibe un sentido secundario en las leyes internacionales, denotando la autoridad que un Estado tiene sobre su territorio o sobre sus ciudadanos. En fin, independientemente del sentido que se le brinde a la palabra, el concepto de soberanía corresponde al *imperium* del derecho romano y

<sup>10</sup> TUCÍDIDES, *La Guerra del Peloponeso*, Cap. 1

<sup>11</sup> MAX WEBER, *Gesammelte zur Religionssoziologie*, p. 252.

comprende, en general, todo lo relativo al poder supremo para legislar y hacer cumplir las leyes. La soberanía es, fundamentalmente, un concepto jurídico.<sup>12</sup>

Resulta sencillo, por lo tanto, comprender que el Derecho Internacional está íntimamente ligado a la aparición del Estado-Nación y a su consolidación como ente autónomo en el amplio marco del universo jurídico. El moderno sistema de Derecho Internacional es el resultado de la gran transformación política que marca la transición de la Edad Media al Renacimiento, es decir, el paso que se dio del sistema feudal al Estado territorial. Si existió de algún modo paz y orden en las relaciones entre las entidades renacentistas que poseían autoridad suprema dentro de sus territorios, se debió inevitablemente a la existencia de ciertas normas legales que ordenaron dichas relaciones.<sup>13</sup> Así, durante los Siglos XV y XVI diversos pensadores desarrollaron a partir del reconocimiento de los derechos y las obligaciones de los Estados en su relación con otros Estados, un cuerpo de normas jurídicas que se convirtieron en las bases del derecho internacional.

Muchos fueron los problemas que enfrentaron los primeros Estados territoriales principalmente en la Europa del Siglo XVI, y aunque esas dificultades eran de algún modo consustanciales a la naturaleza del Estado soberano que estaba emergiendo, la verdad es que sólo la aparición de ciertas normas legales permitió ordenar las nuevas relaciones interestatales y logró evitar, en gran medida, el dominio generalizado de la anarquía y la violencia.

En la actualidad, sin embargo, el papel del derecho internacional como sistema jurídico que regula las relaciones entre los Estados es muy discutido. Demasiada gente supone, generalmente sin haber echado un vistazo serio a su carácter o a su historia, que el derecho internacional es y siempre ha sido una farsa; otros parecen pensar que es una fuerza con suficiente poder propio como para que, si solamente tuviéramos la sensatez de poner a trabajar a los abogados en un código comprensible para las naciones, podríamos vivir juntos en paz y en armonía con el mundo. Es difícil determinar quién es más nocivo entre el cínico y el erudito; pero lo cierto es que ambos cometen el mismo error. Ambos suponen que el derecho internacional es un tema sobre el que cada cual puede intuitivamente formarse una opinión sin tomarse la molestia como suele hacerse ante otros temas, de indagar en sus hechos relevantes.<sup>14</sup>

Se dice que la sociedad internacional está basada en la igualdad jurídica de todos los Estados, y esta afirmación es el axioma fundamental sobre el que descansa todo el Derecho Internacional. Pero la realidad nos muestra que este axioma es falso.

<sup>12</sup> Al respecto ver: MAX SORENSEN, *Manual de Derecho Internacional Público*, p. 63.

<sup>13</sup> Al respecto ver: HANS J. MORGENTHAU, *op cit*, pp. 323 y 324.

<sup>14</sup> J. L. BRIERLY, *The outlook for International Law*, pp. 1 y 2.

En efecto, si fuera verdad, todos los Estados tendrían los mismo derechos y obligaciones, la consecuencia más elemental de la igualdad jurídica. Pero los Estados no tienen en la vida internacional los mismos derechos y obligaciones, como se deduce del simple examen de la sociedad internacional. Las grandes potencias, que están representadas en todos los órganos internacionales, pueden fácilmente oponerse a que cualquiera de estas organizaciones funcione en contra de sus intereses nacionales, y toman entre ellos decisiones que afectan a todos los demás. Es verdad que tal desigualdad jurídica y política es un reflejo de la desigualdad real entre los Estados, pero también es cierto que esa desigualdad no tiene una base jurídicamente establecida, sino que es derivada de una acción política que no refleja exactamente las exigencias de una justa distribución de las responsabilidades internacionales en función de las potencialidades de cada Estado.<sup>15</sup>

Por eso, los teóricos más reconocidos de las relaciones internacionales y los juristas más destacados en la materia, coinciden en la imperiosa necesidad de distinguir una cosa de la otra, es decir, separar el "deber ser" jurídico, de la anarquía vigente en la realidad internacional, sin que ello signifique que todos los esfuerzos del Derecho Internacional por constituirse en un instrumento jurídico que ordene y equilibre con justicia las relaciones entre los Estados, queden relegados a segundo término.

Es cierto, el Derecho que se aplica entre los Estados, es un Derecho que concede la categoría de Sujeto Internacional a una unidad territorial de gran poder, que posee, en su esfera propia, la cualidad de ser independiente de cualquier superior, cualidad que llamamos soberanía, y dentro de esa esfera, tiene el poder y el derecho de dictar la ley no sólo para sus propios ciudadanos, sino también para los que no lo son. Pero el Derecho Internacional como sistema jurídico no alcanza a contemplar al Estado en su integridad, simplemente lo "juzga" en los aspectos formales externos que la costumbre internacional les ha permitido alcanzar. Esto significa que el Derecho Internacional es Derecho y nada más, lo cual, justifica las constantes violaciones de la que es objeto.<sup>16</sup> De hecho, casi todos los miembros de la comunidad internacional no acatan las normas establecidas por este Derecho, pero esa realidad no significa que el Derecho Internacional sea una farsa o no funcione.

<sup>15</sup> MODESTO SEARA VAZQUEZ, *Derecho Internacional Público*, pp. 20 y 21.

<sup>16</sup> ROBERT O. KEOPHANE, *Sovereignty, interdependence and international institutions*, p. 109.

\* Si hablamos desde el marco de referencia que nos plantea el realismo político, debemos recordar que no solo los Estados son los sujetos del Derecho Internacional y por ende de las relaciones internacionales. El hombre como ente autónomo e individual, al igual que las organizaciones internacionales intergubernamentales también son considerados por los especialistas en la materia como sujetos activos del Derecho y las relaciones internacionales.

Las motivaciones de los Estados -que sólo constituyen comunidades humanas- sin duda son siempre mixtas, y las complicaciones de los asuntos humanos son tales, que una de las partes en conflicto nunca tiene toda la razón y la justicia, y la otra nunca es completamente culpable y criminal. Las guerras, no obstante, no se emprenden sólo por agresores y violadores de derecho, también se llevan a cabo, en parte, para mantener el derecho. De ahí que el Derecho Internacional nunca haya quedado mudo, ni siquiera en pleno choque de las armas, y no hay disputa "política" que no sea también "jurídica". Pero tampoco es cierto que el Derecho Internacional haya dado jamás completa aprobación a la guerra, aunque bien puede ser que sus expositores hayan sido culpables de una indebida tolerancia hacia ella y de conceder excesiva legitimidad a sus consecuencias.<sup>17</sup>

Esta naturaleza del Derecho Internacional a la que Hans Morgenthau llama "descentralizada" es el resultado inevitable de la estructura "descentralizada" de la sociedad internacional, la cual tiene como característica esencial que en ella no existe una autoridad central legislativa e imparcial, con poderes coactivos. Por lo tanto, el Derecho Internacional debe su existencia y funcionamiento a dos factores, ambos de carácter descentralizado: intereses idénticos o complementarios de cada uno de los Estados y la distribución del poder entre ellos. Donde no hay comunidad de intereses ni equilibrio de poder tampoco hay derecho internacional. Mientras el derecho nacional puede originarse y encontrar sanción en la voluntad arbitraria de los órganos de Estado, el Derecho Internacional, en cambio, es en gran medida resultado de fuerzas sociales objetivas. Pero este equilibrio de poder actúa como fuerza descentralizada sólo bajo la forma de disuasivo general contra las violaciones del derecho internacional y en los casos excepcionales en que una violación reclama una acción que refuerce la norma. Mientras que los intereses idénticos y complementarios que actúan como agentes descentralizadores están constantemente en juego -son la verdadera savia del Derecho Internacional- y ejercen su influencia descentralizadora sobre tres funciones básicas que debe cumplir cualquier sistema legal: legislar, dictar sentencia y hacer cumplir la ley.<sup>18</sup>

Es cierto, el momento actual se caracteriza por el enfoque más realista de la problemática jurídica internacional, que busca ya más claramente la base económica del derecho jurídico, en un mundo relativamente empequeñecido debido a la explosión demográfica, la facilitación de los desplazamientos, y el desarrollo de las comunicaciones en masas, factores que aumentan la interdependencia y crean una sensación, reflexiva o no, de un destino común universal.<sup>19</sup> Pero a pesar de tal aseveración, la primera y fundamental condición es que el Derecho de las Naciones -aún en nuestros días- sólo puede existir si hay un equilibrio, un equilibrio de poder,

<sup>17</sup> Al respecto ver: MAX SORESENSEN, *Op cit.*, p. 56.

<sup>18</sup> Al respecto ver: HANS J. MORGENTHAU, *Op cit.*, pp. 326 y 327.

<sup>19</sup> MODESTO SEARA VAZQUEZ, *Op cit.*, p. 55

entre los miembros de la Familia de las Naciones. Si las potencias no pueden controlarse entre sí, ninguna regla de derecho podrá tener fuerza... y como no existe, hasta el momento, ninguna autoridad política central por encima de los Estados soberanos que realmente pueda imponer las normas del Derecho Internacional, sólo el equilibrio de poder podrá impedir que cualquier integrante de la comunidad mundial se vuelva omnipotente.<sup>20</sup>

La actual crisis de nuestro universo político nos obliga a replantear muchos aspectos de nuestra vida cívica que quedaron atrapados en las penosas redes del absolutismo, la intolerancia y el totalitarismo. El propio Estado, como Sujeto de Derecho Internacional, ha caído en una auténtica crisis de funcionalidad, una crisis que se refleja constantemente en el manejo de su política interna y externa, pero que sobre todo, obliga a los mismos Estados, como miembros de la Comunidad Internacional, a establecer "mecanismos" de "convivencia" adecuados, que les permitan superar en "coordinación" con los demás Estados, las difíciles condiciones políticas, económicas, sociales y culturales de nuestro tiempo. En otras palabras, lo que quiero decir es que se puede equilibrar el poder -es más, se debe equilibrar el poder- entre los Estados, pero a partir de un sistema rector más justo, plural, e igualitario, que dé respuesta a las nuevas demandas internacionales a partir de principios cívicos, democráticos y jurídicos más sólidos y estables.

Por todo lo anterior, como afirma Modesto Seara Vázquez, podemos llegar a la conclusión de que hemos entrado a una nueva época del Derecho Internacional, en la que habrá que replantearse de forma radicalmente distinta el problema de la concepción y los fines de esta especialidad jurídica.<sup>21</sup> Mientras tanto, espero que este pequeño esfuerzo por presentar un panorama general de la relación que tiene el Derecho Internacional con el estudio de las Relaciones Internacionales, haya sido suficiente para comprender que aún cuando el Derecho Internacional deja mucho que desear y presenta muchas deficiencias al ser ejercido, ello no significa que sea por naturaleza defectuoso. El Derecho Internacional no presenta fallas en su método y en su estructura como disciplina jurídica, simplemente, por razones de su misma esencia, es susceptible de ser "violado" en sus disposiciones y modificado en su contenido.

### 1.1.3. *La moral internacional como límite del poder.*

El punto medular en el desarrollo y evolución de las relaciones internacionales es, sin lugar a dudas, el conflicto del poder. Al igual que los

<sup>20</sup> LEON OPPENHEIM, *International Law*, p. 80.

<sup>21</sup> Al respecto ver: MODESTO SEARA VÁZQUEZ, *Op Cit*, p. 56.

naturalistas, los realistas políticos creen que el impulso por el poder -el deseo de ser superior al otro- es algo consustancial a la propia naturaleza del ser humano, algo casi instintivo que va ligado a razones psicológicas, las cuales involucran la asimilación consciente y subconsciente de la vida y la muerte, que a su vez se traduce, principalmente, en el instinto de supervivencia. Sin embargo, a diferencia del naturalismo, el realismo reconoce que en el ámbito de las relaciones internacionales, la lucha por el poder alcanza una dimensión distinta.

Si el conflicto por el poder sólo obedeciera a la voluntad de los más hábiles, aptos y fuertes, en términos de sus capacidades “naturales” físicas y mentales, el escenario nacional y por ende, el internacional, se parecería muchísimo al estado descrito por Hobbes, el de “la guerra de todos contra todos”.<sup>22</sup> La política internacional se encontraría manejada única y exclusivamente por la “conveniencia” política de los hombres que ejercieran el poder, y la ética del poder descrita magistralmente por Maquiavelo en su obra *El Príncipe*, tendría una relación estrecha, cierta e incuestionable con el ejercicio del poder. En otras palabras, en un mundo gobernado y manipulado únicamente por los *principes maquiavélicos*, los débiles siempre estarían a merced de los fuertes. La anarquía sería universal y como tal, única fuente del derecho.<sup>23</sup>

En la realidad, sin embargo, la propia amenaza de un mundo donde el poder reine no sólo en forma suprema, sino sin rival a la vista, engendra una especie de rebelión contra el poder que es tan universal como el poder mismo.<sup>24</sup> De hecho, todas las civilizaciones de la humanidad han establecido en mayor o menor medida, sistemas normativos a través de mecanismos ideológicos, políticos e incluso culturales, para defenderse del impulso conquistador de los “otros”, evitar la extinción o la desintegración, y proteger sus propios intereses de los deseos o pretensiones del más poderoso.

Cuando la sociedad o algunos de sus miembros son incapaces de protegerse a sí mismos con su propia fortaleza contra las ambiciones de poder de otros, estos sistemas normativos tratan de suplir la política de poder con sus propias normas de conducta. Este es el mensaje que transmiten los sistemas normativos a los poderosos y a los débiles por igual: el poder superior no otorga derecho moral ni legal para hacer con ese poder todo lo que físicamente sea capaz de hacer. El poder se encuentra sujeto a limitaciones, en interés de la sociedad como conjunto y en interés de sus integrantes individuales, que no son resultado de la mecánica de la lucha por

<sup>22</sup> THOMAS HOBBS, *Leviathan*, Cap. XIII.

<sup>23</sup> Maquiavelo creía en una ética del poder tanto como en una política del poder. Un príncipe sólo tenía una “virtud”. Debía estar dispuesto a hacer cualquier cosa para obtener el poder y para conservarlo y aumentarlo; en consecuencia, necesitaba tener la prudencia, habilidad, recursos y singularidad de propósito necesarios para que esta “virtud” fuese efectiva. - Al respecto ver, NICOLAS MAQUIAVELO, *El Príncipe*, Cap. XIII.

<sup>24</sup> HANS J. MORGENTHAU, *Op Cit.*, p. 269.

el poder, sino que resultan sobreimpuestas en forma de normas o reglas de conducta por la voluntad de los propios miembros de la sociedad.<sup>25</sup> En ese sentido, el derecho y la moral son los dos tipos de normas o reglas de conducta que operan como limitantes del poder en la sociedad internacional. Pero del Derecho Internacional y de su vínculo con el desarrollo y acontecer de las relaciones internacionales, ya hemos hablado con anterioridad. Es de la moral y de su capacidad normativa para actuar como reguladora o limitante del poder, de lo cual nos ocuparemos a continuación.

Un realista puede pensar, al igual que un racionalista, que la fuente de la normatividad moral es la racionalización de una especie de "pulsión hacia el altruismo o el cooperativismo" que incluso algunos psicólogos suponen en la composición del aparato psíquico de muchos individuos. Sin embargo, los realistas reconocen que antes de determinar el origen del Estado, el derecho, la moral, o cualquier otro aspecto de la civilización humana, lo más importante para analizar exitosamente a las relaciones internacionales es comprender la manera como se equilibra el poder. Esta es la condición *sine qua non* un internacionalista puede entender su objeto de estudio, y a partir de la cual los alcances y límites de los distintos sistemas normativos, especialmente el de la moral internacional, pueden ser concebidos y comprendidos con mayor objetividad.

Siempre que se habla de moral en la política no podemos evitar una discusión que ha sido eternamente la misma. El problema de la relación entre la moral y la política nace de la constatación de que existe un contraste entre las acciones humanas y algunas reglas fundamentales y generales de la conducta que son llamadas morales, sin las cuales la convivencia sería no sólo imposible sino también infeliz. Cualquiera que conozca la historia y haya hecho alguna reflexión sobre la conducta humana puede constatar que en la esfera política, interna y externa, se efectúan continuamente acciones que son consideradas ilícitas por la moral o, por el contrario, se permiten acciones que la moral considera obligatorias. De esta constatación se recaba la consecuencia de que la política, nacional o internacional, entendida como un mecanismo de lucha por el poder, obedece a un código de reglas diferente y en parte incompatible con el código moral.<sup>26</sup> Dicho en términos maquiavélicos, así como existen dos clases de personas, los príncipes y los miembros del vulgo, también existen dos clases de moral.

En el mundo de Maquiavelo, la moral ordinaria no es obligatoria para los príncipes ni para Estado o gobierno alguno que funcione en el papel de príncipe. Los Estados y sus gobernantes pueden robar y matar, mentir y engañar, siempre que así

<sup>25</sup> *Idem.*

<sup>26</sup> Al respecto ver: NORBERTO BOBBIO, *Política y Moral*, Suplemento "Società e cultura", Diario La Stampa, 05-feb-91, Italia.

parezcan aconsejarlo las “razones de Estado”, o sea, sus perspectivas de incrementar su poder. Según Maquiavelo, los príncipes y los Estados sólo tienen un deber, el de la autoconservación; una regla de conducta, el egoísmo; una meta fundamental, el incremento de su poder. Estos príncipes y Estados no reconocen ningún superior legítimo o moral, ninguna ley obligatoria, ningún juicio externo sobre sus decisiones. Y sin embargo esperan que sus súbditos, el vulgo, conserven esa moral tradicional que como gobernantes rechazan para sí mismos; y utilizan el secreto y el engaño para mantener la separación entre estos dos patrones de moral.<sup>27</sup>

Es aquí justamente donde se resalta uno de los aspectos más importantes por el cual se vincula, erróneamente, al realismo con la corriente naturalista del pensamiento político: En ciertos momentos, como individuos, y aún más importante, como sociedades, estamos sujetos a la normatividad de la moral, y a consecuencia de ello, reconocemos un poder común sobre nosotros, el Estado. Pero en otras circunstancias, ya no como individuos sino como sociedades, y más aún, como Estados, las normas morales no suelen generar influencia alguna sobre nosotros, y por lo tanto, no reconocemos ningún poder común, aunque éste exista de *facto* o de *jure* en la escena internacional.<sup>28</sup> Sin embargo esta visión maquiavélica de la relación entre la moral y la política, no es del todo realista como muchos autores pretenden establecer.

Es cierto, el código moral en todos los tiempos y países, y más allá de los preceptos jurídicos, ordena: “no matarás”. Pero, en cambio, la historia humana puede ser objetivamente representada como una larga, continua, ininterrumpida cadena de asesinatos, masacres de inocentes, atentados sin objetivo aparente, de subversiones, rebeliones, cruentas revoluciones, guerras, que normalmente se justifican con los más diversos argumentos. Entonces, se observa con razón que el precepto moral “no matarás” puede regir dentro del grupo o Estado, pero no fuera de él, o sea, no en las relaciones internacionales. Con esta explicación, el precepto moral que prohíbe matar se vuelve puramente instrumental, pierde el carácter de imperativo categórico. Vale dentro del grupo porque asegura la paz entre sus miembros, una paz necesaria para la sobrevivencia del conjunto, no para lo que esté fuera de él, porque el conjunto sobrevive sólo si logra defenderse del ataque de los demás que le son hostiles,<sup>29</sup> es decir, de los ataques y pretensiones del poderoso. Por eso, hablando en términos de la moral internacional, el precepto “no matarás” no sólo se convierte en algo absurdo e intrascendente, sino que es de hecho nulo. Para ser un “buen” ciudadano, libre y patriota, un individuo tiene la obligación de luchar contra el agresor que altere la paz de su comunidad o pretenda colocarse por encima

<sup>27</sup> CARON DEUSCH, *Política y Gobierno*, p. 89.

<sup>28</sup> RACHEL McCLEARY, *Seeking justice, ethics and international affairs*, p. 24.

<sup>29</sup> Al respecto ver: NORBERTO BOBBIO, *Política y Moral*, Nexos 172, abril de 1992, pp. 33 y 34.

de la independencia y soberanía de su Nación, y dentro de esa obligación, el individuo tiene la autorización tácita de matar a su enemigo.

Desde otro punto de vista, la distancia entre la moral y la política nace del hecho de que la conducta política está dominada por la máxima "el fin justifica los medios" y el fin de la política -la conservación del Estado- es tan superior al bien de los particulares que justifica la violación de las reglas morales fundamentales que campean entre los individuos y en las relaciones entre ellos. En este sentido, la crítica moral se perfila básicamente hacia el valor del fin, y no todos los fines son tan altos que justifiquen cualquier medio, ni todos los medios que se utilizan para alcanzar un determinado fin son lícitos. Basta pensar, por ejemplo, en las normas que periódicamente han sido establecidas por el denominado derecho de guerra<sup>\*</sup>; que estos límites no sean respetados por las partes en conflicto no quiere decir que su violación no se tome como una ofensa moral de la conciencia civil internacional, pues aunque esto último es particularmente cierto en las Relaciones Internacionales, la máxima jurídica y moral que se encuentra en los cimientos de cualquier convivencia interestatal es *pacta sunt servanda* (los pactos deben ser cumplidos). Toda sociedad es una red de relaciones de intercambio que sobrevive en la medida en que está garantizada la seguridad de las transferencias. De aquí que uno de los preceptos de la moral internacional exige respetar los pactos, pues de lo contrario, la comunidad internacional sería tan hostil que ningún Estado podría sobrevivir.<sup>30</sup>

Sin embargo, es claro que los pactos no se respetan. Pero así como en el Derecho, la norma "no matarás" no tiene peso si se justifica con la "legítima defensa" o en la moral internacional el precepto "no matarás" no tiene peso si se justifica con el asesinato del enemigo -como ya lo hemos visto-, cuando se trata de Pactos Internacionales ni el Derecho ni la Moral pueden alterar esta máxima; los acontecimientos políticos y sociales serán los que determinen de qué manera se observarán los compromisos adquiridos. Las teorías hegelianas de la razón de Estado, que sostienen que la política debe subordinarse a la moral, encuentran en esta máxima un enorme obstáculo, pues es un hecho que puede haber diversas situaciones políticas y sociales en el acontecer internacional, en las que sea legítima la derogación de los principios o acuerdos, lo cual a su vez, nos conduce a una certeza que puede ser irrevocable: "Ningún principio moral tiene valor absoluto... El estado de necesidad es un ejemplo de ello, porque la necesidad no tiene ley, es la ley misma".<sup>31</sup>

\* El derecho de guerra no es sino la aplicación de un estatuto determinado en tiempos de guerra. Es decir, la aplicación de una serie de obligaciones y derechos sobre los beligerantes, los neutrales, etc. Por lo tanto, el derecho de guerra no tiene nada que ver con tratar de limitar el uso de la fuerza, como algunos suponen. La única prohibición total al empleo de la guerra como recurso para regular diferencias entre los Estados, la encontramos en el Tratado de París o Pacto Briand-Kellog del 27 de agosto de 1928.

<sup>30</sup> Al respecto ver: NORBERTO BOBBIO, *Op. Cit.*, p. 33.

<sup>31</sup> *Ibidem*, p. 34.

Volvemos entonces a los extremos de toda discusión acerca de la moral internacional: por una parte, el extremo en el que se subestima la influencia de la moral sobre la política internacional, y por la otra, el extremo que la subestima al negar que los estadistas y diplomáticos estén animados por cualquier otra cosa que no sean las consideraciones del poder material.<sup>32</sup> Sin embargo, caer en estos extremos no es tan grave como parece; simplemente se trata de comprender -como lo hicimos con el Derecho Internacional-, que en las Relaciones Internacionales la Moral presenta una dimensión distinta. Ello no significa que los fundamentos de la Moral Internacional sean débiles o vacilantes, únicamente nos refiere a la certeza de que las Relaciones Internacionales se desarrollan a partir de la desconfianza, y por lo tanto, la sociedad de las naciones es una comunidad en la que al final, triunfa siempre el que resulta ser más fuerte o prudente. Con una Moral y un Derecho que se observan *rebus sic stantibus* (según estén las cosas), los Estados casi siempre se ven obligados a recurrir a la fuerza o a la prudencia -definidas maquiavélicamente como virtudes para conservar el poder- y no a la sabiduría como pudiesen pretender los moralistas: "la sabiduría del inteligente está en vigilar moralmente su conducta".<sup>33</sup>

En consecuencia, podemos afirmar que en las Relaciones Internacionales la prudencia y la fuerza son, en cierto sentido, bastiones de la moral internacional, en cuanto a que ambas son virtudes necesarias para la conservación y el equilibrio del poder. De manera que el verdadero desafío de la Moral Internacional no está en trasladar mecánicamente al ámbito de los Estados los criterios morales que prevalecen entre los individuos, sino en reconocer que los Estados son administrados por personas comunes cuyos actos repercuten en otras personas comunes. Así, lo que se le pide a los individuos, es decir, "saber distinguir entre la honestidad, la bajeza y el fraude, entre la generosidad, la bondad, la avaricia y el mal, también habría que exigírselo a los países, a los gobiernos, a los parlamentarios y a los partidos"<sup>34</sup>, pero a través de un mecanismo interactivo basado en el conocimiento, que enarbole la virtud de la prudencia y minimice la de la fuerza. ¿Cómo lograrlo?, tal vez conscientizando, tal vez educando, no lo sé. Quizá nadie lo sepa a ciencia cierta. Lo único que sé es que tal y como están hoy las cosas, con todos los problemas mundiales que vivimos en este fin de Siglo, si la gestión internacional de un Estado, de un partido o de una política no tiene ninguna base moral, será inútil hablar de un porvenir de la humanidad.

<sup>32</sup> Al respecto ver: HANS J. MORGENTHAU, *Op Cit*, p. 275.

<sup>33</sup> LA BIBLIA, *Libro de los Proverbios*, Cap. 14, Versículo 8.

<sup>34</sup> Al respecto ver: ALEXANDR SOLYENTSIN, *Discurso de Liechtenstein*, Vuelta 204, nov. 1993, p. 16

## 1.2. Hechos y realidades de las Relaciones Internacionales.

Cuando decidí que el tema central de mi tesis profesional fuera el conflicto del poder en las Relaciones Internacionales, de alguna manera estaba seguro de que, al menos por ese único punto, mi trabajo nunca dejaría de ser una obra útil y actual para los futuros estudiosos de la materia. Hoy, cuando comienzo a redactar las primeras líneas de este apartado que lleva por título *Hechos y realidades de las Relaciones Internacionales*, ya no estoy tan seguro de que mi propósito de realizar un trabajo trascendente dependa sólo de ese factor; pero en cambio, estoy convencido, después de haber realizado una intensa investigación, de que las Relaciones Internacionales son -en los hechos- única y exclusivamente relaciones humanas de lucha por el poder.

Sin embargo, hablar de poder internacional o de una lucha interestatal por el poder no es algo sencillo de entender. De hecho, debemos comenzar diciendo que por poder entendemos el control y el dominio que a través de cualquier medio, un individuo o grupo de individuos, tiene o tienen sobre otros. Pero es aquí donde viene el problema, cómo hablar del poder que tiene una nación sobre otra, si dentro de la misma nación existe una división entre los que dominan y los que son dominados. Y más aún, cómo hablar de las estrategias de política exterior que un Estado formula para luchar por sus intereses, si tan solo entre los miembros de una misma sociedad pueden existir diferencias radicales en sus aspiraciones y objetivos.

La respuesta es más sencilla de lo que parece, y ésta se encuentra en el entendimiento de que el poder lo ejercen individuos comunes sobre otros individuos comunes,<sup>35</sup> y por lo tanto, cuando hablamos en términos empíricos acerca del poder o de la política exterior de ciertas naciones, sólo queremos significar el poder o la política exterior de ciertos individuos que pertenecen a la misma nación.<sup>36</sup> En otras palabras, los Estados y los Organismos Internacionales -como grandes asociaciones humanas que son- se relacionan, interactúan y se enfrentan unos a otros en términos de poder, tal y como sucede dentro de un Estado-Nación,<sup>37</sup> pero a diferencia de las relaciones que se dan entre los individuos dentro de los límites del Estado, en las Relaciones internacionales los encuentros se producen, las más de las veces, en el marco de una completa hostilidad.

Nadie puede negar que los Estados, los Organismos Internacionales, las corporaciones financieras y la gran mayoría de asociaciones humanas que tienen un

<sup>35</sup> Al respecto ver: I.1.3. *La moral internacional como limitante del poder.*

<sup>36</sup> HANS J. MORGENTHAU, *Op Cit.*, p. 134.

<sup>37</sup> Al respecto NAU HIRSCHMAN en la p. 27 de su libro *National Power and the structure of foreign trade* apunta que "La vida de las naciones simplemente repite, en gran escala, la vida de sus células componentes y quien sea incapaz de entender el misterio, las reacciones, las leyes que determinan los movimientos de los individuos, nunca podrá aspirar a decir algo que valga la pena acerca de las luchas entre las naciones".

alcance internacional, no suelen observar más allá de sus propios intereses y no suelen cumplir ninguna clase de norma -jurídica, moral o de cualquier índole- encaminada a limitar sus capacidades o a coartar sus habilidades para incrementar su poder. De hecho, como si fuesen una especie de *principes maquiavélicos*<sup>38</sup> casi todas las agrupaciones de carácter internacional, y en particular los Estados, luchan y se contraponen en medio de un escenario francamente hostil caracterizado básicamente por la desconfianza generalizada, que de no ser por los esfuerzos de la propia moral, el derecho, la opinión pública o la costumbre internacional, sería muy parecido al estado de naturaleza descrito por Hobbes.<sup>39</sup> Sin embargo, a pesar de que muchos autores coinciden en señalar que en las Relaciones Internacionales el conflicto del poder es particularmente bárbaro, los Estados cuentan con un instrumento práctico y seguro, que si bien no les garantiza la consecución pacífica y exitosa de todas sus metas, sí les ofrece una vía racional y razonable para discutir y confrontar sus diferencias en un plano de relativa igualdad. Me refiero al ejercicio de la política exterior a través de la diplomacia.

Para lograr sus intereses internacionales, los Estados cuentan con agentes que se desempeñan como representantes de la nación en negociaciones internacionales, hablan en su nombre, definen sus objetivos, seleccionan los medios para cumplirlos y procuran mantener, incrementar y mostrar su poder. Es a estos individuos -los diplomáticos o funcionarios que actúan como representantes de su nación en el escenario internacional y emplean el poder con vistas a lograr los objetivos políticos del país que representan- a quienes nos referimos cuando hablamos en términos empíricos del poder y de la política internacional de una nación.<sup>40</sup> Con el uso de la diplomacia, las Relaciones Internacionales no sólo se individualizan sino que también se equilibran; de esta manera, la diplomacia y el equilibrio del poder son dos conceptos que van íntimamente ligados en virtud de que ambos dependen de los alcances y límites del propio Estado, es decir, de sus capacidades y habilidades nacionales. Por lo tanto, se puede decir que la diplomacia es el medio a través del cual la política interna de un Estado se manifiesta en coordinación con su política externa.

A partir de esta idea, podemos entonces admitir que la política interna y la internacional son, en definitiva, dos manifestaciones del mismo fenómeno, esto es, la lucha por el poder. Sus rasgos se diferencian en cada esfera porque también son

<sup>38</sup> En este sentido, MAQUIAVELO fue el primer gran teórico de la política del poder. Cuanto más poder tenga un príncipe, más probabilidades tendrá de sobrevivir, siempre que utilice su poder para obtener más poder aún, ya que sería fatal quedarse atrás de los competidores en esta contienda. MAQUIAVELO sugirió además que esto era aplicable a todas las clases de política, incluyendo la rivalidad eterna entre Estados y las contiendas entre líderes y ambiciosos aspirantes a líderes que tienen lugar dentro de tales Estados. Al respecto ver: NICOLÁS MAQUIAVELO, *El Principu*, Cap. X.

<sup>39</sup> Al respecto ver: 1.1.3. *La moral internacional como límite del poder*, *Supra*, p. 19.

<sup>40</sup> HANS J. MORGENTHAU, *Op Cit*, p. 134.

diferentes las condiciones que predominan en cada una de dichas esferas.<sup>41</sup> Pero aún cuando las características de estas dos clases de política se diferencian a partir de las condiciones generales del Estado que las aplica, es un hecho que cualquier política, sea interna o externa, se formula, se dirige y se practica con el claro propósito de mantener, aumentar o demostrar el poder; y aunque también es un hecho que ambas políticas interactúan con el fin de alcanzar tal objetivo, es a fin de cuentas el poder que se adquiere a nivel nacional, el que determina el poder que se ostenta en el ámbito internacional.

### 1.2.1. *El poder nacional: la capacidad nacional para desarrollar una política exterior sólida e influyente.*

El estudio de cualquier clase de conflicto en las relaciones internacionales siempre nos remite -inevitablemente- a la revisión de las estrategias y los intereses comunes que los Estados, los organismos, las corporaciones, los individuos y otras instituciones no gubernamentales mantienen como instrumentos de interacción para la convivencia internacional. En este sentido, es la calidad y la capacidad de lo que comúnmente conocemos como *política exterior* lo que al final adquiere una importancia fundamental para el analista. Sin embargo, si lo que se está estudiando es el conflicto del poder, la política exterior dista mucho de ser una referencia lo suficientemente confiable.

Así como es cierto que las relaciones internacionales no se entenderían sin el análisis de los intereses u objetivos particulares de cada uno de los miembros de la comunidad mundial, también es cierto que la solidez de las estrategias y la magnitud de los objetivos internos, tienen una relación muy estrecha con la elaboración de un programa estratégico sólido e influyente en la escena internacional. En otras palabras, es la capacidad interna de un Estado o de cualquier otro organismo, lo que a fin de cuentas determina su poderío o su influencia para relacionarse con los demás. Pero antes de continuar cabría hacer una aclaración: aunque en la actualidad los organismos internacionales y las corporaciones económicas y financieras tienen una participación cada vez mayor en las relaciones internacionales, son finalmente los Estados quienes compiten por la supremacía en el ámbito internacional. Por lo tanto, es la política interna de los Estados la que realmente debe ser analizada por un estudioso de las relaciones internacionales, pues sólo a partir de una revisión estricta, profunda y detallada de los objetivos principales de las políticas nacionales, se puede medir la magnitud exacta de los alcances y límites de cualquier Estado a nivel internacional.

---

<sup>41</sup> *Idem.*

Si nos apoyamos nuevamente en la corriente realista del pensamiento político, podremos incluso afirmar que el verdadero poder de un Estado no es el que se ostenta en el ámbito internacional sino aquél que se manifiesta internamente. Desde luego que esta afirmación no deja de reconocer que en el terreno de la toma de decisiones o de la planeación política, ambas esferas -la interna y la externa- interactúan muy estrechamente hasta el grado de confundirse; pero sin lugar a dudas, es a fin de cuentas la capacidad y magnitud del poder nacional lo que sin duda determina los rasgos principales de la política exterior.

Por lo tanto, todo aquel internacionalista preocupado por sopesar adecuadamente la fuerza relativa de las diferentes naciones, debe tomar en consideración todos y cada uno de los factores que influyen en la constitución del poder nacional, a fin de que el análisis de la política exterior de cualquier Estado le resulte más sencillo. Así, el primer punto que debe distinguir un estudioso de las relaciones internacionales es que la solidez del poder nacional depende básicamente de dos clases de factores: los que son relativamente estables y los que están sometidos a constante cambio.

Por supuesto que el factor más estable del que depende el poder de una nación es el geográfico.<sup>42</sup> La localización geográfica del territorio nacional influye directamente en la capacidad económica de un Estado. La extensión territorial sin duda representa un aspecto muy importante para determinar el poderío de una nación; sin embargo, aunque se pudiera decir que entre mas grande es el territorio mayor es el poder de un Estado, la extensión del territorio a fin de cuentas es menos importante que la calidad del mismo. Con suelos nobles y fértiles, con una vegetación abundante y suficientes ríos, con climas benévolos, variedad de lagos y montañas, playas y praderas, desiertos y selvas, pero sobre todo con abundantes recursos naturales y una posición geográfica estratégica, un Estado puede ser casi por "naturaleza" una auténtica potencia.

Un buen suelo y un clima apropiado, por ejemplo, ofrecen a los habitantes de un Estado la enorme ventaja de producir alimentos. Ser autosuficiente en materia alimenticia es un gran paso que permite al Estado beneficiado colocarse, de entrada, muy por encima de otras naciones que no son capaces de producir sus propios alimentos y que por lo tanto, se ven obligadas a importarlos si no quieren morir de hambre. Así, mientras la constante escasez de alimentos es un elemento generador de debilidad en materia de política internacional, el autoabastecimiento es una fuente de gran fortaleza.<sup>43</sup>

<sup>42</sup> HANS J. MORGENTHAU, *Op.Cit.*, p. 143.

<sup>43</sup> *Idem*

Al igual que el suelo y el clima, la abundancia de recursos naturales es fundamental para desarrollar un poder nacional considerable relacionado básicamente con la capacidad económica y el desarrollo tecnológico. Entre más recursos naturales posea un Estado, mayor será su influencia económica y política en el mundo. Recursos como el agua o el acero, el carbón o el petróleo, el uranio o el zinc, han hecho evolucionar a la humanidad hasta el grado de convertirla en una sociedad fincada en los valores del "progreso". Todavía ahora, entre más yacimientos de petróleo tenga una nación, mayor es su poder e influencia en las decisiones internacionales; y aunque es un hecho que la capacidad tecnológica de un Estado tiene que ver más bien con sus propias capacidades de desarrollo y con factores relacionados a la educación e idiosincrasia de su pueblo, no deja de ser un hecho que la cantidad de recursos naturales con que cuenta un Estado ejerce una influencia directa sobre la evolución tecnológica y la capacidad industrial del mismo. "Europa no sería Europa sin toda la labor de las eras geológicas que formaron el continente".<sup>44</sup>

Resulta obvio imaginar, por lo tanto, la influencia que la situación geográfica y la abundancia de recursos naturales tienen sobre otro de los factores determinantes del poder nacional: el desarrollo económico y la capacidad tecno-industrial. Varios ejemplos -antiguos y recientes- saltan a mi mente cuando pienso en la relación que guardan los recursos naturales o la situación geográfica con los adelantos tecnológicos, la capacidad económica o el desarrollo de infraestructura en distintos Estados. El pequeño Emirato de Kuwait no sería ni por mucho la nación con el ingreso per cápita más elevado, de no ser por la gran cantidad de petróleo que posee; Francia no sería la nación que más rápido comenzó a construir plantas nucleoelectricas si no fuera el país europeo con más cantidad de Uranio en su subsuelo, y los Estados Unidos no serían el primer productor de granos en el mundo -y consecuentemente el primer exportador- si sus agricultores no contaran con millones de hectáreas cuadradas de suelos fértiles para cultivarlos. De todo esto sin embargo, se desprende una pregunta inevitable: ¿Por qué muchas naciones que son dueñas absolutas de un vasto territorio o de enormes cantidades de recursos naturales, simplemente no cuentan con una economía sólida que les permita desarrollar una tecnología y una industria de vanguardia? O al contrario, ¿Por qué naciones poco favorecidas por la naturaleza, alcanzan a desarrollar una tecnología de punta que les permite colocarse en los primeros planos de la economía internacional?

La respuesta, que abarca dos consideraciones particularmente relativas, puede resultar más sencilla de lo que parece. Por un lado tenemos el factor demográfico que afecta directamente la capacidad económica, política y social de cualquier Estado para brindar una respuesta efectiva a todas las demandas de sus habitantes;

<sup>44</sup> GEORGES NIVAT, *El nacimiento de Europa*, p. 31.

por el otro, tenemos lo que se conoce como carácter o idiosincrasia nacional, que no es otra cosa mas que la capacidad individual de los habitantes de cualquier Estado para crear una vida cívica lo suficientemente adecuada -basada en la educación- que les permita establecer un gobierno justo, poderoso y capaz.

Por ejemplo, una nación -cualquiera que ésta sea- puede poseer la mayor abundancia de recursos naturales en el mundo o tener más territorio que ninguna otra, y a pesar de todo ello, carecer ya no digamos de una tecnología adecuada para su desarrollo, sino simplemente de los bienes esenciales para abastecer a sus habitantes de alimentos suficientes. China es el clásico ejemplo cuando se habla de sobrepoblación, y es que no es para menos; en ese país, el Estado más allá del gobierno que posea, tiene que enfrentar una realidad dramática: 1,200 millones de habitantes demandando alimentos, agua, servicios y educación. Por su puesto que no resulta nada fácil responder a esa clase de demandas, y mucho menos si la respuesta se deja en manos de un mal gobierno (como todos sabemos, China no es precisamente un ejemplo de igualdad y justicia social). El caso de Argentina, en cambio, es el reverso de la misma moneda; con un enorme territorio en relación a su población -lleno de recursos naturales y provisto de un clima relativamente benéfico- sus habitantes nunca han sido capaces de establecer un gobierno que brinde respuestas satisfactorias a todas las demandas sociales, sobre todo en las áreas rurales.

Así pues, resulta claro comprender que la política exterior mejor elaborada y más hábilmente implementada, apoyada por abundantes recursos materiales y humanos, puede llegar a naufragar si no cuenta con el respaldo de un buen gobierno. El buen gobierno, considerado como un requisito independiente del poder nacional, significa tres cosas: en primer término, equilibrio entre los recursos materiales y humanos que elaboran el poder nacional y la política exterior que se emprende; luego, equilibrio entre esos recursos, y finalmente, apoyo popular para las políticas exteriores que se lleven adelante. Por lo tanto, un buen gobierno debe comenzar realizando dos operaciones intelectuales. Primero, debe elegir los objetivos y métodos de su política exterior en función del poder disponible para respaldarlos con un máximo de probabilidades de éxito, y después debe aplicarse a equilibrar los diferentes elementos del poder nacional entre sí apoyándose fundamentalmente en la educación de su pueblo. Una nación no necesariamente alcanza su máximo de poder porque sea muy rica en recursos naturales, porque cuente con una población muy importante o porque haya edificado una enorme infraestructura industrial o militar. Lo alcanza cuando tiene a su disposición una suficiente cantidad y calidad -en la debida proporción- de aquellos recursos de poder que le permitirán emprender una determinada política exterior con las máximas probabilidades de éxito. Dicho de otro modo, en el proceso de construcción del poder nacional ningún gobierno puede ignorar el carácter de la nación que gobierna, y mucho menos puede

desperdiciarlo.<sup>45</sup> El recurso más importante con el que cuenta cualquier Estado es su población, y una nación con una población ampliamente educada, tanto en las ciencias como en las artes, será por lógica una nación con un potencial humano inigualable.

Justamente un buen gobierno y un alto nivel educativo es lo que siempre ha tenido un país como Japón. Lógico resultado del carácter e idiosincrasia de sus habitantes, el gobierno japonés es el ejemplo más fiel de lo que significa aprovechar al máximo los recursos humanos y naturales, e implementar políticas económicas adecuadas que permitan un desarrollo integral en materia tecnológica y comercial. Lo que para otros países significaría un problema mayúsculo, la evidente sobrepoblación en relación al estrecho territorio no ha sido un obstáculo para que los valores cívicos del japonés se manifiesten y cristalicen en lo que hoy es una de las economías más poderosas del mundo.

Todos los factores hasta ahora mencionados, con excepción del geográfico, se encuentran en un constante fluir, influyéndose unos a otros y recibiendo, a su vez, la influencia imprevisible de la naturaleza y del hombre; juntos, todos estos factores conforman la corriente del poder nacional que fija a su vez los límites de la política exterior. Por eso, un estudioso de las relaciones internacionales debe evaluar responsable y correctamente el alcance de esos factores sobre el poder de una propia nación y sobre el de otras, en una tarea que debe proyectarse tanto en el presente como hacia el futuro. Sin embargo, a pesar de todas las cuidadosas consideraciones que debe hacer un analista de las relaciones internacionales antes de evaluar el poder nacional de cualquier Estado, los errores en que puede incurrir se presentan con frecuencia e ilustran bien las trampas intelectuales y los riesgos prácticos inherentes a tales evaluaciones. El primer error ignora la relatividad del poder y suele considerar al poder de una nación en particular como absoluto. El segundo da por segura la permanencia de determinado factor que en el pasado ha desempeñado un rol decisivo, olvidando el cambio dinámico a que están sujetos la mayor parte de los factores de poder. El tercero atribuye a un solo factor una importancia decisiva, ignorando a todos los demás. Dicho de otro modo, el primer error consiste en no correlacionar el poder de otros Estados; el segundo, en no correlacionar el poder real en determinado momento con el posible poder en determinado futuro; y el tercero, en no relacionar un factor de poder con los demás factores de la misma nación.<sup>46</sup> De esta manera, si un internacionalista no logra evitar con éxito todos los vicios que se pueden presentar durante el desarrollo de su investigación, se puede decir, con absoluta seguridad, que fracasará en su intento de analizar teórica y empíricamente a las relaciones internacionales.

<sup>45</sup> Al respecto ver: HANS J. MORGENTHAU, *Op. Cit.*, Tercera Parte, Cap. 8.

<sup>46</sup> Al respecto ver: HANS J. MORGENTHAU, *Politics in the twentieth century*, pp. 191-194.

## CAPITULO II .

### EL EQUILIBRIO DE PODER ENTRE LAS NACIONES.

#### II.1. La igualdad entre los Estados y la unificación del poder.

Si estudiamos con atención lo expuesto en el Capítulo anterior, no nos será difícil reconocer que el primer paso para comprender ampliamente las relaciones internacionales, es entender que las relaciones entre estados siempre son cualitativamente anárquicas. Sin embargo, esta anarquía casi natural en toda clase de relaciones internacionales no significa necesariamente que los vínculos interestatales resulten ser siempre un caos político, económico o social. Al contrario, las relaciones internacionales -aunque siempre dinámicas- también son siempre ordenadas como resultado de su propia naturaleza, es decir, como consecuencia de que son, en sí mismas, relaciones de poder.

En palabras de Johann Fichte, "la naturaleza del poder, a la postre, siempre se empeña en conseguir y mantener un equilibrio en la eterna lucha de los hombres por la supremacía absoluta",<sup>1</sup> y es justamente esta naturaleza, reflejada en las aspiraciones de poder de varias naciones (cada una de ellas tratando de mantener o quebrantar el *statu quo*), lo que al final conduce necesariamente a una configuración que se conoce como equilibrio de poder.<sup>2</sup> Pero este equilibrio de poder es también por naturaleza tenso e inestable; ello significa que el supuesto "orden" que se

<sup>1</sup> JOHANN FICHTE, *Theory and practice of the balance of power*, p. 90.

<sup>2</sup> La expresión "equilibrio de poder" se emplea en el texto con cuatro sentidos diferentes: 1) Como política que aspira a cierto estado de cosas; 2) Como un cierto estado de cosas; 3) Como una distribución de poder aproximadamente igual; y 4) Como una distribución cualquiera de poder. Para profundizar más en el estudio de estas cuatro consideraciones sobre el equilibrio de poder entre las naciones, se puede revisar: HANS J. MORGENTHAU, *Política entre las naciones. La lucha por el poder y la paz*, pp. 209-220; o también: NEWMANN IVER, *Regional great powers in international politics*, pp. 327-335.

impone a raíz de un equilibrio de poder entre las naciones, no resulta ser un orden pacífico ni permanente, sino más bien es un orden belicoso y cambiante. Por lo tanto, lo primero que hay que comprender sobre el equilibrio de poder entre los Estados, es que éste ordena, pero de ninguna manera termina con las hostilidades y la anarquía que caracterizan a las relaciones internacionales.

Hasta aquí hemos hablado del equilibrio del poder como si se tratara de un sistema sencillo que comprende a todas las naciones activamente comprometidas en la política internacional. Sin embargo, una observación más detenida revela que un sistema semejante frecuentemente está compuesto por cierta cantidad de subsistemas interrelacionados, que conservan dentro de cada uno de ellos su propio equilibrio de poder. La interrelación entre los diferentes sistemas es generalmente de subordinación, en el sentido de que algunos dominan en función del mayor peso relativo que han conseguido acumular, mientras los demás están apegados a lo que sucede en los platillos del sistema dominante.<sup>3</sup>

Si tomamos como referencia todas las diferencias y desigualdades que existen entre los miembros de la comunidad internacional, podremos entonces comprender que así como hay jerarquías entre los individuos, también existen jerarquías entre los Estados; por lo tanto, es esta desigualdad entre los Estados lo que hace que el proceso de equilibramiento de poder en las relaciones internacionales pueda conseguirse mediante la disminución del peso específico del Estado más fuerte o a través del incremento en el poder relativo de la nación más débil.

Desde luego que los mecanismos que se utilizan para equilibrar el poder en las relaciones interestatales son muy variados -de hecho existen tantas formas de equilibrio como vínculos entre naciones-, pero para que se pueda presentar un verdadero equilibrio de poder en el concierto internacional, es indispensable que los gobiernos y las políticas de las naciones protagonistas reconozcan, justamente, que existen un sin número de desigualdades potenciales entre ellos. Así por ejemplo, Rusia, a pesar de todos los problemas económicos y sociales que enfrenta, todavía puede sentarse a discutir problemas económicos con el Grupo de los Siete porque cuenta con el poderoso arsenal nuclear que le heredó la Unión Soviética, y por ende, es capaz de atacar a por lo menos seis de los siete países más industrializados sin recibir respuesta alguna; la presencia política de Turquía, que a simple vista podría parecer modesta, no significaría tanto para Europa si su naturaleza islámica no fuera tan poderosa e influyente; o China -una nación llena de injusticias y carencias sociales- no podría ser uno de los cinco miembros permanentes en el Consejo de Seguridad de la ONU, si no fuera por su gran potencial humano, su enorme capacidad militar y su indiscutible influencia geopolítica. De esta manera, si los

---

<sup>3</sup> Al respecto ver: HANS J. MORGENTHAU, *Política entre las naciones. La lucha por el poder y la paz*, p.246.

gobiernos de las grandes potencias no entendieran que el equilibrio de poder es necesario para mantenerlo, el anarquismo que existe en las relaciones internacionales ya habría acabado con el mundo en más de una ocasión.

La frase popular que a la letra dice "la historia la escriben los triunfadores" no está muy lejos de la realidad cuando hablamos de equilibrio de poder en las relaciones internacionales. Quizá no estaríamos muy errados si afirmáramos que "el equilibrio lo establecen los triunfadores", pues de hecho eso es lo que sucede siempre que una potencia sale vencedora de algún conflicto, especialmente si se trata de un conflicto militar. Lo que en este Siglo XX conocimos como la *pax británica* y la *pax americana*, se presentó en otros tiempos y con otros pueblos;<sup>4</sup> y ya en otros tiempos -aún cuando las circunstancias eran muy distintas- las alianzas y los acuerdos eran, tal y como lo siguen siendo ahora, la mejor forma de establecer un equilibrio de poder entre las naciones.

Hace varios siglos, cuando algún pueblo o reino triunfaba sobre otro, establecer un orden basado en la fuerza y la opresión era sencillo. Las grandes civilizaciones y los fastuosos imperios de la antigüedad fundamentaban en gran medida su poder político, económico y hasta cultural, sobre la capacidad y calidad de su ejército. Por lo tanto, en un mundo donde el principio de poder estaba determinado por la fuerza, no era extraño encontrar que el pueblo o reino más apto para la guerra era también el que establecía las condiciones y marcaba las tendencias.

Sin embargo, a medida que los reinos se fueron unificando, a medida que la población aumentaba y a medida que el hombre desarrollaba técnicas e instrumentos más eficientes para viajar, comunicarse y luchar, imponer un orden con el simple respaldo de la fuerza se volvió cada vez más ilusorio. Si analizamos la historia con atención, nos daremos cuenta que la aparición de los ilustres precursores del Derecho Internacional se dió -no por casualidad- justo cuando la geografía mundial se ampliaba gracias a los descubrimientos territoriales, y cuando el colonialismo generaba disputas y conflictos entre los más poderosos. Así pues, entre el orden jurídico que imponían los romanos después de conquistar o someter algún pueblo del Mediterráneo, el orden político-religioso que impuso el Vaticano al dividir "equitativamente" los mares del planeta y las tierras que en ellos existían entre España y Portugal, o el orden político-económico-militar que se estableció con los acuerdos de paz que pusieron fin a la Segunda Guerra Mundial, solamente existe una diferencia: el reconocimiento, cada vez mayor, de que la única condición para mantener el poder es el equilibrio.

---

<sup>4</sup> ROSENAU JAMES, *Turbulence in world politics; a theory of change and continuity*, p. 123.

De hecho, la gran época del equilibrio del poder comenzó con el Congreso de Viena en 1815, cuando las potencias vencedoras de la Francia napoleónica lograron ponerse de acuerdo sobre el orden internacional que deseaban imponer. Desde entonces, todas las guerras que se han presentado -especialmente las dos guerras mundiales de este Siglo- no han sido el resultado de practicar diversas políticas de equilibrio del poder, como bien podría pensarse, sino más bien han sido la consecuencia del fracaso de éstas políticas, pues el equilibrio del poder se rompe cuando una o algunas de las partes comprometidas no respetan las políticas diseñadas para mantenerlo.<sup>5</sup>

Hoy, el equilibrio de poder en el mundo aparece como la resultante de dos factores básicos: Uno, los deseos económicos, políticos y culturales que las potencias hegemónicas tratan de imponer en base a sus necesidades; y el otro, el sacrificio -voluntario o no- que las potencias hegemónicas acuerdan realizar sobre sus tendencias concentradoras y acaparadoras de poder.

De esta manera, así como el conflicto de poder entre los Estados nunca arroja a un vencedor único y eterno, así también este conflicto de poder siempre resulta en un nuevo orden internacional, es decir, en un nuevo equilibrio que, aunque frágil, explosivo y dinámico, asegura el "empate" que necesitan los Estados para poder sobrevivir. Por lo tanto, el orden que se establece con el equilibrio de poder reconoce las desigualdades entre los Estados, pero no las elimina; esto significa que el conflicto de poder no es la consecuencia de un mal equilibrio, sino el resultado de la inestabilidad que se genera -casi por naturaleza- de todo intento por equilibrar el poder entre los Estados.<sup>6</sup>

### II.1.1. Acuerdos, pactos y alianzas.

Una de las manifestaciones más importantes del equilibrio de poder se encuentra, históricamente, no en el equilibrio de dos potencias aisladas sino en las relaciones entre un grupo de naciones con otro.<sup>7</sup> Los acuerdos, los pactos y las alianzas son los instrumentos a través de los cuales todos los pueblos de todas las épocas han tratado de asegurar su supervivencia. Consecuencia lógica del equilibrio

<sup>5</sup> DANIEL VERNET, *La lección de la "realpolitik" del profesor Kissinger*, Le Monde, Diario, 10-09-94, págs. 7-8.

<sup>6</sup> Todo proceso político se caracteriza, primaria y fundamentalmente, por tender a la concentración de poder... Los Sujetos de acción política, individuales o institucionales conscientemente o no, se orientan a la ampliación del círculo de dominio; y esta constante concentracionista se puede encontrar tanto en el ámbito interno como en el internacional. Al respecto ver: MODESTO SEARA VÁZQUEZ, *Derecho Internacional Público*, p. 22, de la Decimocuarta edición.

<sup>7</sup> HANS J. MORGENTHAU, *Op Cit*, p. 224

de poder que necesariamente opera dentro de un sistema multiestatal, estos acuerdos, pactos y alianzas vinculan a las naciones y permiten su convivencia.

Toda sociedad es una red de relaciones de intercambio; una sociedad sobrevive en la medida en que está garantizada la seguridad de las transferencias. De ahí que una de las máximas que está en los cimientos de cualquier convivencia sea *pacta sunt servanda* (los pactos deben ser cumplidos). "Debo respetar los pactos porque no podría sobrevivir en una sociedad en la que los pactos no fuesen observados". Esto último implicaría el regreso al Estado de naturaleza en el que nadie está obligado a respetar el pacto porque no puede estar seguro de que dicho acuerdo será observado por los demás, y quien cumple los pactos en un mundo en el que los otros no se consideran obligados a hacerlo, está en riesgo de sucumbir.<sup>8</sup>

Esta máxima tiene un valor aún mayor en la vida pública. Allí, los pactos o las alianzas de alcance internacional son sólo hojas de papel que estipulan un compromiso, el cual se adquiere *rebus sic stantibus* (según estén las cosas). Esto significa, como ya lo hemos visto en el Capítulo anterior, que las relaciones internacionales se apoyan más en la desconfianza que en la confianza.

Una sociedad en la que uno desconfíe del otro es una sociedad en la que, al final, la victoria es del más fuerte y cada cual busca la salvación en la fuerza y no en la sabiduría. Una sociedad de contrato es, en cambio, una sociedad basada en la confianza. Por eso, las relaciones internacionales son relaciones en las cuales la desconfianza determina -según como estén las cosas- los términos de la confianza que puede llegar a existir entre los estados.

La confianza internacional se mantiene solo mediante la observación y el cumplimiento de los acuerdos que la sustentan y respaldan; pero cuando las cosas cambian -lo cual ocurre muy a menudo en las Relaciones Internacionales- los pactos no se observan, la desconfianza se propaga y el equilibrio se rompe. Por lo tanto, en un mundo en el que la confianza se adquiere a través de acuerdos fincados en la desconfianza, el dominio de los acontecimientos siempre corresponderá a los más poderosos y por ende, el verdadero equilibrio sólo se podrá dar entre ellos. En otras palabras, un Estado débil y poco influyente jamás podrá significar un contrapeso importante para el poder específico de una potencia mundial a menos que las

<sup>8</sup> Desde luego que las prioridades nacionales e internacionales modifican sustancialmente el interés particular de cada Estado y consecuentemente, alteran la convivencia entre éstos. Sin embargo esta realidad en las relaciones internacionales de ninguna manera altera el hecho de que mientras se asegure el bienestar de los más poderosos, las alianzas y los acuerdos deben respetarse.

<sup>9</sup> NORBERTO BOBBIO, *Política y moral*, Revista Nexos, Abril de 1992, p. 33.

<sup>10</sup> En la actualidad, cuando hablamos de fuerza no sólo nos estamos refiriendo al poder militar que pueda poseer un Estado en relación a los otros Estados, sino también a la capacidad económica y comercial, e incluso a la influencia política y cultural que una nación pueda ejercer sobre las demás.

mismas condiciones internacionales modifiquen la importancia de ese pequeño estado. El poder sólo se equilibra con poder, y el orden que se establece a raíz de ese equilibrio es un orden que se mantiene gracias a las alianzas y acuerdos formulados a partir de la desconfianza generada, lo mismo por las desigualdades entre los Estados, que por las hostilidades entre ellos. De todo esto, lo único seguro que tiene un analista de las relaciones internacionales cuando atiende el fenómeno del equilibrio de poder a partir de los acuerdos y las alianzas, es que el precepto *pacta sunt servanda* siempre se cumple *rebus sic stantibus*.

Sin embargo, esta condición particularmente difícil para la observación o el acatamiento de los distintos acuerdos, pactos y alianzas, se intenta superar con la formación de órganos supranacionales que se encarguen de sustentarlos y por lo mismo, de vigilar su cumplimiento. En otras palabras, la mayoría de los pactos y las alianzas derivan en la creación de organismos internacionales; estos organismos, al menos en teoría, son los encargados de supervisar que la mayoría de los acuerdos que se firman bajo su jurisdicción se acaten y se respeten. La creación de organismos internacionales adquiere entonces un papel primordial en la búsqueda constante de un equilibrio justo en el ejercicio del poder a nivel internacional, aunque desde luego, nada esté garantizado.

#### II.1.2. *Los organismos internacionales y su función equilibradora: De la Sociedad de Naciones, a la ONU y su imposterizable reforma.*

Cuando en 1815 Europa puso fin, a través del Congreso de Viena, a las intenciones de dominio napoleónico en el continente y en otras regiones del planeta, las potencias vencedoras de aquél entonces nunca imaginaron que un Siglo después, el mundo se vería enfrascado en un conflicto bélico de magnitudes universales. La lucha por la hegemonía de las rutas marinas internacionales que permitieran un control absoluto del comercio mundial, caracterizó a las relaciones internacionales del Siglo pasado. Sin embargo, estos embrollos ultramarinos de las potencias europeas durante todo el Siglo XIX no fueron tan inflamables como lo eran sus rivalidades dentro del continente europeo mismo. Aquí es donde se encuentran las raíces más profundas de la primera Guerra Mundial. Al mismo tiempo que se erguían los imperios marítimos de las potencias occidentales, otros más antiguos imperios continentales dinásticos se abatían en Euroasia. De esta manera, el fondo de los problemas europeos de principios de Siglo, ha de buscarse en las consecuencias que provocó el desmoronamiento de la monarquía dual Austro-Húngara de los Hasburgo, el del desparramado Imperio Turco de los Otomanos y el del inmenso Imperio de los Romanoff en Rusia.<sup>9</sup>

<sup>9</sup> DAVID THOMSON, *Historia Mundial, de 1914 a 1968*, p. 34.

La situación europea de aquél entonces era la de un semiinternacionalismo que organizó a las naciones en dos grupos sin ofrecer un vínculo entre ellos. Apenas pueden concebirse condiciones más desfavorables, tanto para la paz como para la guerra. El equilibrio era tan delicado que un soplo de aire podía destruirlo, y las enormes fuerzas de ambos lados estaban tan equiparadas que una lucha entre ellas tendría que ser formidable. En este sentido, el rotundo fracaso del equilibrio de poder que se intentó establecer con el Congreso de Viena y que se intentó mantener con cientos de acuerdos y alianzas bilaterales y multilaterales, durante todo un Siglo plagado de conflictos, fue lo que al final orilló al mundo a vivir su primera gran confrontación bélica.<sup>10</sup> Si se considera la existencia de los vínculos de alcance mundial debidos a los intereses coloniales de las grandes potencias, la guerra que se desencadenó fue, en sentido estrecho, una "guerra mundial"; pero como los imperios de las potencias de la Triple Alianza eran predominantemente imperios dinásticos continentales, la principal escena de la guerra pronto quedó confinada a Europa, al Mediterráneo y al Atlántico.

Cinco años después de iniciada la guerra, los representantes de "las potencias beligerantes aliadas o asociadas" se reunieron en París en enero de 1919 con el propósito de establecer las condiciones de la paz. El manejo y la orientación general de los ajustes estuvo en manos de los "tres grandes" entre los que destacaba el Presidente Wilson de los Estados Unidos. Los propósitos fundamentales de Wilson eran asegurar la aplicación de los principios generales que había proclamado como esenciales, en sus famosos "14 puntos", para el logro de una paz justa y para organizar y establecer la Sociedad de Naciones.<sup>11</sup>

Así pues, el Pacto de la Sociedad de Naciones creó la organización internacional más plenamente elaborada y más mundialmente comprensiva que hasta ese momento se había establecido. Pero la Sociedad siempre se quedó corta en su universalismo, y esto acabó siendo uno de sus defectos fatales. Desde un principio Rusia fue excluida y también Alemania; los Estados Unidos se excluyeron ellos mismos, y con tres de las naciones más poderosas del mundo fuera de su círculo, la Sociedad quedó fatalmente debilitada. En vista de la exclusión de estas potencias y en vista de la inclusión del Pacto de la Sociedad en los tratados de paz, ésta quedó identificada desde el principio con la preservación de esos ajustes. La esperanza abrigada por Wilson de que los defectos en los ajustes encontrarían remedio a través de la Sociedad de Naciones estaba, por lo tanto, condenada de antemano. La Sociedad no mostró ser un instrumento adecuado para lo que vino a llamarse "el cambio pacífico". El aspecto de la Sociedad que la convirtió en una asamblea de potencias europeas cuyo fin era tratar de mantener el *statu quo* acabó por predominar sobre sus aspectos ecuménicos, como una agencia mundial de

<sup>10</sup> J. A. SPENDER, *Fifty years of Europe*, p. 389.

<sup>11</sup> CARDEL MARTIN, *Thinking about peace and war*, p. 137.

conciliación internacional. La ineficacia de la Sociedad de las Naciones para impedir o detener la agresión japonesa contra China fue el primer golpe serio a su prestigio como agencia encargada de mantener la seguridad; pronto siguió a este acontecimiento una rápida sucesión de otras instancias semejantes que demostraron que los artículos de sanción contenidos en el Pacto carecían de valor como garantía de una acción colectiva contra la agresión.<sup>12</sup>

El rasgo principal que dió origen al desquebrajamiento del orden internacional que se intentó establecer con la Sociedad de Naciones como organismo supranacional equilibrador del poder, no fue la falta de mecanismos u organizaciones adecuadas en el periodo entre guerras, sino más bien una falta de voluntad en la tarea de hacer efectivos los principios que se habían adoptado en 1919. Los acuerdos de paz de la Primera Guerra Mundial dejaron más cuentas pendientes entre los países europeos que orden y armonía, y como la primera, la Segunda Guerra Mundial se desencadenó ostensiblemente como resultado de una disputa relativa a minorías nacionales de Europa Oriental.

Pero las circunstancias bajo las cuales inició la guerra en septiembre de 1939, indicaban trastornos mucho mayores y de mayor alcance internacional. La Segunda Guerra Mundial, más aún que la primera, trajo un desplazamiento de poder en el mundo. Seis años de amarga lucha dejó a algunos exhaustos, empobrecidos, deshechos, mientras que a otros los dejó con su poder incrementado, potencialmente más ricos y más inquietos en sus ambiciones. Los siguientes veinte años fueron, hasta un extremo considerable, una demostración de este desplazamiento de poder. Pero la Segunda Guerra Mundial se pareció bastante a la primera en la formación de sus participantes y las consecuencias que trajo; en su perspectiva histórica a largo plazo, ambas guerras fueron la intensificación de viejas inclinaciones más que de nuevas tendencias.<sup>13</sup>

En 1945, el final de la Segunda Guerra Mundial arrojaba como vencedores indiscutibles a los países Aliados. En febrero de ese mismo año, en Yalta, las tres potencias Aliadas más importantes, la Unión Soviética, los Estados Unidos y el Reino Unido de la Gran Bretaña, firmaron una serie de acuerdos para llevar a cabo acciones coordinadas durante el periodo temporal de inestabilidad en Europa. Meses después, en Potsdam, las mismas potencias se reunieron para pactar los términos de la administración conjunta de la Alemania ocupada, y posteriormente, en diciembre de 1945, en Moscú, se reunieron para la conclusión de tratados de paz con países que habían sido enemigos. Así, mientras los tres beligerantes se comprometían a mantener la unidad en la paz como en la guerra atendiendo a una sagrada obligación que tenían sus gobiernos con sus pueblos y con todos los pueblos del mundo, en la

<sup>12</sup> Al respecto ver: DAVID THOMSON, *Op Cit*, p. 117-118 y 173.

<sup>13</sup> DAVID THOMSON, *Op Cit*, p. 216-217.

ciudad de San Francisco, de abril a junio de 1945, se llevaba a cabo la Conferencia de las Naciones Unidas, emanada de la Declaración de las Naciones Unidas efectuada el 1º de enero de 1942. El resultado de esta Conferencia fue la firma de la Carta de las Naciones Unidas por los 50 Estados participantes (más Polonia) que acordaba crear la Organización de las Naciones Unidas y aprobaba el Estatuto de la Corte Internacional de Justicia, como organismos supranacionales encargados de mantener la paz y la seguridad internacional, así como resolver todos los conflictos interestatales por la vía del Derecho.

Luego de que se acordó la formación de la ONU, el 18 de abril de 1946, la Asamblea de la Sociedad de Naciones celebró su última reunión. En realidad, desde el comienzo de la Segunda Guerra Mundial se había comprendido que la Sociedad estaba condenada a la desaparición, y que era necesario proceder no a una simple reestructuración de la organización, sino a crear una nueva que viniese a superar los defectos que habían hecho inservible a la primera. El 31 de julio de 1947, la Sociedad de Naciones dejó de existir jurídicamente, y todos sus bienes fueron transferidos a la recién formada Organización de Naciones Unidas, según lo estipulado en una serie de acuerdos concluidos entre las dos organizaciones en los meses de abril, julio y agosto de 1946.<sup>14</sup>

Durante los dos o tres años siguientes a la terminación de la guerra, la perspectiva de igualdad entre todos los Estados que firmaron la Carta constitutiva de la ONU, se desvaneció y se derrumbó. Esta situación trajo como consecuencia cambios radicales en el orden internacional, muchos de los cuales no pudieron ser advertidos al iniciarse la conflagración. Antes que otra cosa, la guerra trajo consigo un cambio en la distribución del poder, reduciendo drásticamente el número de países con capacidad de iniciativa propia en el interjuego de la política internacional. En realidad, la guerra no hizo en este caso sino acelerar una tendencia que ya estaba en la historia: la elevación de los Estados Unidos y la Unión Soviética a la categoría de superpotencias antagónicas, en lo que los expertos optaron por llamar el Sistema Bipolar de postguerra.<sup>15</sup>

El nuevo equilibrio de poder surgido a partir de 1947, estuvo estrechamente relacionado con el inicio de la carrera armamentista, la era nuclear y

<sup>14</sup> MODESTO SEARA VÁZQUEZ, *Op. Cit.*, p. 145, de la Decimotercera Edición.

<sup>15</sup> MARIO OJEDA, *Alcances y límites de la política exterior de México*, p. 13.

\* Más importante aún para la formación de una nueva estructura de poder internacional fue la aparición de las armas nucleares. El año de 1945, en Hiroshima, Estados Unidos hizo explotar, con fines bélicos, su primera bomba atómica, hecho que precipitó el fin de la guerra mundial. Cuatro años más tarde, la Unión Soviética dio fin al monopolio nuclear del que gozaban los Estados Unidos, al hacer estallar su propio artefacto. Para 1952 los norteamericanos aumentaron una vez más su ventaja, al ensayar su primera bomba termonuclear, una variación técnica con respecto al tipo de las primeras, cuyos efectos de destrucción eran considerablemente mayores que los de éstas. Sin embargo, un año solamente bastó a la Unión Soviética para

posteriormente, la carrera espacial. Las dos bombas atómicas lanzadas sobre las ciudades japonesas de Hiroshima y Nagasaki, no sólo contribuyeron a terminar con las hostilidades de la Segunda Guerra Mundial, sino que también generaron una nueva era en la que la alianza temporal por la guerra había sido reemplazada, no por una alianza permanente para la paz, sino por un intenso temor y desconfianza mutua.

En este cambio radical de la esperanza a la desconfianza, todos los propósitos para hacer de las Naciones Unidas una organización universal y permanente para la prevención de la guerra, simplemente se desvanecieron. En su discurso ante el Congreso Norteamericano, el presidente Franklin D. Roosevelt había advertido que las Naciones Unidas "significan -como deben- el fin del sistema de acción unilateral, las alianzas exclusivas, las esferas de influencia, los equilibrios de fuerzas y todos los demás expedientes que han sido ensayados a lo largo de los siglos y han fracasado". Roosevelt preveía la autoridad moral de una comunidad internacional, enunciada en la Carta de fundación de las Naciones Unidas, que procuraría mantener la paz y llevar adelante grandes causas comunes, como las de los derechos humanos, la salud, el comercio, la atención a refugiados, el derecho al trabajo y la creación de empleos. No obstante, desde el principio, las Naciones Unidas se vieron paralizadas por la rivalidad entre los Estados Unidos y la Unión Soviética, y por las tendencias árabes y tercermundistas a emplear la tribuna con fines de propaganda.<sup>16</sup> Sobre los principios constitutivos de la ONU se impuso la realidad más cruda y más poderosa de un nuevo cisma mundial (el conflicto Este-Oeste) y su consecuente esquema geopolítico que se construyó con la guerra fría. Pero el gran proyecto de una cooperación universal sobrevivió en un vago esbozo, debido a que éste estaba ligado a la propia ONU y a sus principios igualitarios concebidos en esos primeros y esperanzadores años de la postguerra. La combinación de estos dos conceptos discordantes fijó la pauta básica de la política mundial para los próximos cuarenta años.<sup>17</sup>

Las relaciones internacionales de los años inmediatos a la Segunda Guerra Mundial no se parecían en nada a sus condiciones de la preguerra. La división de Alemania y de Europa, la ocupación del Japón y el surgimiento de China significaron una revolución en el equilibrio del poder que quince años después, en 1960, provocó que las instituciones potencialmente universales como las Naciones Unidas y sus agencias funcionales (la OIT, la FAO y la OMS), las instituciones

---

volver a nivelarse con los Estados Unidos, al menos en términos cualitativos, mediante el descubrimiento de su propio artefacto termonuclear. Al respecto ver: MARJO OJEDA, *Op Cit*, p. 15.

<sup>16</sup> A fin de alcanzar cierta estabilidad, la ONU fue dividida en un Consejo de Seguridad conformado por 15 países, diez de los cuales son rotatorios, en tanto que los otros cinco son permanentes. Estados Unidos, la Unión Soviética, el Reino Unido, Francia y China se constituyeron como los cinco miembros permanentes del Consejo de Seguridad, cada uno con la facultad de emitir un Voto Calificado sobre los actos y las decisiones del propio Consejo. Al respecto ver: DANIEL BELL, *Las Naciones Unidas y el derrumbe del orden mundial*, Vuelta No. 214, septiembre de 1994, p. 58 y 59.

<sup>17</sup> DAVID THOMSON, *Op. Cit.*, p. 211.

financieras creadas a partir de los acuerdos alcanzados en la Conferencia de Bretton-Woods en 1944 (el FMI y el Banco Mundial) y las agencias comerciales como el GATT, ya comenzaran a mostrar deficiencias no sólo en su desempeño sino también en su operatividad. Como consecuencia de ello, la característica más notable de las relaciones internacionales para la década de los sesentas fue una proliferación, pero sobre todo una consolidación de los organismos locales o de grupo que habían sido creados algunos años atrás para tratar de mantener un equilibrio de poder regional, ocupándose de materias relacionadas con el mantenimiento de la paz y la seguridad internacional pero al mismo tiempo, atendiendo a los intereses económicos, políticos, militares, comerciales y hasta culturales de las potencias hegemónicas regionales.

De esta manera, las relaciones internacionales se llevaron por diferentes niveles y formas de organización, confusas por su variedad, y variables en su eficacia, pero acumulativamente contribuyendo a una nueva textura de la sociedad en el mundo. Al nivel de seguridad y diplomacia, hubo la tendencia de escapar de los problemas sin solución del Consejo de Seguridad (ocasionado principalmente por el uso del veto\* de las principales potencias) mediante el uso de "reuniones en la cumbre" o un consejo no tan formal entre los ministros de relaciones exteriores. Tampoco todos los organismos funcionales lograron tanto como se había esperado. Pero la elaborada y entorpecedora red de organizaciones superpuestas significó por lo menos un intento persistente hacia actitudes y

---

\* En relación a la gran tensión generada por el conflicto Este-Oeste, Organismos militares como la OTAN, el Pacto de Varsovia o la Organización del Tratado de Asia Sudoriental, alcanzaron una importancia geopolítica y estratégico-militar sin precedentes. Asimismo, Organismos Regionales en materia económica y comercial surgieron como una respuesta a las necesidades económicas de las naciones industrializadas y como una lógica consecuencia de los adelantos en las telecomunicaciones. De esta manera, la Organización Europea de Cooperación Económica (OECE) se convirtió en un valioso medio para la cooperación económica más amplia entre los países de la Europa Occidental; la Comunidad Europea del Carbón y el Acero creó una nueva pauta para una integración más cerrada e instituyó una autoridad superior supranacional, cuyas decisiones serían obligatorias para todos los miembros de la comunidad en lo que se refiere a la producción y distribución del carbón, hierro y acero. Francia, Alemania Occidental, Italia y el Benelux la pusieron en vigor en julio de 1952, y en 1957 los mismos seis Estados instituyeron una Comunidad Económica Europea o "mercado común" y una Comunidad Europea de Energía Atómica para coordinar la investigación nuclear y proyectos de fuerza. La Asociación Europea de Libre Comercio apareció al tiempo que la OECE se transformaba en la Organización de Cooperación y Desarrollo Económicos (OCDE). Por otro lado, la Organización de Estados Americanos (OEA) y la Liga de los Países Árabes son ejemplos de organizaciones regionales que surgieron como respuestas políticas e ideológicas al conflicto de la guerra fría. Mientras que el ejemplo del Mercado Común Europeo fue retomado por varias regiones del mundo en años posteriores, consolidándose definitivamente luego de la caída del muro de Berlín en 1989. Para mayor información sobre la aparición, evolución y consolidación de Organismos Internacionales durante los últimos 40 años, se puede consultar: MODESTO SEARA VÁZQUEZ, *Derecho Internacional Público*, págs. 133 a 194; ROBERT L. KABN, *Organizations and Nation-States, new perspectives on conflict and cooperation*, pp. 305; ROBERT OWEN KEPHANE, *Sovereignty, interdependence and international institutions*, pp. 290.

\* Cuando D. Thompson menciona el uso del "Veto", se refiere al Voto Calificado al que tienen derecho los cinco miembros permanentes del Consejo de Seguridad de la ONU.

perspectivas globales; y dada la inseparabilidad de los problemas del mundo, hubo una tendencia inherente para que la cooperación funcional se ampliara a actividades de propósitos múltiples y que las agrupaciones regionales se extendieran más allá de su propia geografía.<sup>18</sup>

Esta tendencia por solucionar los problemas con "reuniones en la cumbre" que se intensificó durante la década de los setentas en pleno auge de la Guerra Fría, terminó por convertir a la ONU en un escenario secundario del concierto internacional, en el cual sólo los conflictos "huérfanos" llegaban a considerarse.

Este fracaso en las funciones mediadoras, pacificadoras y equilibradoras de la ONU tenía una explicación para el exSecretario General del organismo, U Thant. Según el exSecretario, "los grandes conflictos generalmente llegan a instancias de la Asamblea General solo cuando los gobiernos involucrados no han encontrado la manera de solucionarlos. Las Naciones Unidas actúan como el último bastión, el último recurso para resolver conflictos entre dos o más estados, y por ello, no nos debe resultar extraño que el organismo fracase muy a menudo en su papel de mediador, pues estos problemas generalmente se tratan en la ONU cuando de antemano sabemos que ya no tienen solución".<sup>19</sup>

De esta manera, durante los difíciles días de la Guerra Fría, los gobiernos de las dos superpotencias eran los únicos que prácticamente decidían sobre la intervención o la no intervención de la ONU en los grandes conflictos internacionales; en esos tiempos, una potencia "ajena" a cierto conflicto en o entre naciones del Tercer Mundo, actuaba como mediador por obvias razones de interés particular, interés que en la mayoría de los casos, obedecía a una medida ideológico-política asumida como consecuencia del conflicto bipolar. Desde que acabó la segunda guerra mundial, pero sobre todo a partir de las décadas de los setentas y ochentas, las acciones intervencionistas de las grandes potencias casi nunca tomaron en cuenta a las Naciones Unidas. De hecho, desde 1948 hasta dos años antes de la caída del muro de Berlín, todos los problemas en los que la ONU actuó como mediador, fueron conflictos secundarios en comparación con los graves problemas y confrontaciones bélicas que se desataron en distintas naciones del Tercer Mundo como resultado del conflicto Este-Oeste.

<sup>18</sup> DAVID THOMPSON, *Op Cit.*, p. 243 y 244.

<sup>19</sup> U THANT, *View from the U.N.*, p. 32.

\* Desde 1948 ha habido 33 operaciones diferentes destinadas por las Naciones Unidas a salvaguardar la paz, que han puesto en movimiento a más de 650 mil soldados aportados por 66 naciones. El conflicto más prolongado lo han constituido las cinco guerras hechas y derechas entre Israel y naciones árabes; de las cinco operaciones pacificadoras de la ONU, tres seguían desplegadas hasta septiembre de 1994. Al respecto ver: DANIEL BELL, *Op Cit.*, p. 59.

Pero esto no siempre fue así. Hace apenas unos años, la realidad internacional parecía indicar que ese papel secundario de la ONU pronto quedaría en el olvido. Entre 1987 y 1991, una especie de esperanza en el renacimiento de la ONU comenzó a surgir entre todos los miembros de la comunidad internacional luego de que las Naciones Unidas se erigieron como el pilar fundamental de varios acuerdos internacionales que ayudaron, entre otras cosas, a terminar con la guerra entre Irak e Irán, concretar el retiro de las tropas soviéticas de Afganistán, establecer un gobierno de coalición en Camboya, y terminar con la eterna guerra civil de El Salvador.<sup>20</sup> Además, cuando Irak invadió Kuwait el 2 de agosto de 1990, un nuevo período de cooperación sin paralelo parecía que se iniciaba entre todas las potencias políticas y militares, luego de que el sistema socialista comenzara a tambalearse y desmoronarse por toda la Europa del Este.

Con la invasión iraquí al inmensamente rico emirato petrolero de Kuwait, el Consejo de Seguridad de la ONU condenó a Irak por "actos de agresión", requirió que se retirase de Kuwait "inmediata e incondicionalmente" e impuso sanciones obligatorias, comerciales y financieras, así como un embargo sobre Irak. En la guerra, conducida por Estados Unidos, participaron tropas británicas, francesas, egipcias y sauditas. La guerra fue ganada en seguida. Boutros-Ghali recibió el Premio Internacional Onassis, de 100 mil dólares por "revigorizar las Naciones Unidas". Y las sanciones contra Irak perduran hasta hoy, en tanto que los inspectores de la Comisión de Energía Atómica de las Naciones Unidas vigilan Irak en busca de armas nucleares y los aeroplanos estadounidenses vuelan regularmente sobre el norte y sur de Irak, supuestamente protegiendo a las tribus curdas del norte y a los musulmanes chiitas del sur.<sup>21</sup>

Esta relativa cadena de éxitos motivó entre los especialistas la esperanzadora conclusión de que la Guerra Fría era lo que realmente le impedía a la ONU actuar como un mediador efectivo en los conflictos internacionales. Pero el sueño casi utópico de un mundo caracterizado por la justicia, la igualdad, la solidaridad y la cooperación entre los más poderosos, pronto se desvaneció.

El final del Conflicto Bipolar a partir del sorpresivo desmembramiento de la Unión Soviética, generó un peligrosísimo vacío de poder que si bien en un principio fue disimulado por los falsos triunfalismos y las huecas esperanzas de la comunidad internacional, pronto se convirtió en una serie de conflictos regionales que una vez más, resaltaron, y aún resaltan, la ineficacia de las Naciones Unidas como organismo conciliador y la poca voluntad de las potencias hegemónicas para mejorar esta situación.

<sup>20</sup> SAADIA TOUVAL, *Why the U.N. fails?*, *Foreign Affairs*, Sep-Oct 1994, p. 44.

<sup>21</sup> DANIEL BELL, *Op Cit.*, p. 58.

Hoy en día existen cuando menos 48 centros distintos de disturbios, naciones donde hay o se preparan conflictos, 22 de los cuales están en África, al sur del Sahara y también en África del norte. Todos son religiosos, tribales y étnicos. En todas estas situaciones las grandes potencias se han retirado, declarando que no tienen intereses políticos vitales ahí. El odio, la violencia y el hambre se extienden con terribles consecuencias,<sup>22</sup> al mismo tiempo que los fundamentos morales y humanitarios de la ONU han dejado de plasmarse en términos militares y políticos. La existencia de una crisis financiera endémica de las Naciones Unidas, frente a las amplias tareas que la comunidad internacional busca encomendarle, es una incongruencia que debe ser resueta en el corto plazo.<sup>23</sup> El asunto del financiamiento de las operaciones de paz, por tanto, es otro de los grandes problemas al que se enfrenta el organismo, mientras que la diplomacia asume un papel cada vez más importante para la solución de conflictos.

Aquellos embriagadores días inspirados en la falsa esperanza de que la ONU podría ser por fin un mediador efectivo en las disputas internacionales se transformaron, de un momento a otro, en continuos intentos del organismo por solucionar o reducir conflictos en Afganistán, Angola, Haití, Somalia, Yemen, la exYugoeslavia, Ruanda y Zaire, todos sin éxito.<sup>24</sup> Y lo que es peor, para desgracia de la ONU, todos estos fracasos ya no pueden atribuirse más al sistema bipolar de la Guerra Fría.

En un mundo que se transforma de manera acelerada, los marcos de referencia político-ideológica del pasado han perdido su vigencia. Sin embargo, los principios y objetivos de la Carta de las Naciones Unidas todavía conservan su validez a pesar de los serios riesgos de inestabilidad internacional que se vislumbran en el horizonte como consecuencia de la ineficiencia y la inoperatividad del Organismo.

La polarización de la riqueza, la pobreza extrema, la promoción de los derechos humanos, la protección del medio ambiente, la cooperación para el desarrollo, la erradicación del narcotráfico y de las armas nucleares, y el impacto de los movimientos migratorios, son algunos de los problemas que la ONU deberá afrontar con decisión durante los últimos años del Siglo XX, y aunque las Naciones Unidas han adquirido una creciente relevancia como eje para el ordenamiento y la orientación de las relaciones internacionales después de la caída del Muro de Berlín, enfrentan hoy en día el enorme reto de crear vínculos justos y equitativos entre las

---

<sup>22</sup> *Ibidem*, p. 59.

<sup>23</sup> FERNANDO SOLANA, *Impostergable la reforma de la ONU*, Textos de Política Exterior/135, SRE, p.6.

<sup>24</sup> SAADIA TOUVAL, *Op Cit*, p. 45.

naciones, a partir de la participación democrática de sus miembros,<sup>25</sup> vinculada a una reforma radical e impostergable en su modo y sistema operativo.

La reforma de las Naciones Unidas debe tener como uno de sus objetivos la preservación del equilibrio entre los diversos órganos que la componen, pues de hecho existe el riesgo de que -en contradicción con los objetivos y principios de la Carta constitutiva- la acción de los organismos internacionales debilite la soberanía de los Estados argumentando causas humanitarias. El consejo de Seguridad, la Asamblea General, la Corte Internacional de Justicia, la Secretaría y el Consejo Económico y Social, deben apoyarse mutuamente para avanzar hacia los propósitos comunes y para no convertirse en órganos que disfracen como multilaterales, iniciativas de intervención puramente unilaterales.<sup>26</sup> Además, es indispensable que el Consejo de Seguridad se someta a una reforma radical que limite de una vez por todas, las amplias posibilidades de acción y los enormes privilegios con los que cuentan sus cinco miembros permanentes.

Paralelamente a los intensos procesos de cambio producidos en los últimos meses, se ha generalizado la convicción de que se requiere fortalecer y revitalizar a la Organización. Pero la enorme oportunidad que hoy tenemos para vigorizar a las Naciones Unidas podría frustrarse si no hay claridad respecto a los objetivos que se persiguen y a los enfoques más apropiados para manejar los temas prioritarios de la agenda multilateral. El desarrollo y la codificación del Derecho Internacional han sido y deben continuar siendo una prioridad para las Naciones Unidas,<sup>27</sup> y aunque pocos dudan sobre la autoridad moral del organismo, muchos coinciden en señalar que la ONU carece de autoridad política y de una fuerza militar independiente, amén de que en la mayoría de sus operaciones, las decisiones se sustentan en un apoyo logístico *ad hoc* a los estados que cuentan con el mayor peso específico dentro del nuevo contexto internacional.

Hoy, si analizamos con detenimiento y objetividad los falsos triunfalismos de la victoria occidental que apostaban sin ningún recelo a la conformación de un nuevo orden internacional, nos daremos cuenta, sin lugar a dudas, que es muy poco lo que se ha hecho para emprender la reflexión colectiva de la cual podrían surgir los grandes trazos de un nuevo equilibrio de poder, que sólo sería estable en la medida en que lograra conciliar las concepciones y los intereses comunes de la comunidad

<sup>25</sup> Al respecto ver: FERNANDO SOLANA, *Los nuevos retos de las Naciones Unidas*, Textos de Política Exterior/100, págs. 4-9.

<sup>26</sup> *Idem.*

<sup>27</sup> Para nuestros fines, creo que sería por demás ocioso abundar en las múltiples reformas que resultan indispensables para democratizar, fortalecer y revitalizar a la ONU como organismo equilibrador del poder. Sin embargo, si se quiere estudiar más a fondo esta situación, un buen libro para hacerlo es el escrito por el experto jurista MODESTO SEARA VÁZQUEZ, titulado: *La nueva carta de las Naciones Unidas*.

<sup>28</sup> Al respecto ver: FERNANDO SOLANA, *Op Cit.*, págs. 8 y 9.

internacional. Así, mientras el mundo se dirige hacia un destino cada vez más común e interdependiente, la ruptura del orden y el fratricidio salvaje se están difundiendo por todo el planeta, de la misma manera en que un incendio se expande por el bosque. Frente a estos acontecimientos, la realidad nos demuestra que ninguna de las grandes potencias está dispuesta a intervenir, salvo que estén en juego "claros" y "vitales" intereses nacionales, regresándonos así, de nueva cuenta, al periodo de "horfandad" de los conflictos. Por eso, la verdadera solución a los problemas actuales no radica en reformar a la ONU para convertirla en un organismo más eficiente, democrático, plural e independiente, sino que radica en la voluntad de las potencias hegemónicas para cerrar la enorme brecha que existe entre ricos y pobres, tanto al interior de las naciones como entre ellas mismas. Más que reformar a la ONU, hay que convertir a todos sus Estados miembros en auténticos Sujetos del Derecho Internacional, y el resto vendrá por añadidura.

Por lo pronto, Ruanda, Somalia o Bosnia-Herzegovina, la destrucción del Amazonas o la Carrera armamentista, el problema de los refugiados o la explosión demográfica, son sólo algunos de los bosques que requieren, de inmediato, una fuerza pacificadora o consertadora que sea capaz de controlar los fuegos del hambre, la guerra, el subdesarrollo o la muerte. Una fuerza pacificadora que sea el resultado de una comunidad internacional comprometida con la transición actual y capacitada para proponer y emprender una solución política o pacífica a todos estos conflictos.

---

\* Juan Pablo II en sus dos últimas Encíclicas "Centesimus Annus" del 1º de marzo de 1991 y "Veritas Splendor" del 6 de agosto de 1993, nos advierte sobre el peligro de que se presente una alianza entre la democracia y el relativismo ético, pues ésta nos conduciría nuevamente hacia la consolidación de sistemas políticos totalitarios. Para evitarlo, el Papa nos habla de la necesidad de una concertación mundial para el desarrollo.

## CAPITULO III.

### LA GRAN TRANSFORMACIÓN MUNDIAL DE FIN DE SIGLO.

#### III.1. Los sistemas Totalitarios del Siglo XX: la ideología al servicio del poder.

En la introducción a la primera edición de su Prefacio para conmemorar los primeros 40 años de vida del Manifiesto Comunista, Engels escribió: "De la misma manera en que Darwin descubrió la ley de la evolución de la vida orgánica, así Marx descubrió la ley de la evolución de la historia humana".<sup>1</sup> Esta comparación de ambas teorías no solo nos muestra la evidente admiración de Engels por los logros de Marx, sino que también nos ejemplifica, claramente, la forma de pensar que prevalecía entre los europeos del Siglo XIX.

Inmersos en un mundo lleno de adelantos y sorprendentes beneficios, los hombres del Siglo pasado imaginaban con entusiasmo que todos los aspectos de la existencia humana resultarían profundamente transformados. La constante lucha de las sociedades europeas del XIX por construir un sistema político más sano, justo, plural e igualitario sustentado en el derecho, desencadenó los dos grandes fracasos ideológico-políticos de este Siglo. Así, en un afán por perfeccionar y superar el sistema democrático, el fascismo primero y el socialismo después, cimbraron en dos ocasiones el camino de la democracia moderna; pero aunque el racismo y el comunismo se convirtieron en las ideologías dominantes del Siglo XX, no eran, en principio, ni las únicas ideologías ni las más totalitarias.

Si llegaron a serlo fue porque los elementos empíricos sobre los que se hallaban originariamente basadas -la lucha entre las razas por la dominación mundial y la lucha entre las clases por el poder político en los respectivos países- resultaron ser políticamente más importantes que los de las demás ideologías. En este sentido,

<sup>1</sup> FEDERICO ENGELS, *Manifiesto Comunista*, Varios Editores, 1890.

la victoria ideológica del racismo y del comunismo sobre todos los demás *ismos* fue decidida antes de que los movimientos totalitarios se apoderaran precisamente de estas ideologías. Por otra parte, todas las ideologías contienen elementos totalitarios, pero éstos sólo se encuentran desarrollados completamente por los movimientos totalitarios y ello crea la impresión engañosa de que sólo el racismo y el comunismo son totalitarios en su carácter. La verdad es, más bien, que la auténtica naturaleza de todas las ideologías estaba revelada sólo en el papel que la ideología desempeña en el aparato de este tipo de dominación.<sup>2</sup> El movimiento totalitario tiene necesidad de una ideología de carácter utópico, es decir, que postule la posibilidad de una solución perfecta para los problemas de la sociedad. Ese género de utopía está generalmente creado en el cuadro de una religión secular y aparece siempre, según el país, con contenidos y acentos diferentes.<sup>3</sup>

De esta manera, el tremendo cambio intelectual que tuvo lugar a mediados del Siglo pasado consistió en la negativa a ver o a aceptar nada "como es" y en la consecuente interpretación de todo como base de una evolución ulterior. Por lo tanto, es relativamente secundario el que la fuerza impulsora de esta evolución pueda denominarse Naturaleza o Historia. En estas ideologías, el término mismo de "ley" cambia de significado: de expresar el marco de estabilidad dentro del cual pueden tener lugar las acciones y los movimientos humanos, se convierte en expresión del movimiento mismo.<sup>4</sup> En otras palabras, para estas ideologías la revolución es ley. Por eso, cuando el fascismo y el socialismo creyeron haber encontrado la clave para explotar ampliamente las grandes "virtudes" políticas de las ideologías, optaron por seguir estas recetas ideológicas maduras durante el Siglo XIX casi al pie de la letra y al margen de cualquier costo. Además, el misterio del éxito ideológico logrado en sus inicios por el bolchevismo en Europa, es un misterio

<sup>2</sup> Al respecto ver: HANNAH ARENDT, *Los Orígenes del Totalitarismo*, VOL. 3: *Totalitarismo*, p. 695-696.

<sup>3</sup> La religión secular ocupaba un lugar eminente en el marxismo utópico. Hay también en el nazismo una religión secular no del todo omnipresente: la del racismo, expresado con la mayor claridad en el libro de Rosenberg, pero también en algunos escritos de Hitler. La dimensión de la religión secular está menos presente en el fascismo italiano y es una de las razones por las cuales el caso del fascismo se convierte en un caso marginado de totalitarismo. Pero esta utopía es condición necesaria para justificar la exigencia del poder total. Si creemos tener la receta conveniente para crear el "paraíso sobre la tierra", estamos justificados a pedir todo el poder y a cometer todos los crímenes necesarios. Esta justificación es muy importante. Aparece incluso como algo central. Sólo sobre esta base pueden definirse las características institucionales del sistema totalitario completo. Al respecto ver: GUY HERMET, *Totalitarismos*, p.281.

<sup>4</sup> En la interpretación del totalitarismo, todas las leyes se convierten en leyes de movimiento. Cuando los nazis hablaban sobre la ley de la Naturaleza o cuando los bolcheviques hablaban sobre la ley de la Historia, ni la Naturaleza ni la Historia son ya la fuente estabilizadora de la autoridad para las acciones de los hombres mortales; son movimientos en sí mismas. Subyacente a la creencia de los nazis en las leyes raciales como expresión de la ley de la Naturaleza en el hombre, se halla la idea darwiniana del hombre como producto de una evolución natural que no se detiene necesariamente en la especie actual de seres humanos, de la misma manera que la creencia de los bolcheviques en la lucha de clases como expresión de la ley de la Historia se basaba en la noción marxista de la sociedad como producto de un gigantesco movimiento histórico que corría según su propia ley de desplazamiento hasta el fin de los tiempos históricos, cuando llegaría a abolirse por sí misma. Al respecto ver: HANNAH ARENDT, *Op. Cit.*, p. 687.

que no deja de tener cierta analogía con el que rodea el desarrollo del pensamiento fascista en la misma época. Porque los dos movimientos están ligados como lo están acción y reacción, y así lo indican la cronología, las intenciones de los protagonistas y lo que toman uno del otro. Esa relación de interdependencia permite tal vez formular una hipótesis: que los efectos de simplificación y de amplificación a los que recurrieron las dos ideologías son el secreto de su carácter seductor. En efecto, ambas llevaron hasta la caricatura las grandes representaciones colectivas de las que son portadoras: en un caso, una patología de lo universal; en el otro, una patología de lo nacional. Al ir tomando cuerpo, en el curso de los acontecimientos que contribuyeron a provocar, no dejaron de agravar sus afectos convirtiendo en fanáticos a sus partidarios;<sup>5</sup> la interpretación política de estas ideologías, y más aún, su gusto por el poder, en vez de limar sus asperezas, multiplicó sus errores y sus crímenes.

Esta aplicación política dió como resultado la consolidación de gobiernos puramente totalitarios, en los que todos los hombres se convirtieron en uno solo, en donde toda actividad apuntaba a la aceleración del movimiento de la Naturaleza o de la Historia, en donde toda acción independiente era la ejecución de una sentencia de muerte que la Naturaleza o la Historia ya habían decretado, y en donde ningún principio para mantener al movimiento en marcha constante estaba separado del uso de la fuerza, la coerción, la tiranía de la "dialéctica" o de la "razón", y la privación de la libertad, más que física, intelectual. Y es que el objeto ideal de la dominación totalitaria no era el nazi convencido de su naturaleza puramente superior o el proletario revolucionario convencido de su función histórica, sino más bien las personas para quienes ya no existía la distinción entre el hecho y la ficción -es decir, la realidad de la experiencia- y la distinción entre lo verdadero y lo falso -o sea, las normas del pensamiento-.

Apenas disparado el último cañonazo de la Primera Guerra Mundial, defender a la nación en contra de la revolución comunista se convirtió en una prioridad para Occidente. La prioridad del bolchevismo crea, por ende, la prioridad del antibolchevismo, y el fascismo no es mas que una de sus formas, particularmente virulenta allí donde las clases dirigentes salieron debilitadas por el conflicto bélico. Sin complejos para tomar prestado lo necesario a la idea de la revolución, el fascismo exalta sin medida a la nación traicionada oponiéndola a la amenaza bolchevique. Cocktail novedoso de elementos conocidos reciclados en otro contexto, el fascismo constituye una ideología nueva por yuxtaposición.<sup>6</sup>

Bolchevismo y fascismo entran por lo tanto casi juntos en el teatro de la historia, como los recién nacidos del repertorio político europeo. Es un poco difícil

<sup>5</sup> FRANÇOIS FURET, *La pasión revolucionaria en el Siglo XX*, Vuelta No. 216, noviembre de 1994, p. 20.

<sup>6</sup> FRANÇOIS FURET, *Op. Cit.*, p. 18.

imaginar hoy que se trata de ideologías tan recientes, cuando nos parecen ya, según el caso, en desuso, absurdas, deplorables o criminales. Sin embargo su presencia ha llenado la historia del Siglo XX. La una contra la otra, o apoyándose una en la otra, son la materia de la cual este Siglo está hecho. Al mismo tiempo muy poderosas, muy efímeras y por demás absurdas en sus planteamientos básicos, la gran pregunta es ¿cómo pudieron despertar tantas esperanzas y tantas pasiones en tantos individuos?, y la gran respuesta quizá se encuentre en las raíces mismas de ambas ideologías totalitarias.

Los sistemas fasci-nazista al igual que los socialistas fueron totalitarios no en vista de sus “técnicas modernas”, sino en virtud de su “impulso ideológico” hacia una transformación total y finalmente mundial de la sociedad.<sup>7</sup> Así, entre las definiciones del fenómeno totalitario, aísla mejor la variable más específica, es decir, su designio de remodelar la sociedad, no con el fin exclusivo de subordinarla a una dictadura, sino con el propósito de domesticarla de tal manera que no exista ya en ella ninguna motivación independiente. En el totalitarismo, la dinámica de construcción-destrucción se dió como proceso de edificación de un poder que aseguraba su trascendencia a costa del aniquilamiento de lo que, en la sociedad, es estructura y no solamente suma de gobernados.

En consecuencia, todo gobierno totalitario requería construir su poder sobre los escombros de la sociedad, lo que significa en otras palabras, que en los sistemas totalitarios era el poder lo que se creaba y la sociedad lo que se destruía. Eso es justamente lo que podemos leer entre líneas cuando atendemos a las palabras de Lenin: “La dictadura del proletariado es una mano de hierro que crea todo destruyéndolo”<sup>8</sup>; o a las de Hitler: “No debemos remitir el poder a las masas ciegas, incapaces de pensar, privadas de la chispa divina... Es necesario colocar al individuo por encima de la masa y subordinar a esta última”<sup>9</sup>; entendiéndolo por mera lógica deductiva, que el individuo al cual se refiere Hitler, es el mismo personaje colectivo que dispone de la “mano de hierro” en el discurso leninista.

Allí donde se alzaron con el poder, los gobiernos totalitarios desarrollaron instituciones políticas enteramente nuevas y destruyeron todas las tradiciones sociales, legales y políticas del país. Fuera cual fuera la tradición específicamente nacional o la fuente espiritual específica de su ideología, el Gobierno totalitario siempre transformó a las clases en masas, suplantó el sistema de partidos no por la dictadura de un partido, sino por un movimiento o revolución de masas, desplazó el centro del poder del ejército a la política y estableció una política exterior abiertamente encaminada a la dominación mundial.<sup>10</sup> Además, los regímenes

<sup>7</sup> R. LÖWENTHAL, *Beyond totalitarianism*, p. 211.

<sup>8</sup> VLADIMIR LENIN, *L'Etat et la Revolution*, p. 404.

<sup>9</sup> H. HEIMER, *El estado autoritario*, pp. 9-10.

<sup>10</sup> HANNAH ARENDT, *Op. Cit.*, p. 682.

socialistas utilizaban un recurso económico -la nacionalización completa de todos los bienes- para asegurarse la obediencia de la población y el adecuado funcionamiento del sistema. En la práctica, esto significaba que el terror era el instrumento a través del cual los sistemas totalitarios ejecutaban las sentencias de muerte que se suponía habían pronunciado la Naturaleza sobre razas o individuos que no eran "aptos para vivir", o la Historia sobre las "clases moribundas", sin aguardar al proceso más lento y menos eficiente de la Naturaleza o de la Historia mismas.

Pero de la misma manera en que la legalidad en un Gobierno constitucional es insuficiente para inspirar y guiar las acciones de los hombres, así el terror en un Gobierno totalitario no es suficiente para inspirar y guiar el comportamiento humano.<sup>11</sup> El verdadero contenido de la ideología nazista, es decir, la pureza de la raza aria, y el objetivo central de la ideología comunista, o sea, la dictadura del proletariado, prácticamente devoraron -cada una en su momento y gracias a los terribles mecanismos de dominación que implementaron- la propia lógica y contradicción con la que se construyeron sus ideas básicas (la lucha de razas como ley de la naturaleza y la lucha de clases como ley de la historia), demostrándonos así que no existe totalitarismo sin ideología, que los sistemas totalitarios siempre necesitan destruir completamente las estructuras políticas y culturales para poder recrear medianamente un deficiente sistema democrático<sup>12</sup>, y que toda clase de gobierno o dominio totalitario porta siempre y sin excepción, los gérmenes de su propia destrucción.

Lo cierto es que los regímenes totalitarios ya forman parte de la dolorosa experiencia de este Siglo XX como sistemas que intentaron construir una sociedad más justa e igualitaria, que superara al sistema de las sociedades democráticas. Sin embargo, como diría Hölderlin, "cuando el hombre quiere crear el cielo sobre la tierra, crea el verdadero infierno". El totalitarismo, con todo y sus grandiosas ambiciones de forjar una sociedad radicalmente nueva, integrada por un retorno a los

\* Por supuesto que *sobra decir* que los sistemas fascista, nazi o comunista no han inventado el ejercicio y la inculcación del terror como propedéuticas de obediencia. La inquisición española alcanzó en ese plan un grado de perfección rara vez igualado. Supo también, a partir del Siglo XVII, graduar y endulzar esta violencia en función de la misma excelencia de los resultados obtenidos. Más cerca de nosotros, el genocidio de los armenios o de los serbios está a la vista para recordarnos que tales actos pueden ser decididos y conducidos por un Estado no totalitario. Aún más significativamente, podemos observar que la dictadura franquista de los primeros años fue infinitamente más violenta en relación a la población autóctona, como no lo fueron ni el fascismo y ni siquiera el nazismo, aun cuando todos los buenos autores están de acuerdo en el carácter simplemente autoritario -y no totalitario- de ese régimen. Al respecto ver: GUY HERMET, *Op. Cit.*, p. 153.

<sup>11</sup> GUY HERMET, *Op. Cit.*, p. 296.

\* Lo que la dominación totalitaria necesita para guiar el comportamiento de sus súbditos es una preparación que les haga igualmente aptos para el papel de ejecutor como para el papel de víctima. Esta doble preparación, sustitutivo de un principio de acción, siempre es la ideología.

<sup>12</sup> RAFAEL SEGOVIA, *Ante las elecciones*, Nexos No. 175, julio de 1992, p. 68.

**valores tradicionales o construída a partir de un llamado a la modernidad, acabó por crear “infiernos sobre la tierra” que muchas generaciones futuras, sin duda, continuarán lamentando.**

### III.2. La crisis de las Ideologías y la ruptura del equilibrio bipolar de pos-guerra.

Aunque la mayoría de los analistas coinciden en señalar que “la Solución Final” de Hitler fue un movimiento que fracasó rotundamente gracias a la afortunada intervención aliada durante la Segunda Guerra Mundial, muchos otros -entre los que me gustaría incluirme- prefieren considerar que “la Solución Final” al igual que “la dictadura del proletariado” estaban condenadas al fracaso, como ideologías y como sistemas de dominación política, desde el momento mismo de su gestación.

Es muy cierto, por ejemplo, que los asesinatos de judíos en la Alemania Nazi se hubieran multiplicado cientos de veces de no haber sido por la derrota del Tercer Reich a manos de los Aliados; pero al margen de ese factor, también es cierto que “la Solución Final”, como tal, jamás habría triunfado. Lo que quiero decir es que aún cuando los Alemanes hubiesen ganado la guerra, la base ideológico-política de su “Solución Final” y de su “espacio vital” estaban condenadas al fracaso y a la desaparición, de la misma manera en la que “el comunismo como fin de la historia” y “la dictadura del proletariado como fase transitoria” eran dogmas destinados al cataclismo y a la autodestrucción.

Las políticas totalitarias que optaron por seguir las recetas de las ideologías desenmascararon la verdadera naturaleza de estos movimientos revolucionarios, en cuanto mostraron claramente que no podía existir final para esos procesos que sus ideologías promulgaban. Si la ley de la Naturaleza consiste en eliminar todo lo que resulta perjudicial y es incapaz de vivir, sería el mismo final de la Naturaleza el hecho de que no pudieran hallarse nuevas categorías de elementos perjudiciales e incapaces de vivir. Si es ley de la Historia el que en la lucha de clases “desaparezcan” ciertas clases, significaría el final de la historia humana el hecho de que no se formaran nuevas clases rudimentarias que a su vez pudieran “desaparecer” a manos de los dominadores totalitarios. En otras palabras, la ley de matar, por la que los movimientos totalitarios se apoderan y ejercen el poder, seguiría siendo ley del movimiento aunque logran someter bajo su dominación a toda la Humanidad.<sup>13</sup>

Por lo tanto, la historia dogmática de la Alemania Nazi, como la de la Rusia Soviética o la de la China de Mao, no solo se desmoronó sino que también se desprendió de su propia lógica y contradicción, demostrándonos que la historia social y política no es el lógico resultado de un proceso dotado de una dirección y un sentido, y que en las Relaciones Internacionales, el Conflicto de Poder está dominado por miles de causas, algunas de ellas tan insensatas como el azar. Sin embargo, la lección que dejó la derrota del Nacional Socialismo en la Alemania del Führer no tuvo un impacto tan grande en los círculos políticos, ni alteró tanto a la comunidad internacional, como la propia reunificación alemana, la experiencia de la

<sup>13</sup> HANNAH ARENDT, *Op. Cit.*, p. 687-688.

caída del socialismo y el consecuente desmembramiento del Imperio Soviético; incluso una pequeña reforma a la política comercial de la República Popular China en nuestros días, tendría más impacto en la política y en la economía internacionales de lo que la división de Alemania lo tuvo hace casi 50 años.

Pero las razones de todo esto no son sencillas de explicar. Tal vez el contexto en el que se engendró la paz de la Segunda Guerra Mundial -por cierto, mucho más injusto que el de la Primera- permitió la pronta configuración de un nuevo equilibrio internacional que hizo olvidar los horrores de una Alemania Nazi que realmente nunca llegó a constituirse como una potencia de índole mundial. Así, mientras Europa intentaba levantarse de los estragos de la guerra y Japón se reponía del tremendo impacto de dos bombas atómicas, los Estados Unidos y la Unión Soviética se consolidaban, sin problemas, como potencias mundiales hegemónicas pero también antagónicas.

Stalin, Mussolini y Hitler se convirtieron en el gran patrimonio que heredó la humanidad después de la Primera Guerra Mundial<sup>5</sup>; un patrimonio que fue parcialmente aniquilado durante la Segunda Guerra Mundial, cuando la victoria de los Aliados acabó con el nazismo, pero al mismo tiempo propició que el otro adversario de la democracia liberal, el socialismo, acrecentara su influencia. Sin embargo, a diferencia de la actitud cautelosa y a la vez agresiva de Occidente frente a la amenazadora presencia del Hitler en Europa antes de la guerra, el desenvolvimiento temeroso y atemorizante de las democracias Occidentales durante el largo y terrible período de la Guerra Fría, sólo originó que los muchos escenarios de "victoria" que se habían imaginado frente a la amenazadora presencia del Socialismo en el mundo (que por cierto siempre fue eso, una amenaza) no se parecieran, ni remotamente, al que se dió.

Nunca se volverá a presentar algo similar: la civilización capitalista venció rotundamente y sin guerra, sin dar la menor batalla. Todo ocurrió como si un

<sup>5</sup> Si hubo un hecho céntrico y dominante en cuanto al período entre guerras, fue el surgimiento del fascismo y el comunismo en Europa, y la destrucción de la democracia, débil como era, en la mayoría de los países. Izquierda y derecha contendieron por el poder, pero sería demasiado simple identificar la derecha con el capitalismo. Las más de las veces era una mezcla de nacionalismo y populismo aunada a la búsqueda de un guía fuerte que despertase un sentido de orgullo nacional. Italia fue el primer país que se hizo fascista, bajo la dirección de Benito Mussolini, que empezó siendo socialista de izquierda. Portugal se hizo autoritario, Alemania se hizo nacional socialista; Austria, bajo el canciller Dollfuss, aplastó el fuerte movimiento socialista, pero fue dominada por Alemania. La guerra civil española dividió a Europa y se convirtió en el gran símbolo del conflicto ideológico entre fascismo y comunismo. Fuertes movimientos nacionalistas surgieron en Francia y Bélgica. Hungría se tornó fascista. Polonia se hizo autoritaria. Sólo Inglaterra y las naciones escandinavas permanecieron democráticas. En el meollo del problema residía una honda depresión y un elevado desempleo que ningún gobierno -salvo el sueco- parecía capaz de enfrentar. Los comunistas y fascistas organizaban violencia callejera, que las débiles democracias parlamentarias no conseguían dominar. "El centro", en efecto, no resistía. Al respecto ver: DANIEL BELL, *El porvenir de Europa: después del año 2000*. Vuelta No. 183, febrero de 1992, pags. 16-17.

plebiscito a escala planetaria optase por la economía de mercado al mismo tiempo que por la democracia. Como si condenase no las luchas sindicales y los movimientos populares, no las correcciones del liberalismo desbocado o la socialdemocracia, sino los ideales colectivistas. Pero el mundo que deseaba el fin del sistema socialista no había preparado nada para la era poscomunista. Simplemente Occidente no sabía, y aún no sabe, qué hacer con su "victoria". Las interrogantes suscitadas por el desplome del modelo soviético y la declinación del imperio que pretendía encarnar, para sí y para el mundo, son inseparables unas de otras. Las dos superpotencias y a veces los dos bandos habían acabado por acostumbrarse a una paz armada, con alternaciones de guerra fría y aflojamiento vigilante. De ahí la confusión, la inquietud y a veces el pesimismo con el que algunos estrategas han acogido la victoria de la libertad en los vuelcos antitotalitarios. De ahí la reaparición brutal de una gran incertidumbre en los asuntos mundiales. La estructura internacional bipolar, fundada en el equilibrio de la amenaza nuclear, mal que bien mantenía la unidad en cada uno de los dos campos antagonistas, al tiempo que establecía una relación de consenso beligerante entre Washington y Moscú. Pero la caída de la U.R.S.S. liberó múltiples fuerzas centrifugas, no sólo en el interior del antiguo campo socialista, sino también en el otro campo donde la protección militar norteamericana perdió su necesidad.

El mal soviético estaba deslindado, circunscrito, era previsible. Se sabía a qué atenerse. Se sabía cómo defenderse, se creía tener la seguridad. Hoy ya ni se sabe dónde está el mal. En una palabra, se veía más claro cuando el imperio soviético era sólido y cerrado, que no ahora. El fenómeno de la pérdida del bienestar intelectual puede afinarse observando que éste siempre es alimentado por la capacidad de prever, por la previsibilidad. Todo lo que se ha desplegado ante nuestros ojos era imprevisto, nadie lo previó, nadie puede jactarse de haberlo anunciado.<sup>14</sup>

De ahí que lo más relevante de la caída del Imperio Soviético no haya sido el final de la Guerra Fría ni la ruptura del equilibrio bipolar de pos-guerra, sino el terrible hueco de poder que se descubrió ante la estupefacción de Occidente frente al

\* Tras la desintegración de la Unión Soviética, una de las principales preocupaciones de Occidente era saber quién asumiría el control del impresionante arsenal nuclear que se encontraba disperso por todos los rincones de la Unión, e incluso más allá de sus fronteras. Afortunadamente, la difícil situación económica en la mayoría de las repúblicas soviéticas que se constituyeron como Estados independientes, pronto les hizo aceptar tanto las condiciones políticas de Rusia, como las condiciones económicas de sus acreedores occidentales. Así, la mayor parte de las armas nucleares que pertenecían al Ejército rojo se devolvieron a Rusia, mientras que otras se destruyeron en cumplimiento al Tratado para la Eliminación de las Armas Nucleares firmado años atrás entre la U.R.S.S. y los E.U. Sin embargo, la amenaza no ha disminuido. Algunas Repúblicas ex-soviéticas como Ucrania aún conservan gran parte del poderío nuclear que poseía la Unión Soviética y ese simple hecho la convierte, hoy por hoy, en una de las naciones más poderosas en cuanto a capacidad destructiva nuclear se refiere. No es pues extraño, el que E.U. a través de Turquía -su aliado en la OTAN- pretenda cerrar el paso a los buques que lleven cargas nucleares a Ucrania vía el Mar Negro.

<sup>14</sup> Al respecto ver: JEAN DANIEL, *Hagamos tabla rasa del futuro*, Vuelta No. 211, junio de 1994, p. 20.

suceso. La experiencia Soviética no nos muestra un gran Estado desmembrado o reducido por haber entregado su destino a los azares de la guerra, ni un poder destruido por la revuelta de naciones o pueblos sojuzgados, sino la desagregación vertiginosa de un sistema social, podrido no tanto por su extensión fuera de Rusia como por sus enfermedades intrínsecas.

Para sorpresa de Occidente, el gusano estaba en la manzana. La Vieja Rusia fue la matriz del socialismo real y también el lugar por excelencia donde se jugó su destino y su liquidación.\* Fue Gorbachov quien dió la señal y abrió la posibilidad. Fue en el centro del Imperio Soviético (primero bajo Andropov) donde se tomaron los riesgos de su reforma, que resultaron ser también los de su disolución.<sup>15</sup> Durante la segunda mitad de la década de los setentas, la Unión Soviética comenzó a perder impulso. Los fracasos económicos se volvieron más frecuentes. Comenzaron a acumularse las dificultades y se multiplicaron los problemas sin resolver. Elementos de lo que se conoce en las economías occidentales como estancamiento, y otros fenómenos ajenos al socialismo comenzaron a aparecer en la vida de la sociedad soviética. Una especie de "mecanismo de freno" afectaba el desarrollo social y económico, al mismo tiempo que la demagógica presentación de una realidad sin problemas resultaba ser contraproducente, pues se comenzaba a abrir una brecha entre la palabra y la acción, lo cual producía, a su vez, la pasividad pública y el descreimiento en los eslogans que se proclamaban. Además, los efectos de la represión totalitaria comenzaron a reflejarse en una gradual erosión de los valores morales del pueblo soviético.

El aspecto vivo del desarrollo económico dejó su lugar a un crecimiento más que modesto. Los grandes movimientos sociales -la movilidad de los individuos y de los grupos- se frenó en un grado considerable. Mientras que, en su adolescencia el

\* Al hablar sobre todos los cambios políticos y sociales que se presentaron en el seno de la ex-Unión Soviética durante la década de los ochentas, no debemos olvidar las importantes transformaciones que se presentaron -incluso algunos años antes- en otros países totalitarios de la periferia. Tal es el caso del movimiento polaco conocido como "Solidaridad". Encabezado por Lech Walesa, Solidaridad contaba, entre otras cosas, con un apoyo muy importante por parte de la Iglesia Católica; ello modificó radicalmente la relación gobierno-sociedad civil en Polonia, e influyó significativamente sobre las inquietudes reformistas de las demás naciones de Europa del Este.

<sup>15</sup> En ningún momento los pueblos tuvieron la iniciativa del movimiento... En la Unión Soviética, lo esencial se jugó en Moscú, en el seno del PC de la U.R.S.S. Incluso el golpe de agosto de 1991, hasta donde se sabe, parece haber fracasado antes que nada por la poca determinación de los conjurados; las manifestaciones de protesta fueron reducidas en Moscú donde ni siquiera convocaron a mucha gente. De manera general, si la salida del ámbito comunista se realizó con un mínimo de enfrentamientos sangrientos, es porque, en el fondo, resultó de un consenso llevado a cabo por los partidos comunistas, a veces a iniciativa suya como en Hungría. En ninguna parte acarreo rencillas o purgas, ni siquiera en los casos en que la intervención popular derrocó a los comunistas, como en Polonia, en Alemania del Este o en Checoslovaquia. En la que era la Unión Soviética, la antigua nomenclatura comunista sigue gobernando algunas de las nuevas repúblicas democráticas... Esta permanencia en el poder no concuerda con el tradicional concepto de "revolución", inseparable de una rápida rotación de las cúpulas políticas. Al respecto ver: FRANÇOIS FURET, *Las preguntas que nos dejó la U.R.S.S.*, Vuelta No. 195, febrero de 1993, pags. 30-31.

régimen veía a las jóvenes élites sucederse una tras otra sin respiro (como consecuencia de purgas sangrientas o no), durante su madurez, en todos los países del bloque soviético gobernaban las élites más antiguas y ortodoxas. Los cambios radicales fueron borrados por el sentimiento de la estabilidad, por no decir del marasmo o de la petrificación.<sup>16</sup>

En ese contexto, las reformas al Partido Comunista y a su “estilo” de gobernar eran indispensables. Para 1987 -justo dos años después de haber llegado al poder y de haber comenzado a implementar las reformas necesarias que reestructurarían al socialismo- Mijail Gorbachov, escribió: “La *Perestroika* es una urgente necesidad surgida de los procesos de desarrollo de nuestra sociedad socialista. Esta sociedad está madura para el cambio. Hace tiempo que lo anhelaba. Una demora en comenzar la *Perestroika* podría haber llevado, en un futuro cercano, a una situación interna exasperante, la cual, para decirlo sin vueltas, se habría recargado con una muy seria crisis social, económica y política”.<sup>17</sup> Pero para desgracia de Gorbachov, el tiempo y no la historia pronto nos demostró que la *Perestroika* y la *Glasnot* no eran más que las últimas “patadas de ahogado” que estaba dando el gigante soviético antes de sucumbir. La reestructuración del sistema socialista soviético nunca llegó, y al contrario, la Unión de Repúblicas desapareció. De la categoría de superpotencia mundial, la U.R.S.S. se convirtió en un país en bancarrota. De un momento a otro, pasó de rival a mendigo, y en contraste con la caída de otros grandes imperios, el desplome soviético aparece como un caso excepcional de los tiempos modernos, por haber sido una superpotencia sin jamás haber encarnado una civilización.\*

<sup>16</sup> GUY HERMET, *Op. Cit.*, p. 182.

<sup>17</sup> MIJAIL GORBACHEV, *PERESTROIKA. Nuevas ideas para mi país y el mundo*, p. 15.

\* Es impresionante la forma en la que Europa Oriental se transformó después de que se desplomó la URSS. Los contrastes entre lo que ésta fue y lo que ahora existe son enormes. De hecho, no es ocioso recordar algunos de ellos:

- En lugar de un inmenso y poderoso Estado multinacional y multiétnico, ahora existen quince Estados independientes, muchos de los cuales -empezando por la propia Rusia- conservan una diversidad étnica y nacional que es fuente de tensiones y violencia.
- En lugar de un Estado con un enorme poder militar y arsenal nuclear, ahora existen quince que buscan tener ejército propio y, en el caso de las cuatro repúblicas con armamentos nucleares, intervenir en su manejo y en su destino.
- En lugar de un grupo de Estados ideológicamente comprometidos con la construcción del socialismo, ahora existe un conjunto de Estados que, con orientación práctica e ideológica diversa, formalmente se comprometen con los ideales de la democracia liberal y con los principios de la economía de mercado.
- En lugar de un grupo de Estados en los que predominaba el ateísmo, fomentado por la ideología oficial, ahora existen varios Estados donde florecen las más diversas creencias religiosas y donde el fundamentalismo de esta índole encuentra tierra fértil para echar raíz.

Al respecto ver: GERARDO BRACHO y CARLOS TELLO, *La desintegración de la URSS*, Nexos No. 174, Junio 1992, p. 61

régimen veía a las jóvenes élites sucederse una tras otra sin respiro (como consecuencia de purgas sangrientas o no), durante su madurez, en todos los países del bloque soviético gobernaban las élites más antiguas y ortodoxas. Los cambios radicales fueron borrados por el sentimiento de la estabilidad, por no decir del marasmo o de la petrificación.<sup>16</sup>

En ese contexto, las reformas al Partido Comunista y a su "estilo" de gobernar eran indispensables. Para 1987 -justo dos años después de haber llegado al poder y de haber comenzado a implementar las reformas necesarias que reestructurarían al socialismo- Mijail Gorbachov, escribió: "La *Perestroika* es una urgente necesidad surgida de los procesos de desarrollo de nuestra sociedad socialista. Esta sociedad está madura para el cambio. Hace tiempo que lo anhelaba. Una demora en comenzar la *Perestroika* podría haber llevado, en un futuro cercano, a una situación interna exasperante, la cual, para decirlo sin vueltas, se habría recargado con una muy seria crisis social, económica y política".<sup>17</sup> Pero para desgracia de Gorbachov, el tiempo y no la historia pronto nos demostró que la *Perestroika* y la *Glansot* no eran más que las últimas "patadas de ahogado" que estaba dando el gigante soviético antes de sucumbir. La reestructuración del sistema socialista soviético nunca llegó, y al contrario, la Unión de Repúblicas desapareció. De la categoría de superpotencia mundial, la U.R.S.S. se convirtió en un país en bancarrota. De un momento a otro, pasó de rival a mendigo, y en contraste con la caída de otros grandes imperios, el desplome soviético aparece como un caso excepcional de los tiempos modernos, por haber sido una superpotencia sin jamás haber encarnado una civilización.\*

<sup>16</sup> GUY HERMET, *Op. Cit.*, p. 182.

<sup>17</sup> MIJAIL GORBACHEV, *PERESTROIKA. Nuevas ideas para mi país y el mundo*, p. 15.

\* Es impresionante la forma en la que Europa Oriental se transformó después de que se desplomó la URSS. Los contrastes entre lo que ésta fue y lo que ahora existe son enormes. De hecho, no es ocioso recordar algunos de ellos:

- a) En lugar de un inmenso y poderoso Estado multinacional y multiétnico, ahora existen quince Estados independientes, muchos de los cuales -empezando por la propia Rusia- conservan una diversidad étnica y nacional que es fuente de tensiones y violencia.
- b) En lugar de un Estado con un enorme poder militar y arsenal nuclear, ahora existen quince que buscan tener ejército propio y, en el caso de las cuatro repúblicas con armamentos nucleares, intervenir en su manejo y en su destino.
- c) En lugar de un grupo de Estados ideológicamente comprometidos con la construcción del socialismo, ahora existe un conjunto de Estados que, con orientación práctica e ideológica diversa, formalmente se comprometen con los ideales de la democracia liberal y con los principios de la economía de mercado.
- d) En lugar de un grupo de Estados en los que predominaba el ateísmo, fomentado por la ideología oficial, ahora existen varios Estados donde florecen las más diversas creencias religiosas y donde el fundamentalismo de esta índole encuentra tierra fértil para echar raíz.

Al respecto ver: GERARDO BRACHO y CARLOS TELLO, *La desintegración de la URSS*, Nexos No. 174, Junio 1992, p. 61

Es verdad que nunca se sabrá si fue tan poderoso como se creyó en Occidente, porque su capacidad de mentira formaba parte de sus hazañas. Pero el hecho es que la Unión Soviética reunió a su alrededor cómplices incondicionales, clientes y colonias, dándose a sí misma un arsenal militar y una política exterior de alcance internacional. Tenía todos los atributos de la potencia mundial que inspiraban respeto a sus adversarios, sin hablar de los atributos del mesianismo ideológico con los que se ganaba la adoración de sus partidarios. Sin embargo, su desmoronamiento no deja nada en pie: ni instituciones, ni principios, ni costumbres, ni siquiera una historia.<sup>18</sup> Y eso no es todo, sobre las propias ruinas de los regímenes socialistas, no aparece sino el repertorio conocido de la democracia liberal, lo cual transforma el sentido mismo del comunismo, incluso para los que eran sus adversarios. En vez de una exploración del porvenir, la experiencia soviética no es sino un paréntesis en el desarrollo de la democracia moderna. La historia del Siglo XX adquiere nuevos rasgos en el entendimiento de que fascismo y comunismo se inscriben en ella como tragedias comparables por su voluntad de oponerse a un desarrollo del cual forman parte.

Por eso, si el pensamiento comunista fue tan poderoso y universal en el Siglo XX, si rebasó con creces las fronteras de la Unión Soviética para convertirse en el mito soviético, tanto en Occidente como en los países subdesarrollados, es porque coincidía con una idea de la universalidad de los hombres, de filiación cristiana y democrática, pero desprovista de su cercanía histórica con el capitalismo. Pretendía cumplir con la verdadera universalidad del género humano, prometida por la democracia burguesa pero siempre postergada por la división del trabajo y las relaciones de clase. En otros términos, el pensamiento comunista nunca se disoció de la democracia moderna. Funcionó como su doble, su reverso, su corte de justicia, su futuro, como lo demostró la historia europea desde la Revolución Francesa. En el fondo y a pesar de los esfuerzos de Marx para convertirlo en una necesidad, el comunismo era una creencia, una idea moral del futuro.<sup>19</sup>

Por eso, el final del comunismo representa un cambio radical de nuestro universo político. Es, de hecho, una situación totalmente nueva, porque desde hace doscientos años la política europea no dejó de alimentarse con las ideas y pasiones de las críticas radicales del capitalismo y de la democracia liberal, hechas en nombre de una sociedad más organizada y más fraternal: la derecha significaba la nostalgia de las jerarquías, la izquierda, la esperanza del socialismo. Hoy, ambas atraviesan por una tremenda crisis de valores y ello plantea una gran interrogante: ¿puede la democracia moderna vivir sin utopía revolucionaria, es decir, sin negarse a sí misma? La respuesta no es sencilla y mucho menos si atendemos al hecho de que entre todos los regímenes que han existido a lo largo de la historia, la democracia

<sup>18</sup> FRANÇOIS FURET, *Op. Cit.*, p. 30.

<sup>19</sup> FRANÇOIS FURET, *Op. Cit.*, p. 31.

moderna es el que tiene más propensión a fabricarse enemigos, hasta entre sus beneficiarios. Su promesa es inagotable porque es precisamente la de la universalidad de los hombres; en otros términos, la democracia moderna es inseparable, no sólo de la pasión igualitaria, sino también de una pendiente que corre hacia una visión utópica de la historia; y en el Siglo XX, la propuesta que canalizó dichas emociones fue, justamente, la doctrina comunista.<sup>20</sup> Esa es la razón por la cual, a pesar de todo, aquí y allá se llega incluso a echar de menos el codominio soviético-norteamericano, el equilibrio bipolar, cierto orden doblemente imperial. En los países del Este, liberados del socialismo totalitario y de la tutela soviética, tiende a ser olvidado el terror de los "gulag" para alarmarse ante el desempleo, la droga, la criminalidad y el desorden. En cuanto a los rusos mismos, abundan quienes extrañan los tiempos en que la Unión Soviética era una superpotencia cuyas opiniones, consejos y amenazas eran tomados en consideración.<sup>21</sup> En suma, muchos de los hombres que alguna vez sufrieron las calamidades totalitarias de los gobiernos de la Cortina de Hierro, hoy se revuelcan en una nostalgia de poder para olvidar las vicisitudes de la libertad.

Además, en el marco de las relaciones internacionales construido por el orden bipolar de la pos-guerra, la Unión Soviética conservaba en el tercer mundo virtudes incomparables: protegía la emancipación de los pueblos contra "el imperialismo" y era capaz de hacer respetar a sus aliados. De la misma manera, el tercer mundo -particularmente el mundo árabe- veía en el ejemplo soviético el camino hacia una modernidad igualitaria que podía hacer retroceder los fundamentalismos religiosos sin afectar lo esencial, sabiamente decantado, de la religión. Así pues, con la caída del Muro de Berlín (símbolo por excelencia del conflicto Este-Oeste) el equilibrio bipolar se alteró desde sus bases; pero más allá de ese desequilibrio generado desde las raíces mismas del sistema, lo que quedó claro con el desmoronamiento del "socialismo real"<sup>22</sup> fue que las ideologías que funcionaron a menudo como religiones han perdido su dimensión, digamos, trascendental.

<sup>20</sup> *Ibidem.*

<sup>21</sup> JEAN DANIEL, *Op. Cit.*, p. 20.

<sup>22</sup> El derrumbe de la ideología comunista fue el derrumbe de un régimen opresor, no de una utopía. Marx dijo siempre que el socialismo suyo no era utópico sino "científico". Por lo tanto, en palabras del propio Marx, lo que recién se ha acabado es el socialismo "científico", o sea, el socialismo "real" que nada tiene que ver con la utopía. Y es que el marxismo no es una ciencia sino una hipótesis y muchos de sus supuestos esenciales han resultado falsos. La ley que debería dar unidad y fundamento a todo su análisis -la teoría del "valor/trabajo"- nunca fue recibida por la ciencia económica, y peor aún, acabó por ser dejada de lado hasta por la mayoría de los marxistas contemporáneos. Además, su tesis central resultó ser falsa: la clase obrera no es una clase universal revolucionaria. De manera que el fin del socialismo "científico" o "real" no es el fin de las utopías, pues el socialismo no fue ni es una utopía sino una ideología. Al respecto ver: OCTAVIO PAZ, *Los nacionalismos y otras bemoles*, Vuelta No. 195, febrero de 1993, p. 28; o también: LUCIO COLLETTI, *Marx: ¿profeta o científico?*, p. 79.

Hoy, la experiencia soviética nos muestra que justo en el momento de choque con la realidad, se evaporaron los contenidos "proféticos" del marxismo y tomaron cuerpo las previsiones más "sobrias" de Weber, de Pareto y de Schumpeter, sobre la "burocratización" de la sociedad y el advenimiento del "totalitarismo" moderno.<sup>23</sup> De esta manera, la crítica actual contra la ideología consistiría en mostrar, por ejemplo, que el terror no defiende a la libertad; que si bien es cierto que el marxismo, como ideal, proyectaba una sociedad liberada de la enajenación y de toda forma de dominio, después de la revolución solo desembocó en un Estado burocrático y totalitario; que el Estado totalitario no puede justificarse en la doctrina socialista,<sup>24</sup> y que, en consecuencia, los intelectuales ya no tienen una ciega confianza en el progreso.

Pero hay más. Si efectivamente el desmoronamiento del socialismo burocrático constituye un cambio radical, este cambio no encaja en el repertorio revolucionario al que estábamos acostumbrados desde 1789. Ya no se trata de inventar una sociedad inédita en la historia, sobre las ruinas de la que se acaba de derrocar, como sucedió en Francia en 1789 o en Rusia en octubre de 1917, sino, al contrario, de restaurar aquella que la Revolución de octubre pretendió destruir en sus raíces. En pocas palabras, si se mantuviera el término de Revolución para calificar el conjunto de los acontecimientos que llevaron al fin de los regímenes socialistas, habría que inventar este extraño concepto de "Revolución Contrarrevolucionaria". En sus banderas se inscribe una restauración, un regreso a lo que se quiso superar, y no una reforma del socialismo marxista. Se trata de restablecer la propiedad privada, la igualdad ante la ley, las elecciones libres, la garantía constitucional de las libertades, la independencia de las iglesias, en suma, una sociedad civil "burguesa" y un gobierno democrático.<sup>25</sup> Sin embargo, esta discordancia revolucionaria no significa necesariamente el fin de las ideologías, sino más bien una crisis en el contenido revolucionario de éstas. Por lo tanto, es el mito de la Revolución lo que realmente ha muerto, y no la ideología como tal.

Con la ruptura del equilibrio bipolar de pos-guerra, las ideas revolucionarias que postulaban el progreso, el optimismo colectivo, y por lo tanto, el orden, están desapareciendo como los instrumentos unificadores que daban solidez lo mismo a las ideologías que engendraron sistemas totalitarios, como aquellas sobre las que se desarrolló la democracia occidental. Las ideas según las cuales una sociedad puede avanzar en nombre de una esperanza o de una utopía están agonizando, mientras que

<sup>23</sup> LUCIO COLLETTI, *Op. Cit.*, p. 100.

<sup>24</sup> LUIS VILLORO, *Ciencia, política, filosofía e ideología*, p. 137.

\* Menciono a los intelectuales porque las ideologías, como dice Octavio Paz, es la enfermedad de los intelectuales y no del pueblo. La Revolución Francesa como la de Lenin y la de Fidel Castro, fueron movimientos de grupos de intelectuales y de revolucionarios profesionales a los que el pueblo se anexó, quizá por desesperación o tal vez porque no había otra opción.

<sup>25</sup> FRANÇOIS FURET, *Op. Cit.*, p. 30.

en la ebullición de la caldera ideológica no se identifican mas que ingredientes de populismo, tribalismo, anomia, individualismo, etnicismo y por si fuera poco, un peligrosísimo resurgimiento del nacionalismo.<sup>26</sup> En suma, un delicado sentimiento de horfandad invade actualmente la naturaleza misma del espíritu humano, desatándose con ello una ola incontrolable de pasiones sobre las que se sustentan muchas de las acciones que pretenden dar respuesta al conjunto de dificultades económicas, políticas, sociales, culturales y hasta ambientales que aquejan nuestras relaciones en este fin de Siglo.

El neoliberalismo económico, por ejemplo, es la respuesta de Occidente a ese "vacío" de nuestros días; pero esa respuesta, no puede ni debe ser similar a la propuesta liberal del siglo XIX; nuestra cultura, basada en los principios generales de la propiedad privada y el libre mercado, se está empobreciendo, y el ruido con el que se celebran tantas novedades vacías no hace mas que acentuar esta decadencia. En general, el bienestar material crece al mismo ritmo de una vida familiar que se desmorona por la flaqueza moral de nuestro consumismo, de manera que la probable "occidentalización" del Este en términos económicos y políticos, no representa ninguna garantía para solucionar los profundos conflictos nacionales e internacionales que se presentan en la actualidad.

El problema no es sencillo. La doctrina oficial de los regímenes socialistas aseguraba que esta ideología había solventado definitivamente todos los problemas que las sociedades modernas pudiesen llegar a enfrentar; con su caída, la realidad contemporánea no nos muestra sino una ebullición, a menudo explosiva, de toda clase de conflictos que comenzaron a desatarse, uno tras otro, en todas aquellas regiones donde alguna vez se ejerció un dominio socialista. De esta manera, la lucha por el bienestar individual, el ejercicio de la libertad y sobre todo, la reafirmación de la nacionalidad, se han convertido en los elementos fundamentales de una auténtica crisis de valores que afecta la convivencia civilizada y pacífica, y altera la identidad del propio individuo. En resumen, después de la Guerra Fría, la transición es confusa, pero los problemas y paradojas lo son aún más.

---

<sup>26</sup> ALAIN MINC, *La nueva Edad Media: el gran vacío ideológico*, p. 41.

### III.3. El final de la Guerra Fría y las paradojas de un mundo en transición.

“Nada es peor que lo imprevisto para los hombres del poder”, eso fue lo que el exsecretario de Estado norteamericano, Henry Kissinger, manifestó en una entrevista realizada por la cadena de televisión estadounidense, CNN, con motivo de la caída del muro de Berlín en diciembre de 1989. Y es que en Occidente, al igual que en todos los rincones del planeta, muchos tenían la esperanza de que el final del régimen comunista introduciría a la humanidad entera en una nueva época de civilización, paz, prosperidad y tolerancia. Cinco años después de aquellos impredecibles acontecimientos, mas bien parece que en lugar de una época plena de racionalidad, el mundo se encuentra inmerso en las difíciles arenas de la incertidumbre y la inestabilidad.

Un vacío intelectual, pero al mismo tiempo político y moral, ha caracterizado a las relaciones internacionales desde entonces; ello ha generado una imperiosa “necesidad” de mirar hacia el pasado más que de moldear el futuro. Los viejos vicios de las sociedades contemporáneas dominan claramente sobre las viejas virtudes, y muchos de los acontecimientos que ahora presenciemos nos confunden repetidamente, llevándonos del optimismo al pesimismo, y de la presumible incertidumbre que representa el Siglo XXI, a la truncada historia que supone el Siglo XIX.

Lo que pudo haber sido un gran paso en la historia de la humanidad hacia la adquisición de nuevas libertades universales, pronto se convirtió en una serie de conflictos arto difíciles, que complicaron -y aún complican en demasía- la configuración de un nuevo equilibrio de poder a nivel internacional. Mas que sanar algunas heridas, el final de la guerra fría aumentó su número y empeoró muchas de las ya existentes. De pronto, la frágil “perfección” del equilibrio bipolar se desvaneció y el mundo entero se fracturó en miles de circunstancias, la mayoría de las cuales han sido parcialmente homogeneizadas por los intereses económicos o las vicisitudes políticas.

En cierto sentido, la Guerra Fría facilitaba las relaciones internacionales no sólo para aquellos que estaban interesados en su estudio y comprensión, sino también para los hombres protagonistas encargados de asumir los mandos y tomar las decisiones. Durante los “felices” años del conflicto bipolar, asumir la bandera de alguno de los dos bandos, o bien permanecer en el marco de una neutralidad -por lo regular ampliamente cuestionada- eran medidas suficientes para que las acciones y las reacciones, los logros y los fracasos de todas las naciones, quedasen completamente justificados. Hoy, en cambio, la mayor parte de los conflictos internacionales se derivan de relaciones caóticas. Pareciera como si los hombres de este tiempo apenas estuviésemos aceptando, con impotencia y asombro, que el mundo es mucho más que un conflicto bipolar caracterizado por el enfrentamiento

este-oeste y la amenaza nuclear. Así pues, los problemas que antes quedaban en segundo término como consecuencia natural de la rivalidad ideológica entre el capitalismo y el socialismo, hoy se están convirtiendo en las grandes prioridades de fin de siglo, mientras que la transición política, económica y social hacia un nuevo equilibrio de poder en el mundo, resulta ser, en muchos aspectos, particularmente desafortunada y ampliamente paradójica.

Al mismo tiempo que las sociedades occidentales buscan un equilibrio multilateral fincado en los principios fundamentales del libre mercado, la apertura económica y comercial, la pluralidad de pensamiento, y la diversidad étnica y cultural, la práctica de medidas unilaterales, egoístas, nacionalistas y francamente proteccionistas de las mismas sociedades está generando un efecto "hacia adentro" que podría repercutir muy pronto, en la conformación de auténticas fortalezas medievales de magnitudes continentales; fortalezas que vivan para sí mismas, alejadas de la solidaridad y la cooperación internacional; castillos feudales inmersos en un mundo dividido entre el norte y el sur, entre los ricos y los pobres; ciudades amuralladas que sin lugar a dudas convertirían la vida del Siglo XXI en algo parecido a la vida del hombre en el *Leviathan* de Thomas Hobbes: "solitaria, pobre, desagradable, embrutecida y breve."<sup>27</sup>

Para evitar esto, las sociedades occidentales deben construir -como sociedades generadoras de la riqueza, promotoras de la democracia e impulsoras de la justicia y el bienestar social- una masa crítica de países que avancen por una clara senda de crecimiento y estabilidad de modo que otros países puedan verlos como ejemplo a seguir y las potenciales naciones bélicas del futuro puedan ver que las artes de la paz alimentan a muchos más pueblos que las artes de la guerra.<sup>28</sup> Se trata pues de acabar de una vez por todas con actitudes paradójicas y reservistas que no hacen mas que complicar el punto medular por el que atraviesa la historia de la humanidad. La elección de nuestros fines determinará si los próximos cien años podrán transcurrir como un período de progreso en un sentido mucho mayor al del simple factor económico o, por el contrario, como un período marcado por la desintegración y el declive hacia un marasmo de conflicto y caos. Sin embargo, la solución no es tan sencilla; de hecho, el resurgimiento de los nacionalismos, las actitudes xenofóbicas y el proteccionismo comercial, son conflictos internacionales de gran actualidad que se oponen dramáticamente a los intentos fortuitos -algunos indispensables, otros no tanto- de apertura comercial, globalización económica, tolerancia cultural y pluralidad intelectual.

De hecho, la primera gran paradoja que se presentó en el mundo de la posguerra fría tuvo que ver directamente con el desquebrajamiento del equilibrio

<sup>27</sup> THOMAS HOBBS, *Leviathan*, Cap. III.

<sup>28</sup> Al respecto ver: JACQUES ATTALI, *El regreso del tribalismo*, Nexos No. 181, enero de 1993, p. 32.

bipolar. Irónicamente, la “muerte” repentina del enemigo común provocó que una fuente inagotable de pasiones y nostalgias por el pasado se desbordara sobre las naciones occidentales, inundando de violencia e incertidumbre la vida del ciudadano común. Así, lo que supuestamente sería una condición o característica exclusiva de las sociedades excomunistas, pronto se convirtió en un “mal global”; paradójicamente, las consecuencias más directas y más profundas de la caída del socialismo en el mundo, no se han dado en las naciones que estuvieron cubiertas por la sombra del marxismo, sino en los países o regiones que siempre funcionaron y se autodefinieron como su opuesto.

Desde luego que la guerra en los Balcanes es la consecuencia más dramática y lamentable del derrumbe de una fuerte autoridad central que controlaba todo y lo decidía todo, sin embargo, la situación actual de muchos países europeos, lo mismo que de algunas naciones en Asia, América o África, nos muestra que existe un peligro real de que la experiencia yugoslava no sea una variación aislada o extrema de la adaptación a la vida postcomunista sino que se convierta en un modelo de libro de texto que muestre cómo todas las naciones del mundo ordenan sus asuntos ahora que el control comunista ya no existe. En suma, con la caída del imperio soviético, la redefinición de los principios y objetivos occidentales, vuelve a plantear -desde el punto de vista de su origen y legitimidad- todo el problema del equilibrio de poder en la comunidad internacional.

Desde hace 70 años, o al menos desde que finalizó la Segunda Guerra Mundial, los asuntos internacionales eran tratados únicamente por dos potencias hegemónicas: la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas y los Estados Unidos de América. Hoy, en contraste, el escenario internacional nos presenta una situación inédita porque no queda en el mundo potencia hegemónica alguna. Pero más allá de la incertidumbre que implica la ausencia de un líder en la comunidad internacional, creo que el verdadero problema radica en la crisis estructural y de valores por la cual atraviesa el mundo en la actualidad. El trastorno económico, las quejas históricas, las injusticias de todo tipo -tanto antiguas como modernas-, el brote de rivalidades étnicas, los desacuerdos sobre los derechos de las minorías, las disputas fronterizas, la experiencia limitada en el ordenamiento democrático de las cuestiones políticas, y muchas otras calamidades de nuestros días, aparecen una tras otra no sólo en el corazón de los antiguos Estados socialistas, sino también en el seno de los Estados más ricos, poderosos y “estables” del hemisferio Occidental.

En efecto, el derrumbamiento de los muros físicos e ideológicos ha generado tres movimientos globales concéntricos y asimétricos de orden político, económico, cultural y hasta moral. El primero, la explosión de las nacionalidades; una explosión que tanto capitalistas como comunistas lograban superar a través de la racionalización del consenso, el diálogo de intereses o la represión totalitaria, y que hoy, en cambio, se ve intensificada, dramáticamente, por el extremismo, la

xenofobia y el radicalismo de muchas sociedades. Segundo, la explosión política del neoliberalismo económico; puesto que la libertad y la democracia no resuelven en sí mismas el conflicto de poder y la profunda crisis económica que se derivan lo mismo del subdesarrollo que de la transición hacia un mundo no comunista ni totalitario, los principios neoliberales se están aplicando "sin to ni son" por todas las regiones del planeta, como si fuesen la única salida a todos los problemas. Y tercero, la delicada crisis fronteriza en Europa del Este; en toda la masa continental de Europa, dentro de la vasta zona geográfica que alguna vez cubrieron la URSS y sus satélites, en realidad hay un potencial de recreación de cinco, diez o veinte Yugoslavias. El instituto de Geografía de la Academia de Ciencias rusa calcula que hay más de 160 disputas fronterizas sólo en la antigua Unión Soviética, de hecho, de las 23 fronteras entre las repúblicas de la antigua URSS, sólo tres no han sido impugnadas.<sup>29</sup>

Por lo tanto, es en Europa donde la caída del comunismo dejó una crisis "estructural" más honda, con la amenaza de desintegración de los antiguos Estados nacionales conforme se van afirmando las identidades. Los Estados-nación que se desarrollaron en particular después de la Primera Guerra Mundial nunca fueron étnica ni culturalmente homogéneos, pero al igual que esos Estados, existen muchos otros en la Europa Occidental que están viviendo los problemas de minorías separatistas. De ahí que hayamos presenciado la partición de Checoslovaquia en dos Estados separados: la República Checa y la República Eslovaca, protestante una, la otra católica. De ahí que en Bélgica, donde las divisiones se remontan muy atrás, haya una separación de hecho, en lo cultural, entre flamencos y valones. En España, Cataluña y Euzkadi, con lenguaje propio, piden mayor autonomía. Irlanda del Norte es la dolorosa experiencia británica en estos movimientos independentistas, aunque el ejemplo más grave y patente vuelve a ser el de Yugoslavia, donde los eslovenos, los croatas y los serbios se han separado. Los croatas son católicos romanos, los serbios ortodoxos gregos. Bosnia, el estado de en medio, ha tenido amplias minorías serbias y croatas, pero la sección principal ha sido musulmana, eslavos convertidos al islam en tiempos del Imperio Otomano. Y por si fuera poco, buena parte de esta problemática europea es reforzada por el hecho de que en muchas áreas, son las regiones y no los Estados las que se están convirtiendo en las entidades económicamente viables.<sup>30</sup> Así pues, en Italia por ejemplo, la denominada Liga del

<sup>29</sup> JACQUES ATTALI, *Op. Cit.*, p. 30.

\* Casi 25 millones de rusos, por ejemplo, viven fuera de Rusia dispersos por las viejas repúblicas soviéticas, muchas de las cuales tienen relaciones problemáticas, por decir lo mínimo, con Rusia; en Estonia, el 30% de la población es rusa; en Latvia la cifra es 38%; en otras partes, 200 mil griegos viven en Albania, 700 mil húngaros viven en Eslovaquia; 300 mil alemanes viven en Polonia, así como 200 mil ucranianos; unos dos millones de húngaros viven en Rumania, y el mayor partido de oposición que en la actualidad tiene representación en el parlamento rumano es el partido étnico húngaro. En la Rusia de nuestros días -de cuya población sólo el 80% es ruso- hay más de 100 nacionalidades. Al respecto ver: JACQUES ATTALI, *Op. Cit.*, p. 29.

<sup>30</sup> DANIEL BELL, *El porvenir de Europa: después del año 2000*. Vuelta No. 211, junio 1994, p. 18.

Norte ha querido separarse de la República, o cuando menos crear un Estado más descentralizado, pues no quiere pagar por el sur italiano pobre, que es una rémora en la economía.

Existe igualmente una crisis estructural por el lado económico y es a partir de esta crisis de donde surge otra de las grandes paradojas de este mundo en transición: en vez de un crecimiento económico rápido después de la caída del comunismo, el resultado -al menos a corto plazo- ha sido que hoy la situación es hasta peor que antes en muchos aspectos. En general, en el pasado, ese trastorno económico extremo ha sido un terreno de cultivo fértil para el extremismo político -no menor en Europa Occidental- y no hay ninguna razón para pensar que este inexorable principio de la vida política no se aplicará en la actualidad. La gama de respuestas a la miseria económica va desde las formas que ya nos resultan familiares a los que vivimos en Occidente -decisiones diferidas de inversión, desempleo más alto y demás- hasta respuestas en el otro extremo, que pueden implicar francos abusos de los derechos humanos cuando cada nacionalidad, cada raza, cada tribu lucha contra todas las demás para conseguir un pedazo del reducido pastel económico. La escala de miseria que comienza con el desempleo en un extremo tiene en el otro extremo la creación de barreras alrededor de los territorios nacionales o étnicos, el transporte de personas débiles por personas fuertes de un territorio a otro, y el horror final de la limpieza étnica cuando una raza simplemente niega el derecho de existencia a otra.<sup>31</sup>

La paradójica consecuencia de todo esto es que mientras Occidente habla de integración comercial, diversificación de mercados, pluralidad cultural y apertura económica, sus fronteras se cierran y el proteccionismo aumenta; auténticos muros de acero se han construido entre las fronteras que separan al tercer mundo del primero, mientras que las potencias económicas reducen sus políticas antiinmigratorias;<sup>32</sup> en la mayor parte de las aduanas del mundo existen barreras de toda clase: arancelarias, no arancelarias, religiosas, culturales, étnicas, lingüísticas y raciales.

Sin embargo, como dice Jacques Attali, todo esto no es justificable, pero es comprensible. En las condiciones extremas que son las que imperan, los hombres pierden su sentido del bien común a largo plazo y buscan soluciones extremas y

<sup>31</sup> Al respecto ver: JACQUES ATTALI, *Op. Cit.*, p. 30.

<sup>32</sup> El problema de las minorías que cruzan las fronteras tanto en Europa como en América es ya un conflicto complejo y peligroso. La incontenible ola migratoria que va desde el Este hacia el Oeste y desde el Sur hacia el Norte, significa una amenaza mayúscula para la cual ninguna de las grandes potencias occidentales está preparada. Esta es una realidad que preocupa en demasía a los políticos e intelectuales de todo el mundo, y que en términos teóricos y sociológicos se refleja fielmente en una frase del Canciller alemán Helmut Kohl, cuando contestaba a una carta del Director del Bundesbank, Karl-Otto Poehl, en la que se le criticaba por haber implementado una política de moneda común entre dos sociedades desiguales, durante el periodo de la unificación alemana: "O les enviábamos el marco o ellos nos enviaban a sus habitantes". Al respecto ver: JIM GRAHAM, *The New Germany*, Financial Times, Enero 20, 1991, p. 5.

egoístas. Esta observación nos lleva a la característica final -y quizás ya no tan paradójica- de este mundo en transición: la crisis moral y su infinidad de consecuencias. Las crisis morales, con todo y su sentido de desilusión colectiva pueden generar una xenofobia extrema, una segura desconfianza en las instituciones, un cinismo sobre la política y un resentimiento de las élites. Las sociedades pueden deslizarse peligrosamente hacia la desesperación sobre el pluralismo étnico o ideológico, y distanciarse de la política para refugiarse en los valores comunes de la religión, la raza o la historia.<sup>32</sup> Por eso, para un analista de las relaciones internacionales no debería ser una sorpresa que la tentación de escaparse de una crisis que es al mismo tiempo económica, política y moral, se cristalice en los movimientos nacionalistas o en el fundamentalismo religioso.

El derrumbe de los muros ha sido pues el derrumbe material, cristalizado en múltiples contradicciones, de casi un siglo de religiones ideológicas. Los problemas político-económicos, "nacionalistas", aparecen, ante el mundo, como su propio *ex-ante*, como una radiografía de su propio pasado *en sepia*, como una petrificación antropológica donde todo presente es pretérito. La consecuencia es dramática porque no pueden dejarse a la deriva a pueblos enteros que creen, en términos de creencia, que deben ser instalados o reinstalados en la "casa común". Sin embargo, esos pueblos, transportan, a la "casa común", la confusión conceptual heredada del Estado-Patrón autoritario; la ausencia de criterios de calidad y pluralidad; la idea de la reproducción del poder mucho más que una idea de la producción interior, conceptual, del cambio.<sup>33</sup> Asimismo, el final de la Guerra Fría ha puesto de manifiesto el grado lamentable de los desastres demográficos, ecológicos, epidemiológicos y demás, desarrollados independientemente de los problemas generados por el comunismo. Durante la Guerra Fría llegaba a decirse "antes muerto que rojo"; hoy, despojados del sentido que podría tener una muerte planetaria, se dice que hay que movilizar a cinco mil y medio millones de habitantes para poder sobrevivir.<sup>34</sup>

<sup>32</sup> CHARLES S. MAIER, *Democracy and its discontents*. Foreign Affairs, Vol. 73, July/August 1994, No. 4, p. 58.

Conforme han concluido las ideologías políticas -proceso ahora acelerado por el derrumbe del comunismo- han pasado a primer plano nuevas políticas de identidad, etnicidad, género y religión, siendo esta última la más poderosa. Cuando la gente ha buscado credos nuevos o renovar los viejos, el fundamentalismo islámico, ligado al nacionalismo, ha sido el instrumento más ferviente. Con unos 935 millones de seguidores en todo el planeta, el islam es la religión que domina la mayor parte del Asia Central; domina además en el norte y centro de África, en el mundo Árabe y en el sur de Europa, junto al Mediterráneo. En la actualidad existen tres zonas de trastornos donde este radicalismo religioso sigue siendo una amenaza para la paz y la estabilidad regional: Bosnia-Herzegovina, Palestina y las Repúblicas exsoviéticas del Asia Central.

<sup>33</sup> JUAN MA. ALPONTE, *Prólogo: El mapa del Siglo XXI*. Vuelta: La Experiencia de la Libertad, Tomo II, p. 7.

<sup>34</sup> JEAN DANIEL, *Hagamos tabla rasa del futuro*, Vuelta No. 211, Junio 1994, p. 24.

Son todas estas consideraciones las que por una parte definen nuestra nueva condición de ciudadanos del mundo -porque sitúan a los problemas más graves de este fin de Siglo como conflictos que dictan soluciones no individuales, no nacionales, no continentales, sino mundiales- y las que, por otra, nos acercan a la reflexión histórica, varias veces mencionada, de que el Siglo XX nació en Sarajevo y va a terminar allí. Sin embargo, más allá de estas observaciones, creo que son los problemas existenciales, es decir, los problemas relacionados con la pobreza extrema, la explosión demográfica, la impartición de justicia, el narcotráfico, la salud mundial, la educación, los derechos humanos, la destrucción del medio ambiente y muchos otros, los que al final de cuentas complican el panorama mundial para construir un nuevo equilibrio de poder.

En muchas ocasiones, la gran mayoría de los realistas políticos eran criticados porque -al igual que los idealistas- cometían el error de asumir que su objeto de estudio se transformaba mucho más de lo que realmente lo hacía; hoy, en cambio, el riesgo consiste en que los realistas políticos -en un afán por determinar objetivamente las causas y consecuencias de la caída del socialismo- cometan justo el error opuesto, es decir, comenzar a actuar como si su objeto de estudio, o sea, el mundo, no hubiese cambiado tanto como realmente cambió.<sup>35</sup> Pero definitivamente, el mundo de hoy es un lugar muy distinto al que existía hace apenas algunos años, y mientras las nuevas prioridades y enigmas internacionales no se resuelvan, permanecerán difusos los contornos del nuevo orden mundial que se gesta ante nuestros ojos.

---

<sup>35</sup> LESLIE H. GELB, *Quelling the Teacup Wars*, Foreign Affairs, Nov-Dic 1994, p. 2.

## CAPITULO IV .

### **LAS NUEVAS PRIORIDADES EN LAS RELACIONES INTERNACIONALES**

#### IV.1. La economía de mercado y su tendencia globalizadora.

Cualquier discusión sobre el poder en las relaciones internacionales parece dejar la impresión de que la mayoría de los asuntos mundiales tienen que ver con conflictos bélicos o con la carrera armamentista. Sin embargo, hoy en día, la interacción principal entre las naciones, las instituciones y aún entre los individuos, es económica. Más allá del factor político, cultural o militar, la economía y el comercio son los dos aspectos que rigen las relaciones internacionales de este fin de Siglo. De la misma manera en la que todos los conflictos entre las grandes potencias acaparaban la atención del mundo entero durante el difícil período de la Guerra Fría, así el comercio y las relaciones económicas y financieras dominan en la actualidad los criterios de política exterior de casi todas las naciones. De hecho, en términos de las relaciones entre Estados o gobiernos, la frecuencia de los vínculos económicos o de las transacciones comerciales excede, por mucho, la frecuencia de cualquier clase de conflicto sea político, social o militar.

Por esta razón, una adecuada comprensión de las relaciones internacionales en nuestros días, no solo requiere de un estudio detallado de las decisiones políticas y militares de las grandes potencias, sino también de un análisis profundo del comercio, las finanzas y la economía internacionales como fuentes inagotables de conflicto.<sup>1</sup> La expansión de la capacidad industrial, el desempleo, el advenimiento de la tecnología, el fuerte incremento en el volumen del comercio internacional, las fluctuaciones en el valor de las monedas nacionales, la ayuda y la inversión extranjera directa, la apertura comercial, el deseo de proteger a la economía nacional de los productos hechos en el exterior, la unión monetaria, las reformas de mercado,

<sup>1</sup> WALTER JONES, *The logic of international relations*, p. 417.

el dominio de la actividad económica mundial por corporaciones internacionales y la conformación de bloques económicos, son solo algunos de los muchos aspectos que día con día aparecen ante nuestros ojos como las máximas prioridades de casi todas las naciones y como el origen indiscutible de un sinnúmero de problemas.

Pero este cambio en las prioridades internacionales tiene una causa lógica. Por una parte, el mundo ha experimentado profundas transformaciones en los últimos años. El socialismo se derrumbó en la Unión Soviética y Europa Oriental; las naciones capitalistas industrializadas, tras el corto respiro que les procuró la aplicación de políticas neoliberales, aún no salen totalmente de la crisis y no existen perspectivas claras de crecimiento sostenido en el mediano plazo; y las economías del Tercer Mundo, agobiadas aún por la crisis de la deuda y las políticas de ajuste, abandonaron sus viejas estrategias de desarrollo de corte proteccionista y se abrieron al exterior,<sup>2</sup> siguiendo los patrones del neoliberalismo económico casi por necesidad.

Por otra parte, la internacionalización financiera y empresarial son dos factores que también han impulsado este cambio. Gracias al progreso de la tecnología, el comercio transfronterizo de bienes, la producción de las empresas y los servicios financieros se han incrementado y facilitado sustancialmente; los tipos de cambio y las tasas de interés nacionales son cada vez más sensibles a los movimientos financieros internacionales, y debido a esa mayor interrelación de los mercados financieros, el comercio, y por lo tanto, la producción, la inversión y el empleo, están directamente más expuestos a las fluctuaciones del entorno financiero internacional.<sup>3</sup> Además, las fuerzas que ahora impulsan la globalización de la economía y la integración por bloques comerciales, comenzaron a gestarse desde hace más de treinta años, a partir de la formación del capital interno conjunto mediante la inversión extranjera directa, y en base al considerable aumento de los flujos financieros internacionales en casi todos los mercados del mundo.

Sin embargo, a pesar de que esta nueva tendencia en las relaciones internacionales descansa sobre el acelerado desarrollo científico y tecnológico, sobre el creciente flujo de capitales y mercancías entre las naciones, y sobre el impulso natural de la demanda que la mayoría de los Estados desarrollados, tercermundistas y exsocialistas hacen por igual en pro de un espacio económico internacional abierto,<sup>4</sup> las condiciones actuales de nuestro mundo plantean serias dudas sobre las ventajas, posibilidades y perspectivas de dicha tendencia.

<sup>2</sup> ARTURO GUILLEN, *Bloques regionales y globalización de la economía*. Comercio Exterior, Vol. 44, No. 5, mayo 1994, p. 379.

<sup>3</sup> YILMAZ AKYUZ, *Comercio y finanzas: disyuntivas del ajuste estructural*, Pensamiento Iberoamericano, No. 20-21, abril de 1992, p. 13.

<sup>4</sup> Al margen de sus diferentes grados de desarrollo, experiencias previas u orientación político-ideológica, los países en desarrollo abren sus economías; emprenden ajustes macroeconómicos; privatizan empresas públicas; desregulan mercados; reconvierten industrias, modernizan los sistemas de comunicaciones y

En primer lugar, eso de que la globalización económica es una tendencia mundial está por verse. Definitivamente no todos los países pueden adoptar por igual las políticas neoliberales de liberalización comercial y apertura económica, pues no todos cuentan con las condiciones básicas para hacerlo o no a todos les conviene hacerlo; es decir, por más que un país o un grupo de países tenga la necesidad o la intención de integrarse a otro, son las condiciones económicas internas de este segundo actor las que determinan que tan útil o viable puede ser una integración. En segundo lugar, aunque el capitalismo siempre haya tenido una vocación mundial, la base de operación de las empresas ha sido nacional, y esto también resulta válido para las actuales corporaciones transnacionales, que si bien actúan en diversos países, la propiedad del capital corresponde a los países de origen de las matrices, que son los que gestan y difunden las ventajas competitivas.<sup>5</sup> Por lo tanto, si bien es cierto que esta tendencia en las Relaciones Internacionales contemporáneas puede ser concebida como un proceso de integración no lineal que va de la apertura comercial a la regionalización por bloques, y de los flujos de inversión extranjera directa a la integración económica, también es cierto que este proceso puede concebirse como un conjunto de contratendencias que van desde la intensificación del proteccionismo hasta la cerrazón de las economías e incluso, la fragmentación de los Estados nacionales.

De aquí surgen entonces las primeras preguntas sobre la economía de mercado y su tendencia globalizadora: ¿en verdad será mejor la integración y la cooperación económica que el aislacionismo y el proteccionismo comercial?, ¿será la privatización, la inversión extranjera y el libre comercio la solución a la crisis económica del primer mundo y la respuesta a todos los problemas del tercero?, ¿qué papel juega el interés nacional y la defensa de la soberanía en las negociaciones comerciales internacionales y en el proceso de apertura económica?

---

servicios; impulsan los grupos financieros, bolsas de valores y alianzas transnacionales; se adhieren a organismos y normas internacionales, y se integran a bloques regionales. En fin, en todos estos aspectos, las diferencias residen más en los logros, ritmos y modalidades que en los objetivos fundamentales. Al respecto ver: ALEJANDRO DABAT, *La coyuntura mundial de los noventa y los capitalismo emergentes*, Comercio Exterior, Vol. 44, No. 11, noviembre de 1994, p. 944.

<sup>5</sup> La ventaja competitiva se crea y se mantiene mediante un proceso muy localizado. Las diferencias en escala nacional en estructuras económicas, valores, culturas, instituciones e historias contribuyen profundamente al éxito competitivo. El papel de la nación originaria de una firma transnacional cualquiera parece ser tan fuerte como antes o incluso más fuerte que nunca. Aunque aparentemente la mundialización de la competencia resta importancia a la nación, más bien parece que la acrecienta. Al haber menos impedimentos al comercio para proteger a las empresas y sectores nacionales no competitivos, el país de origen, sede de la matriz, cobra un creciente significado porque es la fuente de las técnicas, políticas y tecnologías que sustentan la ventaja competitiva. Al respecto ver: MICHAEL PORTER, *La ventaja competitiva de las naciones*, p. 145.

Las respuestas a estas interrogantes no son sencillas de determinar, y mucho menos cuando pensamos en que después de 1989, la conformación de un nuevo orden internacional se vió obstaculizada en buena medida por la complejidad de la crisis económica y la carencia de un liderazgo eficaz en la economía mundial, semejante al ejercido por Estados Unidos después de la segunda posguerra de este Siglo. Además, al margen de los beneficios económicos de largo plazo, el final de la Guerra Fría tuvo varios efectos negativos en la situación económica de los países miembros de la OCDE. A la caída del Muro de Berlín siguieron la onerosa reunificación alemana, la baja del gasto militar en detrimento del empleo, el aluvión de emigrantes sureños y orientales, y la extensión de la guerra y la inestabilidad sociopolítica en una parte importante del antiguo bloque socialista y sus zonas de influencia.<sup>6</sup>

Bajo estas condiciones, el mundo industrializado entró en una nueva recesión a partir de 1990 que comenzó en Estados Unidos y luego se extendió hacia Alemania y Japón. El debilitamiento europeo y nipón obstaculizó, a su vez, la recuperación de Estados Unidos y Canadá. La diversidad de situaciones nacionales desarticuló el ciclo económico internacional, indujo grandes corrientes especulativas y desquició los intentos de coordinación del Grupo de los Siete, en medio de un ahondamiento de los conflictos comerciales que puso en peligro los avances de los acuerdos globales.<sup>7</sup> Asimismo, la recesión afectó el ritmo de crecimiento del intercambio mundial y los flujos de capitales, pero sobre todo su estructura y orientación generales. De 1990 a 1993 el dinamismo del comercio internacional fue mucho menor que a fines de los ochenta, lo cual reflejó la menor capacidad de compra de los países industrializados. Esta merma, sin embargo, se compensó por el dinamismo comercial de las naciones emergentes: en 1991, por ejemplo, el Banco Mundial informó que 22 países no miembros de la OCDE contaban con más del 50% de las exportaciones manufactureras, otros 12 con más del 25%, y al menos 15 con ventas externas muy diversificadas.<sup>8</sup>

Ahora bien, aunque este incremento en las exportaciones de las naciones emergentes no fue suficiente para solventar la crisis y superar la recesión, sí significó un impulso muy importante para el comercio y la diversificación de mercados.<sup>9</sup> Más allá de sus evidentes consecuencias negativas, la recesión mundial también puede considerarse como uno de los puntos de partida de un nuevo ciclo de cambios, ajustes, privatizaciones, relocalizaciones, reformas institucionales y

<sup>6</sup> ALEJANDRO DABAT, *Op. Cit.*, p. 940.

<sup>7</sup> ALEJANDRO DABAT, *Op. Cit.*, p. 939.

<sup>8</sup> Al respecto ver: JANE A. SASSEEN et al., *The winds of change blow everywhere*, Business Week, Octubre 17, 1993, p. 54.

<sup>9</sup> *Ibidem*.

acuerdos internacionales que han dado nuevo empuje y profundidad a la globalización y sobre todo, al regionalismo.<sup>10</sup>

La recesión económica a nivel mundial de los últimos años, es el origen de muchos de los intentos integracionistas a nivel económico y comercial, y al mismo tiempo, la razón por la cual esta tendencia globalizadora no ha tenido el éxito ni los alcances esperados. Por lo tanto, lo que realmente se está produciendo con la apertura política del planeta que supone la desintegración de la Unión Soviética, es un acelerado movimiento globalizador que no se dirige hacia una economía mundial de mercado, sino hacia la división del planeta en tres grandes bloques regionales y una vasta periferia marginal. La integración de estos tres bloques responde en buena medida a la voluntad y necesidad política de los gobiernos involucrados, pero también a toda una serie de procesos históricos, gracias a los cuales, los sistemas productivos de los países participantes se han vinculado con su respectiva potencia dominante para crear lo que se conoce como "espacios económicos naturales".

Uno de los bloques es el europeo; encabezado por Alemania e integrado por los países de la Unión Europea que se ampliaría con la Asociación Europea de Libre Comercio y al que podrían incorporarse las economías de Europa Oriental, así como las del Norte de África. Otro de los bloques es el asiático; bajo la égida de Japón, el bloque del Lejano Oriente incluye a los "cuatro tigres", a la Asociación de Naciones del Sudeste Asiático, y su esfera de influencia podría extenderse a Australia, Nueva Zelanda y principalmente a China. El último bloque es el americano; liderado por Estados Unidos, la perspectiva a mediano plazo es hacer del TLC un acuerdo hemisférico de libre comercio.

Sin embargo, así como esta regionalización por bloques económicos construye espacios para el intercambio comercial y la cooperación económico-financiera, así también genera vacíos y tensiones no sólo entre los bloques sino entre las naciones que los integran.<sup>11</sup> La profundidad de la crisis y el desarrollo de tendencias deflacionarias de larga duración en las economías industrializadas (sobrendeudamiento, baja de los precios de los bienes raíces y de otros productos, contracción del crédito bancario y de la intermediación financiera, reestructuración de las plantillas de personal de las corporaciones, volatilidad bursátil, etc.) configuran un escenario de lento crecimiento de las economías, el comercio y la inversión internacionales.

Además, la formación de bloques tampoco significa que se crearán "sistemas productivos regionales", sino que los sistemas nacionales en crisis se articularán, y

<sup>10</sup> ALEJANDRO DABAT, *Op. Cit.*, p. 940.

<sup>11</sup> Editorial, *Regionalizar el planeta*, El País, noviembre 21, 1994, p. 14.

en muchos casos quedarán subordinados a la lógica del país hegemónico, entiéndase Estados Unidos, Alemania o Japón. Esto quiere decir que durante los procesos de integración, las naciones más pobres y débiles se verán obligadas a ceder una buena parte de su autonomía política a los intereses generales de la nación dominante.<sup>12</sup>

Y es que en todo proceso de integración, las naciones pequeñas tienen que ceder -la mayoría de las ocasiones y casi siempre por necesidad- ante los grandes intereses de las potencias hegemónicas; las negociaciones entonces se convierten en imposiciones, pues todo se reduce a la voluntad o interés de los más poderosos. En este sentido, la integración entre dos economías diametralmente opuestas se convierte en una clara desventaja para la nación de condiciones más precarias, aunque la necesidad de integrarse económica o comercialmente a otro Estado, sea exactamente la misma para todos.

Por otro lado, al tiempo en que el deterioro de la hegemonía estadounidense agrava las rivalidades con las potencias emergentes y obstruye los avances hacia el multilateralismo y la globalización,<sup>13</sup> la inestabilidad monetaria entre las grandes potencias comerciales complica la situación, pues retrasa la recuperación plena y amenaza con destruir los planes de integración en las distintas regiones. Todo ello hace prever un reforzamiento del proteccionismo y de la rivalidad comercial, y un repliegue de las economías hacia adentro, lo cual por supuesto, impulsaría la deflación y complicaría la crisis.<sup>13</sup> En otras palabras, la creciente competencia nacional e internacional, el incierto entorno económico marcado por la recesión, y la presencia de pertinaces fuerzas contraccionistas, no han hecho sino frenar y obstaculizar los intentos globalizadores de la economía, mientras que las ramas o sectores con dificultades estructurales, o los que dependen en alto grado de los mercados internos, hacen valer sus intereses e imponen medidas proteccionistas.<sup>14</sup>

Por eso, para evitar un mundo sumido en la depresión y la confrontación es preciso aplicar políticas nacionales e internacionales coordinadas que eviten el proteccionismo, contrarresten el proceso deflacionario en marcha y aseguren la

<sup>12</sup> Como es lógico, el concepto de soberanía aún arrastra algunos vicios ideológicos de la era bipolar, sin embargo, todos sabemos perfectamente que ceder no significa otorgar, y en ese sentido, el concepto de soberanía adquiere una nueva dimensión, la cual se encuentra determinada por la economía de mercado y su tendencia globalizadora. Pero este nuevo concepto de soberanía no es un juicio inventado ni opcional, sino un concepto modificado por las capacidades comerciales, tecnológicas y económicas de un mundo cada vez más global e integrado; un mundo del que nadie se puede quedar afuera o, por lo menos, del que nadie quiere quedarse afuera. Al respecto ver: CARLOS FUENTES, *La pasión del futuro*, Nexos No. 175, julio 1992, p. 30.

<sup>13</sup> La definición de una nueva hegemonía se ha dificultado de manera extraordinaria, pues si bien es cierto que Estados Unidos ha perdido liderazgo económico -en particular en el sector industrial- también es cierto que aún conserva la supremacía militar para determinar el curso de la política mundial.

<sup>13</sup> ARTURO GUILLEN, *Op. Cit.*, p. 386.

<sup>14</sup> ARTURO GUILLEN, *Op. Cit.*, p. 380.

estabilidad de los mercados emergentes. Asimismo, para arribar a un nuevo orden económico mundial es indispensable renovar la estructura y operatividad de los principales organismos financieros internacionales -como lo son el FMI y el Banco Mundial- de manera que puedan hacer frente a los nuevos desafíos de las finanzas globales, y al mismo tiempo, establecer reglas y acuerdos mas claros y efectivos que no sólo tomen en cuenta las necesidades del Tercer Mundo -hoy marginado de los procesos de regionalización-, sino que también impulsen la reconstrucción de los sistemas productivos nacionales, a fin de articular y desarrollar adecuadamente los procesos de apertura y liberación externa de las economías.

Por lo pronto, los acuerdos mundiales de comercio firmados en diciembre de 1993 alejan parcialmente la posibilidad de una fragmentación macrorregional del mercado mundial, aunque no la eliminan, pues aún son enormes los desequilibrios económicos entre las naciones, y todavía son muy grandes las amenazas del proteccionismo y de la volatilidad de los mercados financieros. De hecho, cualquier ambiente externo que induzca un crecimiento hacia afuera, necesariamente implica que los países en desarrollo deben incorporarse a un sistema de comercio internacional como socios de pleno derecho; esto constituye en sí mismo un reto significativo para la nueva Organización Mundial de Comercio (OMC), toda vez que una de las cuestiones históricamente más debatidas del comercio mundial ha sido la relación entre las economías industrializadas y las que se encuentran en ese proceso.<sup>15</sup> Mientras tanto, cabe esperar que el establecimiento de la Organización Mundial de Comercio amplíe más el intercambio internacional, especialmente en ramas antes excluidas del régimen del GATT, tales como la agricultura, los servicios y los textiles, y tienda a favorecer en lo particular a ciertas exportaciones estadounidenses y europeas.<sup>16</sup>

Pero más allá de las expectativas, la OMC tendrá que ser un organismo representativo, confiable y funcional.<sup>17</sup> Representativo, porque todas las naciones que realicen alguna práctica comercial de corte internacional tendrán que estar representadas en la Organización; ya no se puede permitir que países como China,<sup>18</sup> Rusia o Ucrania, entre otros, continúen fuera del máximo organismo existente para

<sup>15</sup> Al respecto ver: DIANA TUSSIE, *The less development countries and the World Trading System*, p. 18.

<sup>16</sup> ALEJANDRO DABAT, *Op. Cit.*, p. 943.

<sup>17</sup> CARLOS SALINAS, *Trade winds than bode only good*, Financial Times, 26-09-94, P.P.

<sup>18</sup> Con sus 1,200 millones de habitantes, el monstruo amarillo se enfrenta a un futuro económico y comercial impredecible. La reforma emprendida por el Partido Comunista Chino, bautizada como "economía de mercado socialista" no solo ha generado al interior un abismo insalvable entre las "zonas de desarrollo especial" y el resto del país, sino que también ha despertado un profundo debate internacional sobre el posible ingreso de China a la OMC. La democracia y el respeto a los derechos humanos se han convertido en el caso chino en dos pretextos muy valiosos para quienes se interesan en impedir que China goce de los beneficios de un organismo como la OMC, e inunde los mercados mundiales con productos extremadamente baratos. Al respecto ver: CARLOS BRADAC, *Das incógnitas gigantes*. Cambio 16, No. 1,206, 16 de enero de 1995, p. 21.

regular las relaciones comerciales a nivel mundial. Confiable, porque si esta Organización quiere sobrevivir como la máxima autoridad legal en comercio internacional, deberá ganarse la confianza de los países que la integran a través de acciones claras y concretas que den respuesta y solución legal a las demandas e inconformidades de sus miembros, por más débiles y pobres que éstos sean. Y funcional, porque en consecuencia, la OMC deberá actuar como una institución reguladora, capaz de enfrentar los nuevos retos y necesidades de la economía internacional con disposiciones claras, actuales y coherentes, que le permitan a su vez consolidarse como un auténtico organismo supranacional, en cuyas bases pueda comenzarse a edificar un nuevo equilibrio de poder a nivel internacional.

En consecuencia, la OMC no solo habrá de ser un órgano avocado a resolver las diferencias comerciales, sino tendrá que erigirse como el pilar a partir del cual, el mundo podrá dirigirse hacia un nuevo acuerdo global en materia política y social. Entre más sanas, justas y estables sean las relaciones comerciales internacionales, más oportunidades tendrán las naciones de alcanzar un progreso significativo en el ámbito laboral, ambiental e incluso democrático.

Así por ejemplo, el desarrollo cualitativo en materia de derechos laborales y niveles de vida de los trabajadores alrededor del mundo, debería convertirse en uno de los objetivos centrales de la nueva organización comercial, independientemente de la maximización de las utilidades inmediatas de las empresas. Esto traería como consecuencia un verdadero desarrollo integral con beneficios económicos para todos, pues sentaría las bases para crear y después consolidar una clase social auténtica y potencialmente consumidora, que realmente impulsara la eficiencia productiva y el control de calidad, y ayudara a su vez a terminar con los miles de abusos que cometen las compañías transnacionales bajo el pretexto de mantener la competitividad;<sup>19</sup> abusos que dañan incluso los derechos humanos de las personas que los padecen.

Pero la construcción de un nuevo orden mundial va mucho más allá de los alcances o límites que pueda tener un organismo internacional como la OMC. En realidad, la tendencia actual nos hace prever una disputa multilateral por la supremacía mundial, y aunque todavía es muy pronto para aventurar una opinión sobre el curso futuro de los bloques regionales, se puede decir que al menos en el corto plazo, las tendencias en favor de los acuerdos regionales continuarán incrementándose, mientras que las negociaciones a escala mundial irán en detrimento.<sup>20</sup> Al margen de que las fuerzas que impulsan la globalización se impongan o no a las contratendencias que favorecen el aislamiento de los sistemas

<sup>19</sup> TERRY COLLINGSWORTH et al., *Time for a Global New Deal*, Foreign Affairs, Vol. 73, No. 1, Enero-Febrero 1994, p. 12.

<sup>20</sup> PAUL KRUGMAN, *L'émergence des zones regionales de libre-échange: justifications économiques et politiques*, p. 18.

productivos nacionales y la protección frente al exterior, el mundo se encamina a un nuevo equilibrio de poder multilateral determinado por la economía de mercado y su tendencia globalizadora.

Depende pues del hombre, es decir, depende de la buena voluntad política de los gobiernos, que este nuevo orden mundial fincado sobre los cimientos de la competencia comercial, no resulte en auténticas guerras comerciales que conviertan a los bloques en grandes fortalezas sitiadas y al planeta en un lugar dividido en tres, cuatro o cinco *minimundos*, cada uno con sus propios problemas y tensiones. En otras palabras, si ese nuevo orden no permite atenuar las diferencias entre el Norte y el Sur, el fin de la confrontación Este-Oeste no augurará un futuro de paz, sino de crecientes conflictos regionales dentro de los bloques y en las naciones de la periferia. En resumen, se trata de entender, de una vez por todas, que competencia no quiere decir enfrentamiento, y que entre mayor sea el nivel de vida de todos los que habitamos este planeta, mayor será nuestra posibilidad de conservar lo que con tanto esfuerzo y dedicación hemos alcanzado. Esa es la única posibilidad real para que la humanidad pueda alcanzar un desarrollo integral, digno, firme y autosustentable.

ESTA TESIS NO DEBE  
SALIR DE LA BIBLIOTECA

## IV.2. Recursos Naturales, Ecología y Medio Ambiente.

El ser humano, como amo y señor de la nave espacial que lo lleva cada año alrededor del Sol, ha puesto, hasta ahora, poco interés en cuidar su único refugio y fuente de alimentación y supervivencia. El egoísmo que lo caracteriza parece colocarlo siempre en una situación de franca comodidad inmediata, pero en su área de influencia lo único que el hombre ha logrado es llevar a la Tierra a la erosión, al aire y al agua a niveles inutilizables, a la flora y la fauna a grados de extinción y a su propia especie al borde del colapso.<sup>21</sup>

La modificación en las condiciones térmicas del planeta es consecuencia del elevado nivel de contaminación y deforestación; los recursos naturales se explotan en forma desmedida sin el cuidado necesario para protegerlos o renovarlos, y el crecimiento de la población ha llegado a niveles tan alarmantes que estamos a un paso de ser más habitantes de los que el planeta puede resistir. Además, la contaminación del agua, del aire y del suelo, aunada al aumento de la radiación ultravioleta, está minando la salud humana y disparando los costos de sanidad pública en todo el mundo. Un estudio de la calidad del aire realizado conjuntamente por la Organización Mundial de la Salud (OMS) y por el Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente (PNUMA) da cuenta de que 625 millones de personas están expuestas a niveles no saludables de dióxido de sulfuro procedente de la quema de combustibles fósiles, y más de mil millones de personas, una quinta parte de la población mundial, se halla potencialmente expuesta a niveles dañinos para la salud de contaminantes del aire.<sup>22</sup>

Es evidente pues, que la sociedad de lo efímero y del “usar y tirar” en la que ahora vivimos está comenzando a desaparecer a medida que se destruye su base ecológica natural. En un afán irracional por dominar a la naturaleza -impulsado por el consumismo y por toda una serie de axiomas sobre lo que debe ser el progreso y el desarrollo- el hombre parece haber olvidado que él también forma parte de ella, y ahora comienza a pagar las consecuencias. El egoísmo y la apatía de todos los que hemos habitado este planeta han acabado con el perfecto equilibrio de la naturaleza y en consecuencia, han abierto las puertas hacia una nueva era de conflictos internacionales, más ligados a la supervivencia que a la búsqueda del bienestar.\*

Los grandes riesgos sobre el cambio climático, la biodiversidad, la escasez de agua y la abundancia de desechos contaminantes, ya no conocen límites ni fronteras.

<sup>21</sup> EVA GARCIA DE ZALDO, *El egoísmo destruirá al hombre*, Nuevo Siglo, Suplemento de El Universal, 05-02-95, p. 12.

<sup>22</sup> PNUMA y OMS, *Assessment of urban air quality*. Global Environment Monitoring System, Nairobi, 1988.

\* En más de una ocasión, los líderes políticos de algunos países del Medio Oriente, han manifestado la posibilidad de ir a la guerra por el dominio de los pocos yacimientos acuíferos que quedan en la zona.

La enorme brecha que divide al mundo desarrollado del que no lo es, no puede separar los problemas ambientales y consignarlos a una sola región o grupo de países. Por eso, la responsabilidad por un futuro limpio y sano es de todos. El problema de la contaminación ambiental, más que cualquier otro problema que afecte al mundo en la actualidad, exige la consolidación de una respuesta rápida y global. El actual modelo de desarrollo se caracteriza por una progresiva especialización en lo profesional y por un distanciamiento entre los ciudadanos -la sociedad civil- y los responsables públicos. Es absolutamente necesario, al contrario, avanzar hacia un enfoque multidisciplinario en cualquier proceso de toma de decisiones, así como hacia una mayor participación de los ciudadanos en la solución de los problemas colectivos como lo son la destrucción y la contaminación del medio ambiente. Pero estimular nuevos cauces de análisis y de respuesta a los problemas sociales requiere, sin lugar a dudas, de una notable dosis de voluntad política.

En el futuro inmediato, ninguna opción política podrá tener apoyos significativos si no revisa en profundidad sus postulados, incorporando entre sus prioridades la protección del entorno y el uso racional de los recursos naturales. Afortunadamente, la preocupación por estos temas ha dejado de ser una cuestión menor, reducto de grupos marginales o de científicos alarmistas, y cada vez un mayor número de ciudadanos es consciente de la gravedad del deterioro ecológico del planeta y de sus consecuencias sobre el actual modelo de desarrollo y sobre la salud de la humanidad.

Un claro ejemplo de esta creciente preocupación por el continuo deterioro del planeta es la Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Medio Ambiente y Desarrollo y las reuniones paralelas de organizaciones no gubernamentales celebradas en Río de Janeiro, Brasil, en junio de 1992. La Cumbre de la Tierra fue una oportunidad sin precedente para recapacitar sobre los avances y retrocesos en materia del medio ambiente. Cada uno de los gobiernos participantes presentó un informe general sobre el estado ambiental de sus países, resaltando casi siempre los logros conseguidos. En sus descripciones aparecían un sin fin de éxitos puntuales en la purificación del aire o del agua, en el reciclaje de muchos materiales o en la reforestación. Sin embargo, los 106 jefes de Estado o de Gobierno que participaron en la Conferencia de Río dejaron mucho que desear; la Cumbre se quedó corta en sus expectativas y no respondió a las esperanzas que había levantado.

Sin pretender menospreciar las mejoras ecológicas anunciadas por la mayoría de los que acudieron a Río de Janeiro, los escasos y muy limitados indicadores globales nos muestran un continuo y generalizado empeoramiento de las condiciones físicas de la Tierra. A decir verdad, la conciencia ambiental todavía no cuenta con un respaldo importante y adecuado en términos políticos, y por lo tanto, existen serias carencias en la medición de los fenómenos ambientales.

Las inquietudes ecológicas que llevaron a los delegados a Río de Janeiro existen en parte debido a un sistema engañoso de contabilidad económica y a un casi inexistente sistema de contabilidad biológica. El sistema internacionalmente aceptado para presentar la contabilidad económica de un país, el llamado Producto Nacional Bruto (PNB), deprecia correctamente el deterioro de las fábricas y de los equipos del producto total de bienes y servicios, pero no considera la depreciación del capital natural, como la pérdida de suelo por erosión, la destrucción de los bosques por la lluvia ácida o la disminución de la capa protectora de ozono. El resultado es que la contabilidad económica utilizada por los gobiernos sobreestima el progreso. Al no reflejar la realidad, genera políticas económicas destructivas desde el punto de vista ecológico.<sup>23</sup> De hecho, los datos sobre la generación de residuos tóxicos, sobre la calidad del agua o sobre los efectos para la salud del uso de determinados productos químicos no han sido objeto de una atención y difusión comparables a las de la evolución de la producción industrial, la relativa al volumen de agua regulada o a los puestos de trabajo creados por el sector químico.

En cambio, el sistema de contabilidad biológica es en el mejor de los casos fragmentario. Nadie sabe cuántas especies de plantas y animales se pierden cada año, y peor aún, al no haber un inventario global de los recursos biológicos de la Tierra, nadie sabe ni siquiera cuántas especies existen. La evidencia visual, los estudios ocasionales de los gobiernos y los datos de los satélites nos dicen que los bosques desaparecen en muchos países; son también datos incompletos los que nos indican que se deterioran las pasturas. Muy relacionada con la reducción de la cubierta vegetal, se halla la pérdida de suelo. A pesar de que el suelo tiene un papel fundamental desde el punto de vista económico, no hay ningún mecanismo de recolección de datos globales que evalúe las pérdidas y aumentos de suelo. Tampoco hay ningún mecanismo de contabilidad que lance un aviso cuando se sobrepasan los límites de la capacidad de carga de los ecosistemas.<sup>24</sup>

El resultado de este defectuoso sistema de contabilidad económica y del casi inexistente sistema de contabilidad biológica es la degradación generalizada y la destrucción de la base ecológica de la economía. Con él se permite que las empresas internalicen los beneficios y que externalicen los costos, derivando hacia la sociedad gastos tales como los de la sanidad relacionados con la contaminación del aire o con el calentamiento de la Tierra.<sup>25</sup>

Es de suponer, por lo tanto, que una economía en expansión basada en una contabilidad tan incompleta vaya poco a poco destruyéndose a sí misma, pudiendo llegar al colapso si sus bases naturales resultan excesivamente mermadas o

<sup>23</sup> LESTER R. BROWN et al., *La situación en el mundo. El informe Worldwatch 1993*, p. 24.

<sup>24</sup> *Ibidem*

<sup>25</sup> *Ibidem*

degradadas, y eso es justamente lo que ahora está ocurriendo. Las actividades ecológicamente destructivas de estas últimas décadas se han comenzado a transformar en una menor productividad de las tierras agrícolas, de los bosques, de las pasturas y de las pesquerías; en los crecientes costos de descontaminación de los emplazamientos de residuos tóxicos; en los crecientes costos de sanidad por el cáncer, los defectos congénitos, las alergias, el enfisema, el asma y otras enfermedades respiratorias; y en la expansión del hambre. El rápido crecimiento de la población, la degradación ecológica y la extensión de la pobreza se refuerzan entre sí formando una especie de espiral descendiente que involucra a muchos países.

La consideración rigurosa de la política ambiental obliga entonces a un importante replanteamiento de los objetivos fundamentales de la acción pública y el progreso económico, así como a una reorientación impostergable de los correspondientes procesos de toma de decisiones. Pero no solo eso, los hombres de este tiempo también tenemos la obligación de ir más allá de los controles de la contaminación y de una simple mejoría en la gestión de los recursos, y enfocarnos hacia un cambio estructural que nos conduzca a una economía ecológicamente sustentable. Para solucionar problemas como el calentamiento global o la pérdida de diversidad biológica, habrá que renovar los sistemas actuales de producción y de consumo e impulsar un uso más completo y eficiente de la energía.

De hecho, los componentes básicos de un esfuerzo para construir una economía global ecológicamente sustentable son bastante elementales, a saber, recuperar la estabilidad del clima, proteger la capa de ozono, restaurar la cubierta vegetal de la Tierra, estabilizar los suelos, salvaguardar la restante diversidad biológica del planeta y restaurar el tradicional equilibrio entre nacimientos y muertes. Sin embargo, la tarea no es sencilla. La protección del medio ambiente requiere una serie de cambios radicales en la estructura del sistema productivo y educativo, así como nuevas normas de conducta en el plano individual. A muy corto plazo, esto significaría mayores costos para las empresas y la incorporación de nuevos hábitos de vida en la sociedad; pero a largo plazo, esto traería como resultado la aparición de una nueva generación mucho más consciente de los problemas ecológicos, pero sobre todo, de la necesidad de solucionarlos.

Por lo pronto, las terribles condiciones ambientales de nuestro planeta exigen la inmediata aparición de una nueva forma de convivencia humana que refleje las realidades ecológicas y que redefina la idea de seguridad al reconocer que la primera amenaza a nuestro futuro no es la agresión militar o la competencia económica, sino la degradación ecológica del planeta. De esta manera, alejados de un mundo plagado de países en permanente estado de preparación para la guerra militar o comercial, los gobiernos podrían destinar una enorme cantidad de recursos para revertir el grave proceso de la destrucción ambiental.

La necesidad de conseguir un mundo ecológicamente sustentable marcará la evolución de la economía global en el próximo Siglo. Durante los años noventa y aún después, las cuestiones ecológicas van a ejercer una presión y una influencia crecientes sobre las decisiones económicas, convirtiendo algunas industrias en obsoletas y abriendo por otro lado nuevas oportunidades para la inversión, la productividad y el empleo. Las empresas y los países que dejen de invertir estratégicamente en los nuevos productos, procesos y tecnologías experimentarán un retraso económico y no conseguirán para sí los beneficios que otorguen los nuevos sectores industriales. El reto consiste en tomar medidas políticas que busquen la convergencia de los imperativos políticos y económicos, y que al mismo tiempo, conduzcan a las distintas fuerzas del mercado hacia la consecución de objetivos ecológicos claros y concretos.<sup>26</sup>

Y es que a mi juicio, la principal responsabilidad de la edificación de un modelo económico ecológicamente sustentable tendrá que seguir recayendo sobre los gobiernos, independientemente de que éstos sean electos democráticamente o no. Como representantes de los intereses sociales, pero sobre todo, como garantes de la seguridad y el bienestar nacional, los gobiernos tendrán la responsabilidad política y moral de fijar las normas para los avances ecológicos, mientras que los ciudadanos y las comunidades en su conjunto tendrán la obligación jurídica, cívica y también moral, de respetar y hacer respetar dichas normas.

La tentación para quien toma las decisiones, es la de seguir manteniendo un espejismo de bienestar material a cambio de cierta dosis de poder político y económico. Sin embargo, la consolidación de una sociedad civil mucho más madura y capacitada, le daría a la humanidad la posibilidad real de participar activa y responsablemente en las decisiones gubernamentales.

El hecho de que muchas personas hayan comprendido, al menos intuitivamente, que el continuo deterioro ambiental puede terminar en una catástrofe para la humanidad, no garantiza que existan las estrategias económicas adecuadas y suficientes como para impedir, de una vez por todas, la degradación de la salud humana y la destrucción de los ecosistemas terrestres. Por eso, resulta absolutamente indispensable que la sociedad civil ejerza una presión a nivel internacional mucho más intensa que la actual, a fin de que los políticos y todas aquellas personas que

<sup>26</sup> Dado que el fin de la empresa privada es por naturaleza la obtención de beneficios, es tarea de los gobiernos asegurar que las inversiones más provechosas sean aquellas ecológicamente sustentables. Para ello, pueden recurrir a una larga lista de medidas políticas, desde regulaciones bien articuladas hasta impuestos ecológicos. De hecho, sustituir una parte de los impuestos sobre la renta por impuestos ecológicos contribuiría a transformar velozmente la economía. Este cambio estimularía el empleo y los ahorros y desincentivaría las actividades que destruyen el medio ambiente. La quema de combustibles fósiles, la producción de residuos químicos peligrosos, la generación de residuos nucleares, el uso de plaguicidas y el uso de materias primas no recicladas serían algunas de las actividades gravadas con estos impuestos. Al respecto ver: LESTER R. BROWN et al., *Op. Cit.*, p.50

ostenten el poder se vean obligados a implementar los distintos modelos de desarrollo sustentable.<sup>27</sup> Para que dicha presión pueda ser posible, se necesita que los ciudadanos estén mejor informados; el círculo sólo se romperá si desde los poderes públicos, con el apoyo inestimable de las organizaciones no gubernamentales y de los medios de comunicación, se transmite la información adecuada y se impulsa la educación en materia ambiental.

---

<sup>27</sup> En el desarrollo sustentable se fomenta, por ejemplo, la eficiencia energética respecto a la construcción de nuevas centrales térmicas, el ahorro de agua respecto a la perforación de nuevos yacimientos para su consumo o el transporte eléctrico respecto a la oferta de un número creciente de automóviles impulsados por gasolina. Al respecto ver: CRISTINA NARBONA, *La exigencia de la acción ambiental*, El País, 31-11-94, p. 22.

### IV.3. Explosión demográfica y bienestar social.

Cinco años después de la caída del muro de Berlín y del fin de la división del mundo en dos bloques enfrentados en una Guerra Fría, se ha hecho evidente un nuevo problema más difícil de tratar y oculto hasta ahora por el conflicto anterior: la explosión demográfica. Pocos problemas son tan graves y de tanta repercusión sobre el bienestar y el futuro de nuestra especie; su relación con actuales y posibles deterioros ambientales, con el hambre y con la terrible pobreza que padece gran parte de la humanidad, es evidente para cualquier persona con un poco de criterio o de sentido común.

Hoy, 5.7 mil millones de personas habitamos este planeta; pero eso no es lo peor, lo peor es que cada año unos 90 millones de personas se suman a esta cifra. Aumentamos a un ritmo de casi mil millones de personas por década, y aunque según estimaciones de la Organización Mundial de la Salud, la tasa de crecimiento anual podría comenzar a descender en 1997, el Fondo de Población de las Naciones Unidas afirma que en el mejor de los casos, el mundo contará con 8 mil millones de habitantes para el año 2050.<sup>28</sup> (VER CUADRO 1)

Y eso no es todo. La mayoría de los especialistas asumen que la población se estabilizará en algún momento, es decir, que el número de nacimientos quedará balanceado por el número de muertes -tal y como ahora sucede en la mayoría de los países desarrollados-. Sin embargo, podría ser que este punto de equilibrio llegue demasiado tarde. De acuerdo con algunas predicciones del Banco Mundial, si el índice de natalidad global declina tan rápido como ha sucedido últimamente en México o Jamaica, la población del mundo podría equilibrarse en 10 mil millones de personas para el año 2080. Pero si la fertilidad declina tan lento como sucede actualmente en la mayoría de los países del Tercer Mundo, la población global podría estabilizarse cuando se alcance la cifra de los 23 mil millones de habitantes hacia finales del Siglo XXII.<sup>29</sup>

Lo cierto es que para el año 2000, la Tierra, con el mismo tamaño y con menos recursos naturales, tendrá 6.3 mil millones de habitantes. Las implicaciones de esta tendencia en el consumo, los servicios, la producción, los mercados, la educación, la alimentación, los movimientos migratorios, la pobreza, el medio ambiente y la desigualdad, son fundamentales; y al menos que el ciudadano común reconozca que solo existe una respuesta global para evitar los estragos mundiales que se producirán con el excesivo número de habitantes que poblaremos el planeta al inicio del nuevo milenio, el inminente diluvio de personas durante los años por venir no sólo impedirá la construcción de un nuevo orden económico o político en el

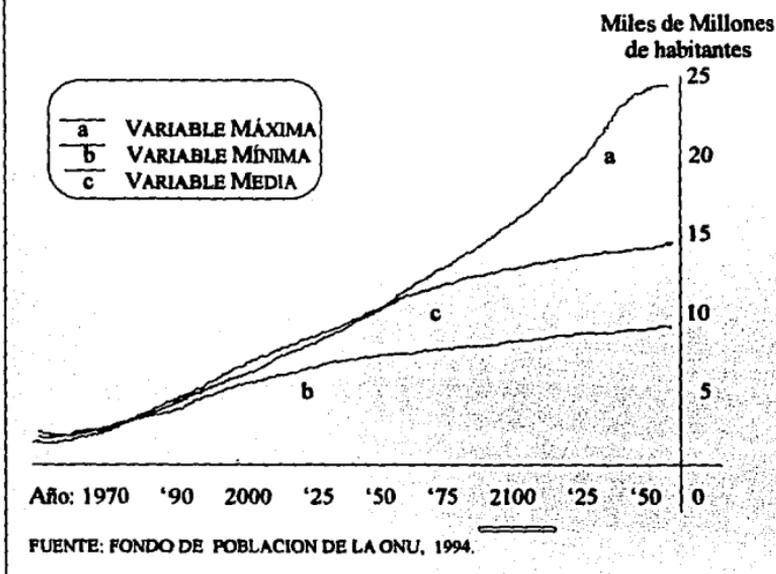
<sup>28</sup> Sección: POPULATION, *Battle of the bulge*. The Economist, No. 134, 09-09-94, p. 23.

<sup>29</sup> *Ibidem*

mundo, sino también acabará con el equilibrio ecológico, social y hasta moral que todavía existe en él, ahogándose así las humanas esperanzas de transformar al planeta en un lugar mejor para vivir.

**CUADRO I.**

**ORGANIZACION DE LAS NACIONES UNIDAS**  
Estimaciones de crecimiento de la población mundial



#### IV.3.1. Pobreza y desigualdad.

Como consecuencia del acelerado e impresionante crecimiento de la población mundial durante los últimos cincuenta años, el tema de la pobreza y la desigualdad se ha convertido en un aspecto de fundamental importancia para la comunidad internacional.

Al margen del número de personas que habitamos el planeta o de las predicciones *malthusianas*,<sup>30</sup> el verdadero problema de la explosión demográfica radica en la evidente dificultad que supone para la mayoría de las naciones, el acelerado crecimiento de su población frente al nulo o limitado crecimiento de su economía. Sobreproducción y pobreza son dos factores que casi siempre van de la mano, arrastrando problemas francamente dramáticos: analfabetismo, desempleo, desnutrición, enfermedades virales, falta de oportunidades para la mujer, una fecundidad tan elevada como la mortalidad y un mayor deterioro de las condiciones ambientales.

En términos generales, cada nacimiento significa la existencia de un nuevo individuo al que no solo hay que amar, sino también alimentar, vestir, calzar, educar, sanar y emplear. Pero en términos reales, este aumento incontrolable en la demanda social que exige la satisfacción de necesidades básicas, tiene un impacto directo y devastador sobre la economía mundial; sus efectos no solo asfixian a los gobiernos de las naciones en desarrollo sino también agobian a regiones enteras e incluso preocupan a los estados más ricos y prósperos del planeta.

Y es que lógicamente, el desarrollo económico se encuentra estrechamente vinculado a la capacidad de los Estados para satisfacer las necesidades básicas de sus habitantes. Pero como no todos los Estados cuentan con la ventaja de poseer una economía lo suficientemente sana, fuerte y estable como para tener acceso a un desarrollo integral, el problema de la sobreproducción se complica en demasía. Esto plantea entonces el primer debate importante sobre la explosión demográfica y sus efectos colaterales, pues la gravedad del problema se intensifica drásticamente gracias al enorme desequilibrio que existe tanto en los niveles de desarrollo como en la distribución de la riqueza.

Desafortunadamente, la gran mayoría de los niños que llegan a este mundo nacen sin la posibilidad real de satisfacer sus necesidades básicas. Alrededor del 90% de todos los nacimientos que se registran en el planeta se dan en los países del Tercer Mundo, y tan solo en el Continente Africano, las tres naciones con mayor número de habitantes: Egipto, Etiopía y Nigeria, añaden más personas a la Tierra

<sup>30</sup> En 1798, un clérigo inglés llamado Thomas Robert Malthus, quien además era economista, publicó un ensayo en el que postulaba una "ley" según la cual la producción de alimentos podría crecer sólo en una tasa aritmética (1, 2, 3, 4, 5, etc.), mientras que el crecimiento de la población sería geométrico (2, 4, 8, 16, 32, etc.). De manera que, si no se controlaba, el crecimiento de la población conduciría rápidamente al hambre, la pobreza, los desastres y la guerra. Afortunadamente, los cálculos de Malthus no se han cumplido; desde su época la población del mundo ha aumentado más de seis veces, pero contra lo que el científico estimó, el abastecimiento de comida también se incrementó. Ahora bien, este aumento en la producción de alimentos no ha evitado las guerras, las epidemias, la pobreza y las hambrunas; desafortunadamente, Malthus no se equivocó en sus predicciones. Al respecto ver: DANIEL BELL, *El futuro de la población mundial*, Vuelta No. 216, noviembre de 1994.

que todas las naciones de Europa Occidental juntas. Estimaciones recientes de la ONU, muestran que la quinta parte de la población mundial -mil millones de personas que habitan en los países más industrializados- consumen el 70% de los recursos del planeta, mientras que los otros cuatro mil millones de habitantes deben conformarse con el 30% restante. En realidad, un niño acomodado en un país industrializado consume tantos recursos como 125 infantes pobres en un país del Tercer Mundo.<sup>31</sup> Además, el Banco Mundial ha estimado que el ingreso per cápita de la población con menos recursos del planeta bajará, de 370 dólares anuales a sólo 250 dólares para el año 2000.<sup>32</sup>

Estas cifras no solo nos muestran la aterradora desigualdad que existe entre el mundo desarrollado y el que no lo es, sino también nos sugieren los terribles problemas de nutrición, salud o educación que la mayoría de los habitantes de este mundo habrán de enfrentar en un futuro cercano. Cada dato lleva en su propio contexto toda una carga de imágenes y circunstancias que nos pueden remontar a casos tan lamentables y "remotos" como los de Ruanda y Etiopía, o trasladar a sitios tan distintos y cercanos como la frontera entre México y los Estados Unidos, o la brecha Mediterránea entre el Sur de Europa y el Norte de África. Por lo tanto, la creciente preocupación internacional sobre el terrible problema de la explosión demográfica no tiene su origen en la cantidad de seres humanos que habitarán el planeta dentro de diez, quince o veinte años, sino en el nivel y la calidad de vida que esas personas tendrán desde el momento de su nacimiento.

La gravedad y complejidad de los distintos problemas que se desprenden de la sobrepoblación, recrudecen las desigualdades en las relaciones internacionales de nuestro tiempo, y complican la edificación de un nuevo orden mundial mas justo y equitativo. La consolidación de acciones inmediatas que permitan reducir sustancialmente el número de personas que nacen cada año en todo el mundo, aliviaría las presiones demográficas *per se*, mas no resolvería los problemas de pobreza y marginación que afectan actualmente a la mayoría de los que habitamos este planeta. Por eso, en medio de una realidad cada vez mas compleja y delicada, donde el excesivo número de habitantes se combina con la creciente escasez de recursos naturales y con una clara desigualdad en los niveles de desarrollo y en la distribución de la riqueza, el diseño y aplicación de políticas adecuadas que brinden soluciones reales y universales a estos problemas, resulta tan indispensable como impostergable.

Queda pues en manos de la comunidad internacional la difícil tarea de fomentar un desarrollo integral global, que impulse la defensa y protección del

<sup>31</sup> JUAN MA. ALPONTE, *La política exterior de México en el nuevo orden mundial*, Antología de Principios y Tesis, p. 326.

<sup>32</sup> BANCO MUNDIAL, *Informe Anual*, 1993.

medio ambiente; promueva el acceso a una tecnología de punta que permita aprovechar al máximo los recursos naturales -cada vez más escasos-; genere la modernización y construcción de infraestructura; defienda la educación, la salud y el empleo como los pilares fundamentales de toda sociedad democrática y respetuosa de los derechos humanos; y exija modificaciones en las modalidades actuales de competencia económica y comercial con el fin de erradicar la pobreza a través de una distribución más equitativa de la riqueza.<sup>33</sup>

Las Conferencias de las Naciones Unidas sobre Población y Desarrollo son una vía muy importante para la consecución mundial de estos objetivos; la última de ellas celebrada en El Cairo, concluyó con la presentación del denominado Plan de Acción, en el cual se abordan diversos aspectos relativos al bienestar de la población, como el desarrollo socioeconómico, el papel de la mujer, el valor de la familia y los derechos a la migración tanto interna como externa en todo el mundo. Sin embargo, creo que en lugar de estarse preocupando por presentar proyectos utópicos o por discutir la legalidad del aborto como una de las alternativas para controlar la natalidad,<sup>34</sup> Cumbres Internacionales como la de El Cairo deberían avocarse a la construcción de programas sociales eficientes, que tuvieran un poco más de "acción" y un poco menos de "plan", y que entre otras cosas, obligaran a los Estados más ricos y prósperos del planeta a promover la inversión, o bien, a impulsar la capitalización e industrialización de las regiones que más lo necesitan.

En conclusión, el crecimiento de la población mundial no debería tener más limitantes que las derivadas de la propia libertad, sencillez e inteligencia del ser humano. Por eso, si la comunidad internacional desea desactivar a tiempo la bomba demográfica, lo primero que tiene que hacer es promover la educación y el empleo entre los más necesitados, pues son ellos, justamente, los que menos posibilidades tienen de adoptar una actitud crítica y responsable frente al problema.

<sup>33</sup> Al respecto ver: ROURKE JOHN, *Direct democracy and international politics; deciding international issues through referendums*, pags. 98-112.

<sup>34</sup> En la pasada Conferencia del Cairo, la trascendencia del debate sobre la legalización o no legalización del aborto fue más allá de lo que se esperaba. El problema de fondo no es el aborto, un tema complejo y delicado en el que tan legítimas son las posturas de quienes afirman el derecho de la mujer a su cuerpo y a su vida, como de quienes rechazan el atentado a la vida humana que aletea en los embriones y fetos; en cambio, el conflicto real es el planteamiento fundamentalista, tanto cristiano como islámico, que busca una influencia directa sobre aquella parte de la población mundial que se encuentra excluida de los modelos de desarrollo, tan dinámicos como minoritarios. La postura cristiana y musulmana afecta entre otras cosas, el proceso de reproducción biológica, la sexualidad, la condición de la mujer -y por lo tanto del hombre-, los contenidos de la educación sexual y, en último término, las reglas de relación entre el Estado, la familia y el individuo. Mas que un debate sobre el derecho a decidir o sobre el derecho a la vida, la discusión sobre el aborto fue un claro conflicto de poder, donde lo que estaba en juego era la reintegración de la Iglesia a las decisiones del Estado (sobre todo en Occidente) y el resurgimiento de la familia tradicional y patriarcal como mecanismo esencial para preservar y transmitir el orden religioso. Al respecto ver: MANUEL CASTELLS, *La Cruzada de la Media Luna*, El País, Opinión, 14-09-94, p. 15.

La realidad actual, pero sobre todo las estimaciones futuras, convierten a la relación población-bienestar en un asunto de trascendental importancia para el nuevo milenio. Su delicado pero importante equilibrio, hace urgente la necesidad de consolidar un proyecto de desarrollo económico y social, capaz de erradicar rápidamente la enorme desigualdad que existe actualmente entre los países ricos y pobres; de lo contrario, la brecha existente entre el Norte y el Sur podría llegar a ser tan amplia, que los movimientos migratorios en busca de mayores o mejores oportunidades de vida caracterizarían las relaciones internacionales de este fin de Siglo, llenando de dolor, envidia, rechazo y sufrimiento la historia cotidiana del Siglo XXI.

#### IV.3.2. *Migrantes y Refugiados.*

La agenda multilateral que emerge actualmente de los reajustes globales, deberá otorgar un lugar privilegiado al delicado tema de los migrantes y refugiados. Fiel reflejo de las profundas desigualdades económicas y sociales que existen entre las naciones, el grave problema de los movimientos migratorios acaparará la atención de políticos y analistas en los años por venir.

Cada vez con mayor frecuencia e intensidad, los habitantes del Tercer Mundo están invadiendo los centros urbanos del primero o amotinándose en las franjas fronterizas que dividen al bienestar de la pobreza, aguardando la oportunidad para dar ese salto cualitativo que les signifique, al menos en teoría, un mejor nivel de vida. Ante la magnitud de los rezagos sociales que padecen, los hombres y mujeres que habitan en los países subdesarrollados prefieren huir hacia un mundo desconocido y extraño; pero con oportunidades, antes de seguir enfrentándose al hambre, las enfermedades o el desempleo.

De acuerdo con estimaciones del Banco Mundial, las primeras décadas del Siglo XXI serán el escenario bajo el cual millones de personas se desplazarán por el mundo en busca de mejores condiciones de vida. Además, si las tendencias migratorias continúan como hasta ahora, el número de personas que cruzan las fronteras de las naciones industrializadas podría triplicarse en menos de cincuenta años.<sup>35</sup> Pero aunque estas cifras son impresionantes, la mayoría de los movimientos migratorios -contra lo que pudiera pensarse- no se darán a nivel internacional sino más bien al interior de los propios Estados.

Pocos años después de que comience el nuevo milenio, el mundo experimentará un cambio trascendental: por primera vez en la historia de la

---

<sup>35</sup> BANCO MUNDIAL, *Informe Anual*, 1993.

humanidad, la mayoría de la población estará constituida por residentes urbanos.<sup>36</sup> Este cambio radical en la estructura de las sociedades modernas, tendrá un impacto extremadamente negativo sobre la economía mundial, y al mismo tiempo será la causa de un profundo desequilibrio tanto político como social. Las grandes concentraciones urbanas como Tokyo, Nueva Delhi, Pekín, Nueva York, El Cairo, Río de Janeiro o la Ciudad de México rebasarán fácilmente los 25 millones de habitantes para el año 2000;<sup>37</sup> las implicaciones de esta tendencia en el equilibrio de dichas ciudades serán impresionantes. La pobreza, las drogas, la prostitución, la violencia y la delincuencia aparecerán como cosa de todos los días, mientras que la mayoría de los "recién llegados" sólo incrementarán las listas del desempleo y la marginación.

Pero independientemente de que los desplazamientos migratorios se den del campo a la ciudad, o de un país a otro, el hecho es que por todos los rincones del planeta, los sectores más marginados y olvidados de la población buscan mejorar sus condiciones de vida, trasladándose hacia los lugares que supuestamente les ofrecerán las mejores y mayores oportunidades. Más que sentirse atraídos por el gran escaparate que supone el desarrollo económico, la vida democrática, la luz neón o los grandes rascacielos, todos los habitantes que deciden emigrar hacia las grandes ciudades o cruzar las fronteras hacia el Primer Mundo, lo hacen solo por necesidad. Necesidad de empleo, de educación, de dinero, de alimento, en fin, necesidad de bienestar.

La condición civil y humana del migrante o refugiado es, por ende, delicada. Su posición obedece, de entrada, a un problema social, político o económico, que por distintas causas lo coloca en una clara situación de desventaja, debilidad y desamparo. Para abandonar esos problemas, el individuo debe retar a su suerte y aventurarse en lo desconocido con la esperanza de acceder a una nueva vida más digna y justa. Pero en muchas ocasiones, el migrante tiene que enfrentar serias calamidades; lejos de alcanzar el bienestar que tanto anhelan, hombres y mujeres deben sortear abusos, limitaciones, humillaciones y lo peor de todo, auténticas violaciones a sus derechos elementales, ya no como migrantes o refugiados, sino como seres humanos.

Ahora bien, esta situación poco envidiable de todos los individuos que se ven en la necesidad de emigrar se complica en demasía cuando los desplazamientos migratorios se dan a nivel internacional. Pero se complica no solo porque las calamidades a las que están expuestos esos hombres y mujeres se multiplican, sino también porque la migración -sobre todo ilegal- tiene repercusiones muy importantes

---

<sup>36</sup> LOESCHER GIL, *Refugees and International Relations*, p. 126.

<sup>37</sup> BANCO MUNDIAL, *Informe Anual*, 1993.

que afectan directamente el orden económico, político social y hasta jurídico de cualquier país.

Durante los intensos debates sobre los lineamientos de las políticas nacionales, las relaciones jurídicas que el Estado debe mantener con los extranjeros, los refugiados, los inmigrantes o las minorías, ocupan un lugar preponderante. De hecho, el debate se desarrolla generalmente alrededor de una sola pregunta: ¿Acaso todo extranjero que desee permanecer en el territorio nacional puede convertirse en un ciudadano respetado y dotado de derechos reconocidos? La respuesta no es sencilla, y lógicamente, los países que se ven más afectados por los flujos de inmigrantes<sup>38</sup> optan por contestar que no.

Sin embargo, aún cuando esa respuesta pueda parecernos ingrata, las naciones industrializadas tienen razones suficientes como para procurar una clara diferenciación entre la situación jurídica, política y cultural de sus ciudadanos con respecto a la de quienes no lo son. Todo flujo indiscriminado de inmigrantes puede llegar a ser una carga enorme para cualquier economía del mundo, por más poderosa que esta sea. El simple hecho de que se incremente el número de habitantes permanentes significa a todas luces un aumento en la demanda del empleo y de los servicios elementales que repercute directamente sobre el presupuesto y el gasto público de las naciones. Esto no solo genera un debate importante sobre los derechos humanos de los inmigrantes, sino también despierta pasiones encontradas entre los mismos habitantes de las naciones primermundistas

El extremismo político, la intolerancia, la xenofobia, el racismo, el antisemitismo y la violencia se pasean arrogantes por las principales calles de las ciudades industrializadas, mientras que los portavoces y abanderados de la tolerancia creen que la única forma de evitar que siga imperando el genocidio de la limpieza étnica y el rechazo al extranjero en el milenio que viene, es educando a las nuevas generaciones. La idea de que toda mezcla cultural, política, social, religiosa o incluso de razas ha sido benéfica para todas las partes, se enfrenta en los países del Primer Mundo a una fobia al desempleo, a la crisis o al desamparo ideológico que crece tan rápido como aumentan los flujos migratorios. En medio de ese debate, los gobiernos de las naciones afectadas corren el riesgo de asumir una actitud contradictoria; por eso, así como estos gobiernos ya comienzan a preocuparse por utilizar políticas selectivas para evitar el ingreso masivo de migrantes o refugiados a su territorio, así también deberían cuidarse de no caer en el incumplimiento total o parcial de sus obligaciones elementales como garantes de la justicia, la paz y el bienestar social, pues ello significaría una actitud irresponsable en perjuicio de sus propios ciudadanos.

<sup>38</sup> De todos los movimientos migratorios internacionales, el 90% se da en las fronteras del Primer Mundo, y por supuesto, siempre para ingresar a él. Al respecto ver: BANCO MUNDIAL, *Informe Anual*, 1993.

Por lo tanto, la verdadera solución al grave problema de la inmigración no debe estar en la construcción de políticas encaminadas a rechazar o aceptar a todos los individuos que deciden emigrar, sino en la consolidación de un compromiso internacional viable y actual, que por una parte, obligue a todos los países a promover la educación y el empleo dentro y fuera de sus fronteras, y por la otra, respete los derechos universales del hombre a través de medidas democráticas que permitan establecer, a su vez, los derechos y las obligaciones generales del migrante o refugiado. De esta manera, el impulso generalizado a las políticas económicas promotoras del empleo y la capacitación, así como la profundización consciente de los derechos humanos, facilitaría el fortalecimiento de la democracia en todo el mundo y evitaría que bajo el pretexto del interés nacional o la razón de estado, los derechos que por exigencia ética se hayan concedido a los inmigrantes, pudieran perderse de la noche a la mañana.

La consolidación mundial de la democracia es, en consecuencia, el único mecanismo real para terminar con la enorme desigualdad económica y social que existe entre los que habitamos este planeta. Y es que la democracia no solo se basa en la necesidad de asegurar los mecanismos del libre mercado como referencia de la libertad jurídica de todo individuo, sino también se asienta sobre el respeto y la vigilancia de los derechos humanos, es decir, los derechos elementales que tiene cualquier persona para vivir, trabajar y residir donde más le convenga o mejor le parezca.<sup>39</sup>

En conclusión, si no queremos que la enorme brecha que separa actualmente a la pobreza de la riqueza se convierta en un muro gigante imposible de derribar, los hombres de este tiempo debemos impulsar el desarrollo de la democracia en todo el mundo y al mismo tiempo, fomentar la igualdad, la justicia, la libertad, el respeto y la fraternidad como elementos indispensables de todo sistema democrático. Solo así, el delicado asunto de los migrantes y refugiados dejaría de ser una amenaza para el nuevo equilibrio de poder que ya comienza a gestarse en el mundo, y se convertiría en el sólido principio de una convivencia mas sana, justa y civilizada. Cuando todos respetemos los derechos y la voluntad de nuestros semejantes, este planeta será otro.

---

<sup>39</sup> JAVIER DE LUCAS, *El desafío de las fronteras*, p. 57.

#### IV.4. El combate mundial al narcotráfico.

La corrupción, dicen los cínicos, está presente en todas las sociedades políticas. Aún así, ésta tiene diversas manifestaciones sociales. De acuerdo con algunos analistas, en las sociedades totalitarias, la corrupción se manifiesta en el uso arbitrario del poder; no existe el imperio de la ley, los decretos del dictador o del partido pasan por encima de cualquier norma jurídica; no hay instituciones o grupos rivales que proporcionen un sistema de pesos y contrapesos, y existen pocas maneras de usar el recurso de apelación contra los veredictos de los superiores. En un sistema democrático, en cambio, la corrupción es el dinero; se tiene que elegir a los políticos, y las campañas modernas son muy costosas; las empresas comerciales pueden sobornar a los funcionarios para conseguir contratos, o los mismos políticos pueden exigir dinero para otorgar trabajos.<sup>40</sup>

En fin, el problema de la corrupción siempre ha sido un asunto grave y complicado. Sin embargo, tras el derrumbe de la ideología comunista y del sistema totalitario que con ésta se engendró, la corrupción ha reaparecido en todo el mundo con más fuerza que nunca y siempre bajo la relación poder-dinero. Lo mismo en Oriente que en Occidente el dinero ha sido la causa de extraordinarias, arrebatadas y repetidas revelaciones de corrupción encaminadas a mantener el poder o acceder a él. No importa si se trata de un país autoritario o tercermundista, tampoco importa si se trata de una democracia industrializada o de un mercado emergente, el dinero se ha convertido en una especie de "dios" todopoderoso que está modificando a su antojo el panorama político y la estructura de poder en todo el mundo.

Es aquí cuando el asunto del Narcotráfico deja de ser un problema de salud social y se convierte en un grave conflicto de poder internacional. Cada año, los principales grupos de narcotraficantes generan hasta 120 mil millones de dólares como resultado de sus transacciones comerciales alrededor del mundo. El dinero que se obtiene anualmente por el tráfico de drogas es superior al superávit comercial de la Unión Europea y representa un tercio de las reservas monetarias de Japón. Además, según estimaciones de la Drug Enforcement Administration (DEA), es decir, la Oficina estadounidense para el combate al narcotráfico, ninguna otra actividad -lícita o ilícita- genera tantas utilidades al año en E.U. como la venta de cocaína en las principales ciudades de la Unión.<sup>41</sup>

El dinero que se obtiene del narcotráfico es vital para los cárteles, e indispensable para la adecuada operación y el rápido crecimiento de su gran mercado negro. Este dinero no solo les permite comprar las armas necesarias para

<sup>40</sup> Al respecto ver: DANIEL BELL, *La corrupción y la política de la reforma*, Vuelta No. 202, Septiembre 1993, p. 41.

<sup>41</sup> DAVID A. ANDELMAN, *The drug money maze*, Foreign Affairs, Vol. 73, No. 4, Julio-Agosto 1994, p. 95.

respaldar sus actividades ilícitas, sino también les da la oportunidad para asegurar la complacencia o incluso comprar la complicidad de las autoridades públicas que conviven con ellos. Jueces, banqueros, periodistas, políticos, empresarios y policías, son a menudo los grandes protagonistas del tráfico de drogas y delitos paralelos.

Por lo tanto, el problema mundial del tráfico ilícito y uso indebido de estupefacientes, no solo representa una amenaza directa para la salud y el bienestar de los pueblos, sino también para sus economías, su seguridad nacional y para la armonía de las relaciones internacionales. Las drogas inducen a la violencia, a la farmacodependencia; constituyen una amenaza a las instituciones democráticas y un desperdicio de recursos económicos y humanos que bien podría ser canalizado en beneficio de las sociedades.<sup>42</sup> Además, el narcotráfico rompe con la estabilidad política y jurídica de todo gobierno; su poder ensucia y corrompe importantes elementos sociológicos, éticos y morales, acabando por destruir la confianza en las instituciones y la voluntad de cualquier pueblo para aceptar la legitimidad de una sociedad y obedecer sus leyes.

El tráfico de drogas logra sintetizar en un solo acto la avaricia del capitalismo y la falta de confianza en la democracia. Casi todas las sociedades están perdiendo la confianza en el orden político y en los políticos. Este hecho ha servido con frecuencia para alimentar a las fuerzas reaccionarias que tratan de canalizar el resentimiento popular para convertirlo en fundamentalismo religioso o en un nacionalismo ascendente.<sup>43</sup> La corrupción del dinero y lo que ahora se conoce como "narcopoder" son señales evidentes de la disolución de la confianza en la democracia. Por eso, la reedificación de la confianza sólo podrá comenzar cuando los políticos y la clase política demuestren rectitud, ética y autoridad moral en su comportamiento. Para ello, es indispensable que actos de corrupción tan grandes como el narcotráfico y sus delitos conexos sean erradicados de la escena mundial mediante la implementación de acciones coordinadas en contra de este mal, cuya cadena delictiva rebaza límites y fronteras.

Un frente común contra el narcotráfico y la drogadicción sólo podrá prosperar sobre firmes cimientos de buena fé, principios de legalidad, capacidad y respeto irrestricto a los derechos soberanos, sin imposiciones hegemónicas, sin políticas de reproche o de distribución de culpas mediante esquemas de maniqueísmo geográfico que nada resuelven. En consecuencia, un frente común sólo podrá prosperar si sociedades y gobiernos logran desterrar y evitar el consumo de psicotrópicos o estupefacientes a través de una auténtica cultura antidrogas; reconocer la importancia de la educación como fuente de prevención para el consumo y la

---

<sup>42</sup> Al respecto ver: Comunicado conjunto de la Segunda Reunión Regional Antidrogas, *Declaración de San Antonio*, San Antonio Texas, febrero de 1992.

<sup>43</sup> DANIEL BELL, *Op. Cit.*, p. 43.

adicción, es indispensable para evitar la proliferación de este cáncer de la sociedad.<sup>44</sup> Además, el combate legal al hampa organizada y a sus delitos satélites, incluyendo el lavado de dinero,<sup>45</sup> es tan importante como reconocer que para acabar con el narcotráfico, evitar siembras, destruir laboratorios y combatir las rutas, resulta tan prioritario como abatir el consumo.

El combate frontal y decisivo al narcotráfico requiere pues de un esfuerzo de cooperación internacional sin precedente. Las dimensiones globales de este mal exigen abordarlo con enfoques multilaterales que permitan atenderlo en sus expresiones hemisféricas, regionales, binacionales y aún locales, pero siempre sobre las bases del respeto, la cooperación y la honradez. El terrible problema del narcopoder requiere con urgencia que el código político deje de ser incompatible con el código moral. Los hombres de este tiempo tenemos la obligación social y moral de inyectar cierta dosis de ética a nuestra cultura capitalista y a su proyecto democrático, de lo contrario, las esperanzas de construir un mundo más justo e igualitario quedarán aniquiladas por el poder del dinero y por la anarquía que genere la corrupción.

---

<sup>44</sup> IGNACIO MORALES LECHUGA, *Comité mixto México-Belice sobre cooperación contra el narcotráfico y la farmacodependencia*, Belice, agosto de 1991.

<sup>45</sup> El lavado de dinero es una actividad tan ilícita como el propio tráfico y consumo de estupefacientes. Su desarrollo involucra lo mismo a importantes funcionarios públicos, que a los dueños de grandes bancos y empresas transnacionales. Para combatirlo, algunos analistas proponen la creación de un auténtico banco multinacional que fungiera como un órgano regulatorio capaz de examinar libre e imparcialmente el origen de todos los depósitos o transacciones financieras en cualquier país. Sin embargo, pensar en que la instauración de un Banco Mundial con estas características, pudiese ayudar a terminar con la sucia práctica del lavado de dinero, es tan aventurado como suponer que legalizar el tráfico y consumo de narcóticos ayudaría a terminar con la corrupción, el mercado negro y el hampa organizada. Al respecto ver: DAVID A. ANDELMAN, *Op. Cit.*, p.106.

#### IV.5. Los adelantos tecno-científicos y su influencia en la sociedad mundial contemporánea.

El choque del futuro ya está aquí, o al menos sus primeros garrotazos cibernéticos. La transformación sucede en el silencio de la electrónica, a la velocidad de la luz, con el contagio epidémico en todas sus redes. En menos de veinticinco años los expertos calculan que el mundo se hallará inmerso en la revolución más importante de la humanidad. Una revolución que no es un asunto constreñido a los adelantos tecnológicos en sí mismos, sino a los efectos que éstos tendrán sobre el orden social, político, económico y hasta cultural de nuestra especie. Sus pausadas pero profundas repercusiones sobre el trabajo, la familia y todos los detalles de la vida cotidiana, la convierten en un factor de particular importancia para el estudio de las relaciones internacionales en el próximo milenio.

Pero vayamos por partes. Como todos sabemos, la tecnología se ha convertido en un factor clave para la competitividad de las empresas y para el crecimiento económico de los países. Esta concepción se basa en diversas tendencias y en el desarrollo de nuevas perspectivas teóricas.

En primer lugar, la producción es cada vez más dependiente del conocimiento debido a la aparición y a la expansión de las industrias basadas en la información y la difusión de las nuevas tecnologías de procesos.<sup>46</sup> En segundo lugar, un requisito de la competitividad internacional es la acumulación de ventajas comparativas basadas en la innovación. Al parecer, las capacidades tecnológicas de las empresas y las características del sistema nacional de innovación en que éstas operan, determinan ventajas comerciales relativas y absolutas.<sup>47</sup> La tecnología se ha constituido, pues, en un factor clave del comercio internacional. En tercer lugar, la teoría económica ha incorporado formalmente la tecnología a los factores que contribuyen al crecimiento económico.<sup>48</sup> Se considera que el conocimiento es un factor de la producción, igual que el capital y el trabajo. De acuerdo con esta concepción, las inversiones del pasado y la acumulación del conocimiento abren las posibilidades de un círculo virtuoso en el cual la inversión estimula al conocimiento y viceversa. En este marco teórico, el factor limitante de los países en desarrollo para alcanzar los estándares internacionales sería más la falta de inversión en capital humano que en capital físico.<sup>49</sup>

<sup>46</sup> PETER DRUCKER, *The Changed World Economy*, Foreign Affairs, Marzo-Abril 1986, p. 776.

<sup>47</sup> Al respecto ver: FRANK WELCH, *Technology and Economy. The key relationship*, OCDE, p. 122.

<sup>48</sup> Al respecto ver: PETER ROMER, *What determines the rate of growth and technological change*. Documentos de Trabajo del Banco Mundial, No. 279.

<sup>49</sup> CARLOS M. CORREA, *El nuevo escenario para la transferencia de tecnología: repercusiones en los países en desarrollo*, Comercio Exterior, Vol. 44, No. 9, Septiembre de 1994, p. 747.

En suma, la tecnología, y aún más, el conocimiento que se requiere para aplicarla, es un bien crítico para la producción, la competitividad y el crecimiento a largo plazo. Los gobiernos y las empresas de los países desarrollados despliegan esfuerzos decididos para construir ventajas tecnológicas y conservarlas. Pero la importancia de la tecnología va mucho más allá del poder económico o comercial que puede generar. Su incidencia se presenta incluso sobre los aspectos sociológicos más determinantes de las relaciones humanas en este fin de Siglo.

De hecho, la transformación que trae la oleada tecnológica modificará con una potencia tectónica algunas de las ideas básicas que han dominado la historia de este Siglo XX sobre la vida y costumbres del ser humano en sociedad. Muchos de los hombres de este tiempo, por ejemplo, creen que siguen viviendo en una sociedad de masas, pero la verdad es que esta sociedad se está carbonizando en los fulgores de la electrónica, las comunicaciones y los adelantos cibernéticos. Gracias a la tecnología el hogar se automatizará; la transmisión de datos, imágenes y palabras no conocerá fronteras; la televisión será a la carta; en la oficina se trabajará sin papeles, y el dinero, sustituido por tarjetas "inteligentes", será una antigüedad.

Con escaso gasto de energía, con una eficacia decisiva, la *mass society* de la prensa y la televisión tradicional está moribunda. El horizonte de los 500 canales por cable es una alternativa a la idea de ser todos uniformados u homologados por los mensajes. La cibernética procura la personalización de los productos en la información y atiende a los gustos diversos y cambiantes de los pequeños grupos. Dentro de las grandes redes, los individuos se reúnen en comunidades cruzando nacionalidades y continentes, combinando intereses de religión, etnias, obsesiones, enfermedades crónicas, y el amor por la pornografía o por las plantas. La educación normalizada se transforma gradualmente en una secuencia de elecciones que constituirán modelos cada vez más variados.

Hoy en día ya no hace falta salir de casa para comprar alimentos o vestidos, reservar plazas de hoteles, efectuar operaciones bancarias, recibir instrucciones sobre la dieta y la gimnasia. Incluso no es preciso desplazarse muy lejos para ser intervenido por el mejor doctor, puesto que ya las operaciones se realizan a través de la pantalla de continente a continente. La capacidad de traslado iguala a la velocidad de la luz mientras el cuerpo se acomoda en un asiento. Incluso ir a votar deja de ser una necesidad. La política y los políticos tenderán a ser una especie en desuso; la sociedad, según esta deriva, se iría gobernando a través de una sucesión de consensos establecidos a través de los millones de ciudadanos conectados a la red.

Todo está en la red, incluso lo que no se desearía. La distinción entre lo público y lo privado del Siglo XIX se desvanece. La sociedad de masas permitía el anonimato, pero en adelante la tecnología allana la privacidad. Nuestras inclinaciones políticas, las historias médicas o las finanzas, pueden encontrarse a

En suma, la tecnología, y aún más, el conocimiento que se requiere para aplicarla, es un bien crítico para la producción, la competitividad y el crecimiento a largo plazo. Los gobiernos y las empresas de los países desarrollados despliegan esfuerzos decididos para construir ventajas tecnológicas y conservarlas. Pero la importancia de la tecnología va mucho más allá del poder económico o comercial que puede generar. Su incidencia se presenta incluso sobre los aspectos sociológicos más determinantes de las relaciones humanas en este fin de Siglo.

De hecho, la transformación que trae la oleada tecnológica modificará con una potencia tectónica algunas de las ideas básicas que han dominado la historia de este Siglo XX sobre la vida y costumbres del ser humano en sociedad. Muchos de los hombres de este tiempo, por ejemplo, creen que siguen viviendo en una sociedad de masas, pero la verdad es que esta sociedad se está carbonizando en los fulgores de la electrónica, las comunicaciones y los adelantos cibernéticos. Gracias a la tecnología el hogar se automatizará; la transmisión de datos, imágenes y palabras no conocerá fronteras; la televisión será a la carta; en la oficina se trabajará sin papeles, y el dinero, sustituido por tarjetas "inteligentes", será una antigüedad.

Con escaso gasto de energía, con una eficacia decisiva, la *mass society* de la prensa y la televisión tradicional está moribunda. El horizonte de los 500 canales por cable es una alternativa a la idea de ser todos uniformados u homologados por los mensajes. La cibernética procura la personalización de los productos en la información y atiende a los gustos diversos y cambiantes de los pequeños grupos. Dentro de las grandes redes, los individuos se reúnen en comunidades cruzando nacionalidades y continentes, combinando intereses de religión, etnias, obsesiones, enfermedades crónicas, y el amor por la pornografía o por las plantas. La educación normalizada se transforma gradualmente en una secuencia de elecciones que constituirán modelos cada vez más variados.

Hoy en día ya no hace falta salir de casa para comprar alimentos o vestidos, reservar plazas de hoteles, efectuar operaciones bancarias, recibir instrucciones sobre la dieta y la gimnasia. Incluso no es preciso desplazarse muy lejos para ser intervenido por el mejor doctor, puesto que ya las operaciones se realizan a través de la pantalla de continente a continente. La capacidad de traslado iguala a la velocidad de la luz mientras el cuerpo se acomoda en un asiento. Incluso ir a votar deja de ser una necesidad. La política y los políticos tenderán a ser una especie en desuso; la sociedad, según esta deriva, se iría gobernando a través de una sucesión de consensos establecidos a través de los millones de ciudadanos conectados a la red.

Todo está en la red, incluso lo que no se desearía. La distinción entre lo público y lo privado del Siglo XIX se desvanece. La sociedad de masas permitía el anonimato, pero en adelante la tecnología allana la privacidad. Nuestras inclinaciones políticas, las historias médicas o las finanzas, pueden encontrarse a

disposición de muchos o casi de cualquiera. La aldea global es esta desnudez de la intimidad. La sociedad impalpable se traduce en este particularismo táctil. A cambio, parece posible que la violencia masiva decrezca, los Gobiernos centrales pierden sentido y también su tentación de represión y guerras. La violencia, incurable, anidará en clanes, en comunidades fanáticas, en asesinatos y atentados precisos. Lo menudo y diferenciado, malo o bueno, comienza a ser la regla. Y esto también será norma para la creación artística. La tecnología informática inspira otras formas de pintura, de diseño, de escritura, y en sus tentativas se resucitan los ensayos de vanguardia. No se tratará tanto de aprovechar los nuevos recursos para ayudarse en lo que ya se hacía, sino para producir nuevos modelos. Un segundo Renacimiento se vislumbra en la mirada de los más optimistas. Como también entre ellos los temores sobre el entorno se irán desvaneciendo. Desde la vigilancia electrónica del ambiente hasta la oportunidad para explotar con máxima precisión los recursos naturales y humanos, los adelantos tecno-científicos contribuirán, dicen, a mejorar la biosfera.

En fin, el objetivo más noble del desarrollo tecnológico es poner al mundo entre los dedos y ante los ojos de cualquiera. Bastará con tener un ordenador personal, un teléfono y un televisor conectados entre sí. Las superautopistas de la información, de fibra óptica y tecnología digital, lo harán posible en la próxima década. Gracias a ese nuevo material, por ellas circularán no solo la voz y los textos o documentos, sino también las imágenes. Con todas las superautopistas conectadas, la aldea global será una realidad.

Por lo pronto, la conexión a la red "Internet"<sup>50</sup> permite servicios de correo electrónico, búsqueda de información y acceso a bancos de datos. En la próxima década las nuevas tecnologías facilitarán, además, el envío y recepción de imágenes. A través de la pantalla del ordenador se podrá acceder a la videoconferencia, el telebanco, la telemedicina, la telecompra y otros servicios de videotex interactivos. También será posible leer el periódico electrónico, eligiendo las noticias. La unión del teléfono móvil digital con el ordenador portátil convertirá en realidad otra quimera: la oficina en el bolsillo. Es decir, uno no sólo podrá comunicarse con cualquier ciudadano del mundo, sino también realizar su trabajo desde cualquier parte del globo terráqueo donde se encuentre.

---

<sup>50</sup> El "Internet", red de redes, que agrupa actualmente a unos 30 millones de usuarios a través de 70 naciones, es el corazón experimental del modelo. Los conectados al Internet han experimentado la globalidad de la comunicación y las inacabables prestaciones del sistema. A través de esa superrred que conecta desde centros universitarios hasta apostadores de caballos, se alcanza a visitar una biblioteca, una exposición o el Louvre entero sin salir de casa. Se crean setas, colectores de sectas, se cartean enamorados remotos, escriben mensajes los suicidas, pasan mercancía los transportistas, escriben grafitos los marginados, discuten en videoconferencias los sabios, se insultan los hinchas y trabajan los oficinistas para sus compañías a siete mil kilómetros de distancia. Al respecto ver: VICENTE VERDU, *La última revolución del Siglo XX*, El País, 02-11-94, p. 14.

Ahora bien, a pesar de todos los maravillosos alcances científicos y tecnológicos, si las actuales predicciones sobre el crecimiento de la población resultan acertadas y si los modelos de actividad humana no cambian, la ciencia y la tecnología podrían verse incapacitadas para evitar una irreversible degradación del medio ambiente y la pobreza definitiva para buena parte de la población mundial.<sup>51</sup>

Esta es una aseveración muy importante, pues en otras palabras lo que se está afirmando es que la ciencia y la tecnología ya no están en condiciones de asegurar un futuro mejor a no ser que se controle el crecimiento demográfico y que se reestructure la economía.

Es cierto, los científicos han sido capaces de desarrollar tecnologías tan avanzadas que hoy en día operar los cálculos renales sin necesidad de hacer la más mínima incisión, o desalinizar el agua de mar para convertirla en agua potable es tan sencillo como hablar por teléfono de un extremo a otro de la tierra. Pero ese no es el problema; el problema es que no todos los habitantes de este planeta tenemos acceso a los beneficios tecnológicos que produce el desarrollo. Entonces yo me pregunto, de qué sirve que la ciencia haya desarrollado unos fertilizantes maravillosos que triplican la producción de cualquier sembrado y además no dañan el suelo, si los agricultores de las naciones industrializadas son los únicos que tienen acceso a ellos; de qué le sirve a los habitantes de Ruanda que se hayan descubierto nuevas curas para el cáncer del páncreas, si ellos se están muriendo de hambre; o qué les importa a los pobladores de Haití la existencia de máquinas ensambladoras, si ellos no tienen dinero ni para adquirir medicamentos básicos. Por lo tanto, mientras exista la pobreza, los adelantos científicos y tecnológicos no tendrán ningún sentido. El concepto de progreso y desarrollo siempre se verá alterado por el estado de deterioro actual en el que vive nuestro planeta y también, como es lógico, por la profunda desigualdad socioeconómica de quienes lo habitamos.

Sin embargo, es precisamente esta desigualdad económica y social la que siempre ha generado y continuará generando el conflicto. Las relaciones internacionales de los próximos años serán una auténtica lucha por la supervivencia humana y el predominio económico. En esa lucha, la tecnología jugará un papel fundamental. Las naciones industrializadas se preocuparán más que nunca por el desarrollo y acaparamiento de las tecnologías de punta; mantener la vanguardia en los adelantos de la cibernética o de la informática se convertirá en una prioridad, mientras que el uso de la tecnología para abaratar, multiplicar, diversificar y controlar los procesos productivos será la diferencia esencial entre el mundo desarrollado, rico y próspero, y el que no lo es.

---

<sup>51</sup> REAL SOCIEDAD DE LONDRES y ACADEMIA NACIONAL DE LAS CIENCIAS DE ESTADOS UNIDOS, *Population growth, resource consumption, and a sustainable world*, p. 29.

Los adelantos tecno-científicos se convertirán entonces en la pieza clave para el bienestar social y el control político. Los gobiernos que puedan fomentar la investigación y el desarrollo científico y tecnológico, no solo tendrán la oportunidad de satisfacer plenamente las demandas de sus ciudadanos, sino también tendrán la capacidad de controlar al mundo a través de un simple botón. Y en este sentido, me estoy refiriendo por igual tanto a la capacidad destructiva que pueda poseer un país o región gracias a su tecnología militar, como a la facilidad que tienen casi todas las cadenas televisivas para manipular e influir sobre las decisiones cotidianas de los telespectadores.

Incluso en términos maquiavélicos, el control de la opinión pública mundial a través del uso adecuado de los medios masivos de comunicación es un instrumento de poder político-social mucho más eficiente que el uso de la fuerza o la represión militar. En consecuencia, la verdadera influencia de la revolución tecnológica sobre las relaciones de poder en el nuevo milenio podría producirse a través de los medios masivos de comunicación.

El poder de la televisión es impresionante. Su capacidad de persuasión es tan grande como la cantidad de seres humanos que pueden disfrutar de sus transmisiones, y la influencia que ejerce sobre la sociedad mundial es fundamental para la evolución específica de ciertos acontecimientos. Un noticiero de la CNN o de la BBC, por ejemplo, puede exaltar o minimizar a tal grado las facultades o defectos de cualquier país, gobierno o figura pública, que la imagen o el prestigio de todos ellos puede ser impulsado o destruido tan rápido como la señal haya sido captada por el inconsciente del espectador. Además, la promoción de cualquier producto o evento a través de la T.V. garantiza tanto éxito que los costos de publicidad son estratosféricos. El poder y la capacidad económica de la industria televisiva, la convierten en una de las mas ricas e influyentes del mundo.

El problema de todo esto es que, eventualmente, el manejo irresponsable de tanto poder puede llevar al locutor o a la cadena de T.V a desatar auténticos conflictos internacionales de consecuencias inimaginables. Toda noticia mal fundada o mal intencionada puede provocar una crisis política, económica o financiera tan grande que sus efectos podrían sentirse en todo el mundo durante varios años. Por eso, es indispensable que la comunidad internacional construya los mecanismos legales necesarios para evitar que ese poder de influencia y manipulación con el que cuentan casi todos los medios masivos de comunicación pueda ser utilizado para atentar contra los principios fundamentales de soberanía y autodeterminación de los Estados.

Los medios de comunicación masiva, pero sobre todo la T.V., tienen la obligación de informar clara y objetivamente sobre las decisiones políticas y económicas que deciden el futuro de un pueblo o de la humanidad entera, pero no

pueden, por ningún motivo, influir en esas decisiones, manipulando o desviando la información.<sup>52</sup> El poder de la comunicación en masa puede homogeneizar en gustos y costumbres a sociedades y culturas tan distintas como la japonesa o la egipcia, pero no puede ni podrá homogeneizar jamás, el pensamiento, la inventiva, los sentimientos y la iniciativa de los hombres y mujeres que las integran. La tentación de hacerlo es justamente lo que debemos evitar si no queremos que en el Siglo que viene la televisión se convierta en el bastión de un nuevo totalitarismo, tal vez menos ideológico, pero sí más universal.

---

<sup>52</sup> JAMES F. HAGE, *Media Pervasiveness*, *Foreign Affairs*, Vol. 73, No. Julio-Agosto 1994, p. 136.

## **CAPITULO V .**

### **CONCLUSIONES**

#### **LAS RELACIONES INTERNACIONALES HACIA EL NUEVO MILENIO.**

##### V.1. Equilibrio y conflicto en el mundo del año 2000.

“Mundo solo hay uno”, eso es lo que el escritor mexicano, Carlos Fuentes, nos recuerda una y otra vez al repetir las palabras de Garcilaso de la Vega, quien desde el Perú Virreinal ya nos advertía sobre la vinculada pluralidad de nuestro planeta.

Los acontecimientos internacionales de los últimos años, nos demuestran que nadie puede prever el futuro, pero al mismo tiempo nos revelan la increíble interdependencia en la que siempre hemos vivido. El enorme riesgo de un conflicto nuclear que podía advertirse con la división del mundo en dos bloques antagónicos pero igualmente poderosos, disminuyó sustancialmente cuando uno de esos bloques se desmoronó por completo. Sin embargo, los problemas de la vida moderna están resultando más complejos que los que hasta ahora cabían en el esquema de las dos dimensiones políticas. Mientras el conflicto bipolar imponía un equilibrio basado en el terror, la vieja crisis existencialista y la reiterada cuestión del vacío espiritual se disimulaban, en parte, gracias a la ilusión efímera de una estabilidad planetaria.

En fin, luego de casi 50 años de una estéril guerra fría, las ideologías excluyentes están comenzando a ceder su lugar a las culturas incluyentes, postergadas largo tiempo porque simplemente no tenían cabida en el refrigerador bipolar del Conflicto Este-Oeste. El modelo bipolar de posguerra era lo suficientemente sencillo como para estimar predicciones claras mas no por ello correctas. Hoy, en contraste, el creciente uso de palabras como interdependencia o multilateralismo, únicamente reflejan el difundido pero impreciso sentimiento de

que la naturaleza de las relaciones internacionales se está transformando radicalmente.

Para nadie es un secreto, pues, que las grandes ideologías de la historia han fracasado. Ya nadie o casi nadie confía en las interpretaciones unívocas, pretéridamente totalizadoras. Ahora se sabe con certeza que la múltiple y compleja realidad humana no se puede encajonar en un molde interpretativo. En todo caso, se sabe que los moldes son eso: moldes, no realidades. Existe el reconocimiento de que toda interpretación de la realidad es parcial, es decir, en mayor o menor medida incompleta y sesgada. Por tanto, nadie puede excluir con facilidad las otras interpretaciones sin al menos tomar algo de ellas.

El hecho es que los intentos por comprender la experiencia humana pueden tomar más de la suma que de la resta. Muchas interpretaciones no son excluyentes o no lo son del todo. En más de una ocasión es posible sumarlas, tomar algo de ellas para matizar lo propio. Si como escribió Walter Benjamin, "lo esencial está en el matiz", entonces ahora podemos decir, sin temor a equivocarnos, que a mayor número de matices tendremos mayores posibilidades de descubrir cosas esenciales.<sup>1</sup>

Además, en una época de tan rápida mutación, donde todo nuestro universo se reduce a una larga cadena de herencias seculares que tarde o temprano pueden acabar con la humanidad, o bien convertirse en las piedras angulares de su salvación, el realismo político se renueva y fortalece. Hasta ahora, el hombre todavía no aprende a separar su pasado de su futuro, pero la verdad de las cosas es que no tiene porqué hacerlo, pues ambas experiencias -la de la historia y el porvenir- siempre lo acompañan en su presente. De manera que la esencia del realismo político se encuentra única y exclusivamente en el estudio del presente, entendiendo por esto el marco histórico en el que se desarrollan los acontecimientos que deseamos analizar.

En consecuencia, el verdadero problema del realismo político radica en el hecho de que para muchos analistas de las Relaciones Internacionales es más fácil decir vagamente, por ejemplo, que las sociedades tienen diferentes valores, o que la creencia en los valores absolutos es caduca e ingenua, antes de admitir claramente que la esclavitud es tan buena como la libertad, puesto que nada es intrínsecamente bueno ni malo. La mayoría de las veces les falta solidez, menos por razones cognoscitivas que por razones políticas. Les gusta profesar su complacencia relativista en los casos que, por motivos políticos o por cobardía, prefieren tratar cortesmente, y reservarse su intransigencia moral y sus valores absolutos para otros casos. Bajo tales circunstancias puede suceder que los estudiosos del acontecer internacional sean moralistas en lo que concierne a situaciones como la de Sudáfrica, pero que en lo referente a casos como los de Irak o Corea del Norte sean abogados

---

<sup>1</sup> ALEJANDRO COLINA, *Una historia múltiple*. Nexos No. 198, junio de 1994, p. 65.

de la *realpolitik* y cortesés relativistas.<sup>2</sup> Cuando eso sucede, los internacionalistas corren el riesgo de hacer de sus compromisos políticos, principios morales; entonces, el análisis de los acontecimientos deja de ser un estudio objetivo y profundo, y se convierte en algo muy parecido al idealismo político, donde la fabricación de ídolos o prototipos para su uso *ad hoc* en el juego del poder político es cosa de todos los días.

De ahí que la pregunta crucial en cualquier análisis de las relaciones internacionales elaborado a partir de la teoría realista no debe ser: ¿Hasta qué punto es moral el mundo?, sino ¿hasta qué punto es realista el realista? En otras palabras, la crítica del realismo no debería estar fundamentada sobre un orden exclusivamente moral o sobre los principios conceptuales de equilibrio y conflicto, sino sobre un análisis profundo acerca de qué tan realista es el realista.

De manera que las grandes transformaciones mundiales de este fin de Siglo no modifican ni la estructura ni los axiomas de la teoría realista, y en cambio, si encuentran una explicación clara y objetiva a través de ella. Ahora bien, hablando en términos de poder, las máximas tradicionales de la política exterior derivadas del conocimiento de la estructura internacional pueden resultar particularmente engañosas. Dentro de la perspectiva del realismo tradicional, conocer la distribución de los recursos que proporcionan poder significa conocer la estructura de las relaciones internacionales; y si conocemos la estructura, estaremos en condiciones de pronosticar un patrón de efectos posible. Por eso, aunque el crecimiento de la interdependencia económica y ecológica no proporciona orientaciones claras y definidas sobre lo que serán las relaciones internacionales en el próximo Siglo, la preocupación por el rápido establecimiento de un nuevo orden internacional nos lleva a prestar más atención a los problemas del liderazgo en la política mundial contemporánea.

Como todos sabemos, cualquier liderazgo requiere antes que nada de una buena dosis de legitimidad. La consolidación de un orden internacional definido y estable bajo las condiciones actuales de interdependencia requerirá, por consiguiente, de un liderazgo múltiple y de prácticas estatales concretas que contribuyan a la edificación de ese nuevo orden mundial. En el corto plazo, los problemas derivados de la interdependencia económica, la explosión demográfica, la contaminación ambiental, los cambios tecnológicos o el tráfico de drogas no podrán ser resueltos en una simple conferencia internacional. De hecho, la política de coordinación deberá ser vista como una vía negociadora que requiere algo más que un ajuste.<sup>3</sup> Bajo tales circunstancias, los líderes que tengan la responsabilidad de enfrentar esta clase de problemas deberán prestar más atención a la política interna.

<sup>2</sup> LESZEK KOLAKOWSKI, *La idolatría de la política*, Vuelta No. 132, noviembre 1987, p. 18.

<sup>3</sup> ROBERT O. KEOHANE y JOSEPH S. NYE, *Enfrentando la Interdependencia*, p. 295.

Definir el interés nacional es habitualmente difícil, pero en cuestiones de interdependencia económica o ecológica lo es todavía más, pues de alguna manera esos factores afectan directamente a grupos particulares y alcanzan la vida de casi todos los que habitamos este planeta. Durante la guerra fría, las cuestiones económicas o ambientales se colocaban, dentro de la lista de jerarquías de la política exterior, muy por debajo de la seguridad militar; hoy, toda vez que la capacidad destructiva de un país dejó de ser un símbolo ideológico-político en el mundo, la integración económica y la destrucción del medio ambiente se han convertido en las nuevas prioridades de la agenda internacional. Sin embargo, la retórica de la interdependencia y los símbolos de la seguridad económica y ecológica serán, probablemente, sustitutos imperfectos del poder militar.

Las inquietudes en torno de las cuestiones económicas y ecológicas -por mencionar sólo un par de ejemplos- pueden llevar tanto a la práctica de políticas aislacionistas, como hacia una mayor participación en la política de coordinación internacional. En efecto, las políticas independentistas serán tentadoras como posibles respuestas a las frustraciones derivadas de los continuos enfrentamientos, en un mundo que ya no estará bajo el control hegemónico de dos superpotencias. Al mismo tiempo, la necesidad económica de integrarse a alguno de los bloques comerciales y la necesidad de coordinar internacionalmente una política para el medio ambiente coexistirán incómodamente con la conciencia de que otros gobiernos pueden tener prioridades muy diferentes, e influir sobre ellos resultará extremadamente difícil.<sup>4</sup>

Así, en el marco de un equilibrio de poder precario, los esfuerzos para aumentar la autosuficiencia son necesarios tanto para las políticas internacionales de coordinación y liderazgo, como para el enfoque neoaislacionista. La cuestión clave entre estas dos orientaciones políticas gira en torno de cuán lejos llegará el desarrollo de la independencia o de la interdependencia, y a qué costo. Tomados separadamente, cada uno de los "proyectos independentistas" propuestos por los neoaislacionistas podrían ser tolerables; sin embargo, cuando se trata de problemas evidentemente universales como la explosión demográfica o la contaminación ambiental, la aplicación de políticas aislacionistas puede traer consecuencias catastróficas para toda la humanidad.

Cuando un bien colectivo, como la atmósfera o los mares, se ve amenazado por la degradación debido a los agentes contaminantes provenientes de muchos países, es improbable que la acción de un solo Estado vaya a resolver el problema. Independientemente de que los peligros ecológicos incrementen o no la interdependencia, la clave de todo este conflicto radica en la capacidad económica y

<sup>4</sup> ROBERT O. KEOHANE y JOSEPH S. NYE, *Op. Cit.*, p. 300.

social que tengan los distintos gobiernos para implementar a tiempo acciones conjuntas perfectamente coordinadas.<sup>5</sup>

Por ende, el manejo de una apropiada política exterior deberá apoyarse en el estudio claro y objetivo de los graves problemas mundiales que afectan a la humanidad en este fin de siglo. Modelos anticuados o demasiados simplificados de las condiciones internacionales llevarán a la aplicación de políticas inadecuadas, que lejos de resolver los conflictos, complicarán la construcción de un nuevo equilibrio de poder en el mundo.

Y es que como escribió el poeta francés, Alfred de Musset, hoy vivimos con un pie sobre las cenizas y otro sobre las semillas. Entre la ruina y el surco, nuestro brevísimo Siglo XX -que se inició en 1914 en Sarajevo y murió en 1994 también en Sarajevo- fue un siglo de progreso inigualado junto a una desigualdad incomparable. El mayor avance científico y el máximo retraso político tuvieron lugar en las distintas épocas de esta centuria. El viaje a la Luna y el viaje a Siberia. La gloria de Einstein y el horror de Hiroshima. La persecución implacable contra razas enteras, la guerra no contra los ejércitos sino contra los civiles, seis millones de judíos asesinados por el nazismo, dos millones de vietnamitas muertos en guerras coloniales y cuarenta mil niños que mueren todos los días en el tercer mundo, han sido solo algunas de las muchas muertes innecesarias.

Autodeterminación para algunos pueblos, pero no para otros, a veces vecinos de aquéllos, y una ironía digna de Orwell: todas las naciones son soberanas, pero algunas son más soberanas que otras. La soberanía siempre ha sido una cuestión de poder y no de autodeterminación. Además, nuestro Siglo se ha visto atrapado en una pugna de jurisdicciones transnacionales, nacionales, regionales, tribales; oposición entre la aldea global y la aldea local, entre la aldea tecnológica de Ted Turner y la aldea memoriosa del "Ché" Guevara, entre el alegre robot que vive en el pethouse de un edificio y los ídolos de la tribu que sobreviven en el sótano; tránsito doloroso de una economía de volumen a una economía de valor, con el sacrificio de millones de trabajadores víctimas de la siguiente paradoja: productividad mayor con mayor desempleo; y una red mundial de información que informa muy poco porque hemos perdido la relación orgánica entre experiencia, información y conocimiento: explosión de la información, implosión del significado.<sup>6</sup>

Pero todos estos conflictos son, al mismo tiempo, oportunidades, pues al fin y al cabo pueden ocasionar contacto, intercambio, diálogo, concordia, imaginación y cierta dosis de humanidad para este mundo único que previó el inca Garcilaso y que

<sup>5</sup> *Ibidem.*

<sup>6</sup> CARLOS FUENTES, *Texto de su discurso en Oviedo al recibir el Premio Príncipe de Asturias*, El Universal, 10-12-94, Sección Cultural.

hoy nos obliga a reconocernos en una problemática común: Hay mendigos en Brimingham, Bogotá y Boston; hay gente sin hogar en Londres, Lima y Los Angeles; hay un tercer mundo dentro del primer mundo, pero los problemas de la mujer y del anciano, la educación, el crimen, la violencia, la droga, el sida, no distinguen entre primero, segundo, tercero o cuarto mundos.<sup>7</sup>

En nuestro entorno global no existen santuarios protegidos, no hay cinturones de seguridad para aislarse de las enfermedades, de la pobreza, del holocausto nuclear o del colapso del medio ambiente. Todos los destinos están interrelacionados. Los problemas del hambre, de los refugiados, de la deuda, de los niños de la calle, de la sobrepoblación, la desaparición de los bosques, el avance de los desiertos o el cambio climático no son crisis distintivas, sino elementos de una crisis global, de un lugar común que exige una respuesta que tenga una única dimensión unificada. Cada día son más los retos que requieren una acción común. Cualquier acontecimiento importante acaba afectándonos, no importa la distancia donde se haya producido. El uso de aerosoles en Japón puede producir cáncer en Sudamérica. La recesión en Estados Unidos puede suponer pérdida de puestos de trabajo en Asia. Conflictos en África pueden llevar más exiliados a Europa. Dificultades económicas en Latinoamérica pueden incrementar la xenofobia en Estados Unidos, y la devaluación del peso puede generar una terrible crisis financiera de magnitudes universales. Por el contrario, el crecimiento económico en Asia puede proteger puestos de trabajo en Europa y Estados Unidos, y la reconversión industrial en el Norte puede reducir la pobreza del Sur, lo que a su vez podría abrir nuevos mercados para el norte.

Además, tras el derrumbe del comunismo, la cultura recobró su naturaleza peregrina y mestiza; de pronto, moviéndose rápidamente en vastas corrientes de sur a norte y de este a oeste, la universalidad de la cultura se hizo evidente.<sup>8</sup> Los

<sup>7</sup> *Ibidem*

<sup>8</sup> Este punto referente a la repentina universalización de la cultura ha generado serios debates entre los círculos más destacados de analistas internacionales. Hace poco, el profesor Samuel F. Huntington ha publicado un provocativo ensayo titulado "El choque de civilizaciones", donde proclama, en términos casi estentóreos, "que la fuente fundamental de conflictos (en la nueva fase de la política mundial) no será primariamente ideológica o primariamente económica, sino que la fuente predominante de conflictos será cultural". Esta afirmación del profesor Huntington podría encontrar un respaldo teórico coherente si tomásemos en cuenta que la cultura entendida en su verdad, consiste siempre en el despliegue sobre una sociedad de un determinado culto, y el culto es, a decir acertado de Hegel, el centro inalineable del complejo síndrome que constituye lo que suele llamarse religión. En ese sentido, el mundo que está emergiendo después del final de la guerra fría se caracteriza por un policentrismo evidente en el cual las distinciones ideológicas han retrocedido en favor de los sustratos culturales, arraigados siempre en el terreno firmísimo de los fondos de reserva religiosos. De hecho, a través del amargo conflicto yugoslavo se ha demostrado, una vez más, que la verdadera diferencia cultural, aquella que puede suscitar los conflictos previstos por Huntington o el hegeliano "combate a muerte" no es desde luego la lengua o la ley, sino la religión. Se puede hablar la misma lengua y sentirse hondamente convencido de la pertenencia a diferentes y enfrentadas realidades nacionales, pero cuando hablamos de religión, la realidad puede ser completamente distinta. Paradójicamente, lejos de constituirse como los factores de unidad en un mundo cada vez más regionalizado y disperso, las distintas expresiones religiosas han demostrado ser capaces de agudizar los resquemores

trabajadores y sus familias llevan consigo sus oraciones, sus cocinas, sus memorias, sus maneras de saludar, de cantar, de reír, de soñar y desear, desafiando prejuicios, reclamando la equidad junto con la identidad, y manteniendo su propio perfil cultural para enriquecer las identidades nacionales a las que se integran en un mundo cada vez más dinámico, determinado por la comunicación instantánea, la velocidad tecnológica y el flujo de los mercados, tanto de capital como de trabajo.

En suma, el mundo del Siglo XXI será un lugar similar a un enorme laberinto en el que cada uno de los tramos y paradas del mismo estará construido por un peculiar enclave cultural que estaría formado e informado por una determinada fundación religiosa heredera de un glorioso pasado. Para poder encontrar el hilo de Ariadna y salir del laberinto, la humanidad tendrá que aclarar las consecuencias últimas de sus creencias y abrirse a la pluralidad, a través de la tolerancia y el respeto a la diversidad.

Si no queremos que los peores aspectos de la naturaleza humana terminen por desgarrar el delicado equilibrio que permite el desarrollo de nuestra propia vida, los hombres de este tiempo tenemos la obligación moral de restringir firmemente nuestros deseos y exigencias, y subordinar nuestros intereses individuales a los criterios y valores universales. En ese sentido, la cultura del nuevo milenio habrá de ser una cultura de inclusiones, jamás de exclusiones; una cultura que disminuya el imperio de la violencia y aumente el de la paz; en síntesis, una cultura al servicio del valor supremo que es el de la continuidad de la vida en este planeta. Solo así, la humanidad podrá tener acceso a un desarrollo integral construido a partir del progreso moral y espiritual de los individuos. Solo así, las sociedades podrán tener acceso a valores éticos universales que les permitan abordar problemas también universales.

En este nuevo marco de referencia se hace entonces imprescindible la aceptación de una ética cívica global que guíe la acción de gobernar por los cauces de la moral y de la justicia. Sin esta ética global, las fricciones y tensiones

---

mutuos, los celos y los odios que aún persisten entre algunos grupos de seres humanos. Sin embargo, parece ser que el profesor Huntington y todos los que piensan como él confunden la cultura con la política, y sobre todo, descuidan la economía. Es bastante claro que el Siglo XXI será un siglo "pacífico", en lo que atañe al desarrollo y al poder económicos. Pero no se advierte necesariamente que haya tal pacificidad en términos de poder político. Ahora bien, en cuanto a la Cultura, ésta se está convirtiendo en una sola, es decir, la cultura se está convirtiendo en mundial, y nada indica que ningún país llegue a ser culturalmente dominante. De manera que en un mundo policéntrico donde se exigirán perspectivas más abiertas y donde no habrá privilegio alguno sobre ninguna de las formas culturales existentes, el conflicto no se generará a raíz de un choque de civilizaciones, sino a partir de una lucha política e intelectual para adaptarse a las nuevas exigencias de un mundo cada vez más pequeño, pero al mismo tiempo, cada vez más regionalizado. Al respecto ver: DANIEL BELL, *El choque de las civilizaciones*, Vuelta No. 212, julio de 1994, pp. 59-61; o RICHARD E. RUBENSTEIN y JARLE CROCKER, *Challenging Huntington*, Foreign Policy, Otoño 1994, pp. 113-118.

originadas por vivir en un vecindario global se multiplicarán. El hecho de ser vecinos requiere nuevas formas de vernos los unos a los otros, así como nuevas normas de vida. Los estándares de autocontrol que nos proveen de valores y normas comunmente aceptadas son cada vez más necesarios. Sin ellos, sería muy difícil, por no decir que imposible, establecer formas más efectivas y legítimas de convivencia global. Estas normas habrán de servir en las circunstancias actuales, que son radicalmente diferentes de épocas anteriores, por lo menos en tres aspectos importantes.

El primero tiene que ver con el cambio en la naturaleza de los conflictos violentos en el mundo. En 1945, cuando se crearon las Naciones Unidas, el principal peligro era la guerra entre Estados. El reto normativo más importante era desarrollar estándares para el comportamiento de los Estados que ayudase a limitar los conflictos entre ellos. Hoy, a pesar de que el peligro de guerra entre Estados permanece, la mayor parte de los conflictos surge entre los habitantes de los propios Estados. En consecuencia, existe una necesidad para la acción internacional que va más allá de los límites tradicionales adecuados para los conflictos entre Estados. Por tanto, se precisan normas que reconozcan que el interés de las personas, y no sólo el de los Estados, requiere protección.

Un segundo aspecto está relacionado con la importancia de los actores no estatales en la política internacional. En un creciente número de aspectos, los actores privados independientes, desde corporaciones transnacionales, pasando por las empresas que se dedican a la comunicación masiva, los increíbles sistemas tecnológicos y las organizaciones no gubernamentales, tienen una gran capacidad para provocar conflictos, exacerbarlos o resolverlos, y su poder es tan importante como el de muchos Estados, mientras que el cuerpo doctrinal de normas internacionales guarda silencio en relación con los derechos y responsabilidades de estos actores no estatales.

Por último, el tercer aspecto se refiere al nuevo papel que jugarán los organismos internacionales. Si considerásemos a las organizaciones internacionales gubernamentales como instituciones formales cuya efectividad dependiera de su autonomía, sería difícil conservar el optimismo. Muy poco de lo ocurrido en los últimos treinta años nos lleva a pensar que organizaciones intergubernamentales como las Naciones Unidas, o aún los más exitosos acuerdos de integración como los de la Comunidad Europea, habrán de adquirir una mayor autonomía y poder en la política mundial. Por el contrario, a menudo esas organizaciones se ven divididas por las controversias y debilitadas por la falta de apoyo gubernamental, tanto en lo político como en lo financiero.

No obstante, este enfoque refleja un punto de vista arcaico acerca de las organizaciones internacionales: el de considerarlas como un incipiente gobierno

mundial. Necesitamos pensar a las organizaciones internacionales menos como instituciones y más como conjuntos de redes intergubernamentales y transgubernamentales asociadas a instituciones formales. Los gobiernos debieran estar organizados para mejorar el caudal de asuntos que se plantean en esas organizaciones. Por lo tanto, los organismos internacionales pueden contribuir a activar "coaliciones potenciales" en la política mundial al facilitar la comunicación entre ciertas élites, y los secretariados de las organizaciones pueden acelerar este proceso a través de sus propias actividades de fomento a las coaliciones.<sup>9</sup> Consecuentemente, el liderazgo no provendrá de las organizaciones internacionales, así como tampoco el poder efectivo; pero tales organizaciones podrán proporcionar las bases para una política de coordinación cotidiana, de la cual dependerá un liderazgo múltiple eficaz.

Precisamente, una de las lecciones más importantes que nos dejó la Guerra Fria, es que no es posible separar el orden externo, internacional (o más precisamente interestatal), del orden interno de los estados implicados, ni separar la estabilidad de la justicia, o la paz de la libertad. Los pueblos que sobrevivieron a los horrores de las dos guerras mundiales vivieron en el Siglo XX con la tentación de reconstruir una aurora; quisieron reinventar su mundo político sobre la base de los dos grandes elementos de la cultura democrática, lo universal y lo nacional, pero a la postre, lo único que consiguieron fue crear una especie de religiones complementarias y antagónicas que ya han provocado varias tragedias, y que parecen estar a punto de generar una nueva.

Pero no podremos evitar y ni siquiera identificar la catástrofe que se avecina si no somos capaces de librarnos de lo que yo llamo: la ilusión de la necesidad. Este siglo no será explicable, en la medida en que puede serlo, mientras no le devolvamos su carácter imprevisible, negado por los primeros responsables de sus tragedias. La supervivencia del famoso sentido de la historia, ese otro nombre de la necesidad humana, que hace las veces de religión para quienes carecen de religión, y que por lo tanto resulta tan difícil, hasta doloroso abandonar, es justamente la condición indispensable para comprender el Siglo XX<sup>10</sup> y evitar la tragedia de un nuevo conflicto mundial en el Siglo que viene.

La idea de necesidad histórica ha tenido en este Siglo sus mejores momentos porque el duelo entre fascismo y comunismo, que lo invadió con su tumulto trágico, le ofrecía un traje a la medida: la segunda guerra mundial hizo las veces de un árbitro entre las dos fuerzas que pretendían suceder a la democracia burguesa, la de la reacción y la del progreso, la del pasado y la del porvenir. Pero esta visión se vino

<sup>9</sup> Al respecto ver: ROBERT O. KEOHANE, *Transgovernmental relations and international organizations*, World Politics 27, No. 1, octubre de 1974, pp. 39-62.

<sup>10</sup> FRANÇOIS FURET, *La pasión revolucionaria en el siglo XX*, Vuelta No. 216, noviembre de 1994, p. 8.

abajo ante nuestros ojos con el final del segundo pretendiente después del primero. Ni el fascismo ni el comunismo fueron los signos inversos de un destino providencial de la humanidad. Se trata de episodios cortos, enmarcados por aquello mismo que pretendieron destruir. Productos de la democracia, fueron derribados por la democracia. Nada fue en ellos necesario, y la historia de nuestro Siglo, como la de los Siglos anteriores, pudo haber transcurrido de otra manera.<sup>11</sup>

Lo cierto es que nadie tiene la capacidad para modificar lo ocurrido hasta ahora, pero todos tenemos la oportunidad de participar en la construcción de un futuro mejor. La reducción de las distancias, la multiplicación de las relaciones y el aumento de la interdependencia están convirtiendo al mundo en un lugar común; esta realidad es para muchos motivo de esperanza, para otros lo es de preocupación, pero para todos es la base de una necesaria acción común indispensable para resolver problemas también comunes. En un mundo global, los ciudadanos de todo el planeta habrán de cooperar en muchos y diversos objetivos; para mantener la paz y el orden, para expandir la actividad económica, controlar la polución, combatir las epidemias, limitar la proliferación de armas, detener el terrorismo, evitar la desertización, preservar la diversidad genética, erradicar el hambre, compartir los recursos escasos, luchar contra el narcotráfico, y un sinfín de cosas más.

Por eso, si la humanidad no se orienta hacia valores más elevados que la sola preocupación por sí misma, la corrupción y la decadencia triunfarán inevitablemente. Así pues, frente a las condiciones cada vez más complejas de la modernidad, limitarnos a nosotros mismos es la única vía para la preservación de todo cuanto existe, incluyendo nuestra propia vida. Establecer una dimensión ética para la consolidación de un equilibrio pacífico en el mundo, es una tarea tan prioritaria como la de adaptar los conceptos de soberanía<sup>\*</sup> y autodeterminación a la realidad cambiante.

De esta manera, me atrevería a decir que si la gestión de un Estado, de un partido o de una política no tuviera ninguna base moral, sería inútil hablar de un porvenir de la humanidad. En otras palabras, si un Estado rige su política, al igual que un individuo su comportamiento, fiándose de una conducta ética y moral, no solamente su actitud se volverá la más humana posible, sino que también se convertirá, a largo plazo, en la mejor garantía para sus respectivos desarrollos. Sin embargo, la tarea no es sencilla. El Siglo XX no ha significado ningún adelanto moral de la especie humana. Es más, siendo objetivos, este Siglo ha sido el teatro de

<sup>11</sup> *Ibidem.*

\* La soberanía estatal -atrapada en su propia lógica de democratización interna e internacionalización comercial- se debatirá entre las demandas internas de una población cada vez más exigente, y la creciente interrelación de todos los asuntos humanos, el peso del poder económico transnacional y el poder político o militar de las grandes potencias.

exterminaciones sin precedente, de una anemia sobrecogedora de la cultura y de una decadencia absoluta del espíritu humano. Entonces, ¿por qué habríamos de esperar que el Siglo XXI, heredero de una serie de problemas bastante complejos, sea mejor para nosotros de lo que ha sido este Siglo?

De hecho, desde un enfoque clásico y conservador de las Relaciones Internacionales elaborado a partir del realismo político, diríamos que no existe razón alguna para pensar que el próximo Siglo será mejor que éste, pues el maldito desorden ha sido la condición natural de la humanidad, y en tales circunstancias, la premisa general de la historia reciente es que el sistema de equilibrio de poder ha constituido la excepción, más que la regla, en cualquier época de las relaciones internacionales.<sup>12</sup>

No obstante, la esperanza en la voluntad política, aunada a la acción ciudadana, parecen ser las únicas razones para suponer que el mundo del año 2000 será un lugar mejor para vivir. Lo menos que podemos hacer los hombres de este tiempo es conservar la esperanza, pues el carácter de la humanidad se ha forjado en ella y esa firmeza será, de una manera u otra, la única herencia que legaremos a las futuras generaciones. Además, si logramos mantener la esperanza, tal vez seamos capaces de recobrar la conciencia de lo Divino, y con suerte, hasta recuperar un sentimiento esencial que lamentablemente hemos perdido: el temor a Dios.

Es tiempo de cambios, es tiempo de grandes decisiones. La humanidad se enfrenta a su destino, ¡que Dios nos bendiga!

---

<sup>12</sup> Al respecto ver: HENRY KISSINGER, *Diplomacy*, p. 44.

**BIBLIOGRAFIA  
Y  
HEMEROGRAFIA**

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS:

### **BIBLIOGRAFÍA GENERAL:**

- 1.- ART ROBERT J. INTERNATIONAL POLITICS: ENDURING CONCEPTS AND CONTEMPORARY ISSUES., LONDON SCHOOL OF POLITICS, LONDON, 1992.
- 2.- ART ROBERT J. INTERNATIONAL POLITICS: ANARCHY FORCE, POLITICAL ECONOMY AND DECISION MAKING., LONDON SCHOOL OF POLITICS, LONDON, 1990.
- 3.- BERCOVITCH JACOB. MEDIATION IN INTERNATIONAL RELATIONS: MULTIPLE APPROACHES TO CONFLICT MANAGEMENT., HARVARD UNIVERSITY, 1991.
- 4.- BROWN CHRIS, INTERNATIONAL RELATIONS THEORY: NEW NORMATIVE APPROACHES, COLUMBIA UNIVERSITY, 1992.
- 5.- BROWN SEJOM. INTERNATIONAL RELATIONS IN A CHANGING GLOBAL SYSTEM: TOWARD A THEORY OF THE WORLD POLITY., BOULDER UNIVERSITY, 1991.
- 6.- CLARK IAN. THE HIERARCHY OF STATES: REFORM AND RESISTANCE IN THE INTERNATIONAL ORDER., CAMBRIDGE UNIVERSITY, 1989.
- 7.- CUELLAR SÁNCHEZ FELIPE, HACIA UNA PERSPECTIVA SISTEMÁTICA EN LA INVESTIGACIÓN DE LAS RELACIONES INTERNACIONALES., TESIS PARA OBTENER EL TÍTULO DE LIC. EN RELS. INTERNALS., ENEP ACATLÁN, UNAM, 1983.
- 8.- FERGURSON YALE HICKS. THE STATE, CONCEPTUAL CHAOS AND THE FUTURE OF INTERNATIONAL RELATIONS., DENVER UNIVERSITY, 1992.
- 9.- GEMPIEL ERNST-OTTO. GLOBAL CHANGES AND THEORETICAL CHALLENGES: APPROACHES TO WORLD POLITICS FOR THE 1990'S., LEVINGTON MASS., 1989.
- 10.- KEOHANE ROBERT O., SOVEREIGNTY, INTERDEPENDENCE AND INTERNATIONAL INSTITUTIONS.
- 11.- KISSINGER HENRY, DIPLOMACY, SIMON & SCHUSTER, NEW YORK , 1994.
- 12.- MARTÍNEZ SERRANO ALEJANDRO., CONCEPTO DE ESTADO DE NATURALEZA EN THOMAS HOBBS. Y SU TRASCENDENCIA PARA LAS R.I. TESIS PARA OBTENER EL TÍTULO DE LIC. EN RELS. INTERNALS., ENEP ACATLÁN, UNAM, 1992.
- 13.- MORGENTHAU HANS J. POLÍTICA ENTRE LAS NACIONES: LA LUCHA POR EL PODER Y LA PAZ., COLECCIÓN ESTUDIOS INTERNACIONALES, 6a. EDICIÓN, 1991.

- 14.- MORGENTHAU HANS J. POLITICS IN THE TWENTIETH CENTURY., INTERNATIONAL STUDIES COLLECTION, PRINCETON UNIVERSITY, 1990.
- 15.- PETTMAN RALPH, INTERNATIONAL POLITICS; BALANCE OF POWER, BALANCE OF PRODUCTIVITY, BALANCE OF IDEOLOGIES., BOULDER UNIVERSITY, 1991.
- 16.- QUESTER GEORGE H., POWER, ACTION AND INTERACTION., BOSTON, 1971.
- 17.- ROSENAU JAMES N., TURBULENCE IN WORLD POLITICS; A THEORY OF CHANGE AND CONTINUITY., PRINCETON UNIVERSITY, 1990.
- 18.- RUGGIE JOHN GERARD, INTERNATIONAL STRUCTURE AND INTERNATIONAL TRANSFORMATION; SPACE TIME AND METHOD., UCSD, 1988.
- 19.- SMITH MICHAEL, PERSPECTIVES ON WORLD POLITICS. LONDON SCHOOL OF POLITICS, 1990.
- 20.- STERLING RICHARD W. MACROPOLITICS; INTERNATIONAL RELATIONS IN A GLOBAL SOCIETY., OXFORD UNIVERSITY, 1974.
- 21.- WALKER R.B., INSIDE/OUTSIDE; INTERNATIONAL RELATIONS AS POLITICAL THEORY., CAMBRIDGE UNIVERSITY, 1993.
- 22.- WALTER S. JONES, THE LOGIC OF INTERNATIONAL RELATIONS, LONG ISLAND UNIVERSITY, 7th EDITION, 1991.

#### BIBLIOGRAFÍA ESPECÍFICA:

##### CAPÍTULO I:

- 1.- ALLISON ROY, SUPERPOWER, COMPETITION AND CRISIS PREVENTION IN THE THIRD WORLD., CAMBRIDGE UNIVERSITY, 1992.
- 2.- BINNENDIJK HANS, NATIONAL NEGOTIATING STYLES., FOREIGN SERVICE INSTITUTE, 1990.
- 3.- BUZAN BARRY, AN INTRODUCTION TO STRATEGIC STUDIES; MILITARY TECHNOLOGY AND INTERNATIONAL RELATIONS. LONDON SCHOOL OF POLITICS, 1989.

- 4.- BRIELY J. L., THE OUTLOOK FOR INTERNATIONAL LAW, BARRONS & CO. EDITORS, E.U., 1991.
- 5.- CARNEC DEUSCH, POLÍTICA Y GOBIERNO, FCE, MEXICO, 1990.
- 6.- CEADEL MARTIN, THINKING ABOUT PEACE AND WAR, OXFORD UNIVERSITY, 1990.
- 7.- CHAZAN NAOMI, IRREDENTISM AND INTERNATIONAL POLITICS, BOULDER UNIVERSITY, 1991.
- 8.- CLARKE MITCHAEAL, UNDERSTANDING FOREING POLICY; THE FOREING POLICY SYSTEMS APPROACH, FOREING SERVICE INSTITUTE, 1989.
- 9.- DONELAN MICHAEL, ELEMENTS OF INTERNATIONAL POLITICAL THEORY, OXFORD UNIVERSITY, 1990.
- 10.- GRIFFITHS MARTIN, REALISM, IDEALISM AND INTERNATIONAL POLITICS: A REINTERPRETATION, NEW YORK UNIVERSITY, 1992.
- 11.- GURTOV MELYN, GLOBAL POLITICS IN THE HUMAN INTEREST, BOULDER UNIVERSITY, 1990.
- 12.- HIRSCHMAN NAU, NATIONAL POWER AND THE STRUCTURE OF FOREIGN TRADE, BARRONS & CO. EDITORS, NEW JERSEY, 1989.
- 13.- HOBBS THOMAS, LEVIATHAN.
- 14.- HOLSTI KALERI, THE DIVIDING DISCIPLINE: HEGEMONY AND DIVERSITY IN INTERNATIONAL THEORY. BOSTON, MASS. 1987.
- 15.- HOLLICK ANN, GLOBAL COMMONS; CAN THEY BE MANAGED?, HARVARD UNIVERSITY, 1991.
- 16.- HOPPMANN TERRENCE, TEORÍA Y PROCESOS EN LAS NEGOCIACIONES INTERNACIONALES, CEPAL, 1988.
- 17.- JAMES WILLIAM, ENSAYOS SOBRE EL EMPIRISMO RADICAL, FCE, 1988.
- 18.- KANT MANUEL, LA CRÍTICA DE LA RAZÓN PRÁCTICA.
- 19.- KENNAN GEORGE FROST, AROUND THE CRAGGED HILL: A PERSONAL AND POLITICAL PHILOSOPHY, NEW YORK UNIVERSITY, 1993.

- 20.- LEE STEVE, CLOSING THE GAP: DISARMAMENT AND DEVELOPMENT. THE INTERNATIONAL DEBATE., CANADIAN INSTITUTE FOR INTERNATIONAL PEACE AND SECURITY, 1990.
- 21.- MAQUIAVELO NICOLÁS, EL PRÍNCIPE.
- 22.- McCLEARY RACHEL M., SEEKING JUSTICE. ETHICS AND INTERNATIONAL AFFAIRS. BOULDER UNIVERSITY, 1992.
- 23.- MIDLARSKY MANUS, HANDBOOK OF WAR STUDIES. BOSTON UNIVERSITY 1989.
- 24.- MORAVCSIK ANDREW, LIBERALISM AND INTERNATIONAL RELATIONS THEORY., HARVARD UNIVERSITY, 1992.
- 25.- NEF STEPHEN, FRIENDS BUT NO ALLIES: ECONOMIC LIBERALISM AND THE LAW OF NATIONS., COLUMBIA UNIVERSITY, 1990.
- 26.- NEUMANN IVER B., REGIONAL GREAT POWERS IN INTERNATIONAL POLITICS., CAMBRIDGE UNIVERSITY 1992.
- 27.- NIVAT GEORGE, EL NACIMIENTO DE EUROPA., ALIANZA EDITORIAL, ESPAÑA, 1990.
- 28.- NORTH ROBERT CAMER, WAR, PEACE, SURVIVAL: GLOBAL POLITICS AND CONCEPTUAL SYNTHESIS., BOULDER UNIVERSITY, 1990.
- 29.- OPPENHEIM LEON, INTERNATIONAL LAW., OXFORD UNIVERSITY, 1986.
- 30.- SEARA VÁZQUEZ M., DERECHO INTERNACIONAL PÚBLICO., 13a. ED., PORRÚA, MÉXICO, 1991.
- 31.- SORENSEN MAX, MANUAL DE DERECHO INTERNACIONAL PÚBLICO. POLÍTICA Y DERECHO. FCE, MÉXICO, 1985.
- 32.- THOMPSON KENNETH, MORALITY AND FOREING POLICY. LOUISIANA STATE UNIVERSITY, 1980.
- 33.- TOUVAL SAACLIA, GAINING ENTRY TO MEDIATION IN COMMUNAL STRIFE. HARVARD UNIVERSITY, 1991.
- 34.- TUCÍDIDES, LA GUERRA DEL PELOPONESO.

- 35.- TUNKIN G., EL DERECHO Y LA FUERZA EN EL SISTEMA INTERNACIONAL, UNAM, 1989.
- 36.- VARAS AUGUSTO, LOS DIVIDENDOS DE LA PAZ; DESARME Y CONVERSIÓN INDUSTRIAL, FACULTAD LATINOAMERICANA DE CIENCIAS SOCIALES, 1990.
- 37.- VARIOS, RELACIONES INTERNACIONALES. HOY, COLOQUIO, CEI, COLEGIO DE MÉXICO, 1988.
- 38.- VÁSQUEZ JOHN, EL PODER DE LA POLÍTICA DEL PODER, COLECCIÓN ESTUDIOS INTERNACIONALES, 1988.
- 39.- WEBER MAX, GESAMMELTE ZUR RELIGIONASSOZIOLOGIE, GEORGETOWN UNIVERSITY, 1971.
- 40.- WIGHT MARTIN, INTERNATIONAL THEORY: THE THREE TRADITIONS, LONDON SCHOOL OF POLITICS, 1991.

## CAPÍTULO II :

- 1.- ALI SHEIKH RUSTUM, THE INTERNATIONAL ORGANIZATION AND WORLD ORDER DICTIONARY, NEW YORK, UN PUBLICATIONS, 1992.
- 2.- BOLOGNA ALFREDO, TEORÍAS Y PROPUESTAS DE RELACIONES INTERNACIONALES PARA LOS PAÍSES SUR, COLECCIÓN ESTUDIOS INTERNACIONALES, 1990.
- 3.- CARDEL MARTIN, THINKING ABOUT PEACE AND WAR, NEW YORK, UN PUBLICATIONS, 1986.
- 4.- DE LA TORRE JARA, LAS POTENCIAS INTERMEDIAS EN LA ACCIÓN INTERNACIONAL, TESIS PARA OBTENER EL TÍTULO DE LIC. EN RELS. INTERNALS., ENEPACATLÁN, UNAM, 1987.
- 5.- FICHTE JOHANN, THEORY AND PRACTICE OF THE BALANCE OF POWER, BOULDER UNIVERSITY, 1987.
- 6.- GERNIKA R., EL ANÁLISIS DE LAS RELACIONES INTERNACIONALES, CEI, COLEGIO DE MÉXICO, 1990.
- 7.- GILL STEPHEN, GRAMSCI: HISTORICAL MATERIALISM AND INTERNATIONAL RELATIONS, CAMBRIDGE UNIVERSITY, 1993.

- 8.- HANDEL MICHAEL, WEAK STATES IN THE INTENATIONAL SYSTEM, BOULDER UNIVERSITY, 1990.
- 9.- HERRERA LÓPEZ E., LA MORFOLOGÍA DEL IMPERIO. TESIS PARA OBTENER EL TÍTULO DE LIC. EN RELS. INTERNALS., ENEP ACATLÁN, UNAM, 1988.
- 10.- HOLBRAAD CARSTEN, LAS POTENCIAS MEDIAS EN LA POLÍTICA INTERNACIONAL, LONDON SCHOOL OF POLITICS, 1989.
- 11.- JUÁREZ RUBIO P., EL PROBLEMA DE LA REGULACIÓN INTERNACIONAL., TESIS PARA OBTENER EL TÍTULO DE LIC. EN RELS. INTERNALS., ENEP ACATLÁN, UNAM, 1980.
- 12.- KABN ROBERT L., ORGANIZATIONS AND NATION-STATES: NEW PERSPECTIVES ON CONFLICT AND COOPERATION., SAN FRANCISCO UNIVERSITY, 1990.
- 13.- MONTAÑO JORGE, LA ONU Y EL ORDEN MUNDIAL., IMRED, SRE, 1992.
- 14.- ROSENAU JAMES, TURBULENCE IN WORLD POLITICS: A THEORY OF CHANGE AND CONTINUITY, STANDFORD UNIVERSITY, 1986.
- 15.- ROSENAU R., THE U.N. IN A TURBULENT WORLD., BOULDER UNIVERSITY, 1992.
- 16.- SAN MIGUEL AGUIRRE E., NEOCOLONIALISMO. NUEVA POLÍTICA DE DOMINACIÓN., TESIS PARA OBTENER EL TÍTULO DE LIC. EN RELS. INTERNALS., ENEP ACATLÁN, UNAM, 1984.
- 17.- SINGER MARSHALL, WEAK STATES IN A WORLD OF POWERS: THE DYNAMICS OF INTERNATIONAL RELATIONS, NEW YORK UNIVERSITY, 1972.
- 18.- SPENDER J. A., FIFTY YEARS OF EUROPE, HARCOURT BRACE EDITORS, BOSTON, MASS., 1985.
- 19.- U THANT, VIEW FROM THE U.N., NEW YORK, UN PUBLICATIONS, 1977.

### CAPÍTULO III :

- 1.- BOZEMAN ADDA, STRATEGIC INTELLIGENCE AND STATECRAFT: SELECTED ESSAYS., HARVARD UNIVERSITY, 1992.

2.- BUZAN BARRY, PEOPLE, STATES AND FEAR: AN AGENDA FOR INTERNATIONAL SECURITY STUDIES IN THE POST-COLD WAR ERA., BOULDER UNIVERSITY, 1991.

3.- CAMPUZANO PIÑA, MÉXICO Y CANADÁ FRENTE A ESTADOS UNIDOS Y EL CASO DE LA INVERSIÓN EXTRANJERA., TESIS PARA OBTENER EL TÍTULO DE LIC. EN RELS. INTERNALS., CEI, COLEGIO DE MÉXICO, 1990.

4.- COLLETTI LUCIO, MARX: ¿PROFETA O CIENTÍFICO?, ALIANZA EDITORIAL, BARCELONA, 1985.

5.- ENGELS FEDERICO, MANIFIESTO COMUNISTA.

6.- FERNÁNDEZ DITTMANN, EL PROCESO DE INTEGRACIÓN DE LA COMUNIDAD EUROPEA: DESARROLLO Y PERSPECTIVAS., TESIS PARA OBTENER EL TÍTULO DE LIC. EN RELS. INTERNALS., CEI, COLEGIO DE MÉXICO, 1988.

7.- GATH CORONA, DEL ASALTO A LA RAZÓN A LA UNIFICACIÓN INSENSATA. ORÍGENES IDEOLÓGICOS DEL NAZISMO Y RESPONSABILIDAD HISTÓRICA DE LA ALEMANIA CONTEMPORÁNEA., TESIS PARA OBTENER EL TÍTULO DE LIC. EN RELS. INTERNALS., CEI, COLEGIO DE MÉXICO, 1990.

8.- HEIMER HUE, EL ESTADO AUTORITARIO. FCE, MÉXICO, 1988.

9.- HERMET GUY, TOTALITARISMOS. POLÍTICA Y DERECHO, FCE, MÉXICO, 1991.

10.- JACKSON ROBERT H., QUASI-STATES, SOVEREIGNTY, INTERNATIONAL RELATIONS AND THE THIRD WORLD., CAMBRIDGE UNIVERSITY, 1990.

11.- LEGAULT ALBERT, THE END OF A MILITARY CENTURY?, INTERNATIONAL DEVELOPMENT RESEARCH CENTER, 1993.

12.- KEPHANE ROBERT OWEN, THE CONCEPT OF INTERDEPENDENCE AND THE ANALYSIS OF ASYMMETRICAL RELATIONS. SAN FRANCISCO UNIVERSITY, 1990.

13.- KEPHANE ROBERT OWEN, INSTITUTIONALIST THEORY AND THE REALIST CHALLENGE AFTER THE COLD WAR. HARVARD UNIVERSITY, 1992.

14.- KEPHANE ROBERT OWEN, SOVEREIGNTY, INTERDEPENDENCE AND INTERNATIONAL INSTITUTIONS. HARVARD UNIVERSITY, 1991.

15.- KEPHANE ROBERT OWEN, PODER E INTERDEPENDENCIA: LA POLÍTICA EN TRANSICIÓN. COLECCIÓN ESTUDIOS INTERNACIONALES, 1988.

- 16.- LENIN VLADIMIR, L'ETAT ET LA REVOLUTION.
- 17.- LÖWENTHAL ROBERT, BEYOND TOTALITARIANISM, OXFORD UNIVERSITY, 1990.
- 18.- MANGOLD PETER, NATIONAL SECURITY AND INTERNATIONAL RELATIONS, NEW YORK UNIVERSITY, 1990.
- 19.- MINC ALAN, LA NUEVA EDAD MEDIA: EL GRAN VACÍO IDEOLÓGICO. UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID, ESPAÑA, 1992.
- 20.- MYRES ROBERTO J., INTERNATIONAL ETHICS IN THE NUCLEAR AGE, CAMBRIDGE UNIVERSITY, 1987.
- 21.- ORDORICA ROBLES, PARTEAGUAS GLOBAL. UNA PERSPECTIVA DE LAS RELACIONES ESTE-OESTE Y LOS PROBLEMAS MUNDIALES, IMRED, SRE, 1989.
- 22.- SARUKHÁN C. ARTURO, GIGANTES CANSADOS Y PIGMEOS POLÍTICOS: LAS RELACIONES DE SEGURIDAD ENTRE ESTADOS UNIDOS Y EUROPA EN EL MUNDO DE LA POSGUERRA FRÍA, TESIS PARA OBTENER EL TÍTULO DE LIC. EN RELS. INTERNALS., CEI, COLEGIO DE MÉXICO, 1990.
- 23.- SNOW DONALD M., DISTANT THUNDER; THIRD WORLD CONFLICT AND THE NEW INTERNATIONAL ORDER, NEW YORK UNIVERSITY, 1991.
- 24.- THOMPSON DAVID, HISTORIA MUNDIAL DE 1914 A 1968, BREVIARIOS DE HISTORIA MUNDIAL, FCE, MÉXICO, 1991.

#### CAPÍTULO IV :

- 1.- ANTOLOGÍA DE PRINCIPIOS Y TESIS, LA POLÍTICA EXTERIOR DE MÉXICO EN EL NUEVO ORDEN MUNDIAL, PRÓLOGO JUAN MA. ALPONTE, FCE, MÉXICO, 1993.
- 2.- ARANDA VOLLMER, LA POLÍTICA EXTERIOR Y LAS CLASES MEDIAS, TESIS PARA OBTENER EL TÍTULO DE LIC. EN RELS. INTERNALS., CEI, COLEGIO DE MÉXICO, 1987.
- 3.- ARENDT HANNAH, LOS ORÍGENES DEL TOTALITARISMO. TOMO I, II Y III., ALIANZA UNIVERSIDAD, ALIANZA EDITORIAL, 2a. ED., MADRID, 1987.
- 4.- BUSTAMANTE MORALES, EL PROBLEMA DE LOS REFUGIADOS EN LA POLÍTICA INTERNACIONAL, TESIS PARA OBTENER EL TÍTULO DE LIC EN LIC. EN RELS. INTERNALS., ENEP ACATLÁN, UNAM, 1987.

- 5.- BROWN LESTER R. ET AL., LA SITUACIÓN EN EL MUNDO. EL INFORME WORLDWATCH, 1993.
- 6.- DE LUCAS JAVIER, EL DESAFÍO DE LAS FRONTERAS, SIGLO XXI, ESPAÑA, 1990.
- 7.- GARCÍA BLANCO, EL CONCEPTO DE SEGURIDAD ALIMENTARIA MUNDIAL., TESIS PARA OBTENER EL TÍTULO DE LIC. EN RELS. INTERNALS., ENEP ACATLÁN, UNAM, 1987.
- 8.- HEREDIA RUBIO, LAS NUEVAS TECNOLOGÍAS DE LA INFORMACIÓN Y LAS RELACIONES INTERNACIONALES., CEI, COLEGIO DE MÉXICO, 1985.
- 9.- HERMET GUY, TOTALITARISMOS., POLÍTICA Y DERECHO, FCE, MÉXICO, 1991.
- 10.- KRUGMAN PAUL, L'EMERGENCE DES ZONES REGIONALES DE LIBRE-ÉCHANGE: JUSTIFICATIONS ÉCONOMIQUES ET POLITIQUES. SOBORNA, PARIS, 1992.
- 11.- LOESCHER GIL, REFUGEES AND INTERNATIONAL RELATIONS., OXFORD UNIVERSITY, 1990.
- 12.- ORDORICA ROBLES, PARTEAGUAS GLOBAL. UNA PERSPECTIVA DE LAS RELACIONES ESTE-OESTE Y LOS PROBLEMAS MUNDIALES., IMRED, SRE, 1989.
- 13.- PORTER MICHEL, LA VENTAJA COMPETITIVA DE LAS NACIONES. HARLA EDITORES, MÉXICO, 1988.
- 14.- RABASA GAMBOA E., ¿PORQUÉ LA DEMOCRACIA?, UNAM, 1993.
- 15.- REYES HURTADO E., LA PROBLEMÁTICA INFORMATIVA MUNDIAL EN LAS RELACIONES INTERNACIONALES., TESIS PARA OBTENER EL TÍTULO DE LIC. EN RELS. INTERNALS., ENEP ACATLÁN, UNAM, 1992.
- 16.- ROURKE JOHN T., DIRECT DEMOCRACY AND INTERNATIONAL POLITICS; DECIDING INTERNATIONAL ISSUES THROUGH REFERENDUMS., BOULDER UNIVERSITY, 1992.
- 17.- RUSSELL ROBERTO, LA AGENDA INTERNACIONAL EN LOS AÑOS 90's., COLECCIÓN DE ESTUDIOS INTERNACIONALES, 1990.
- 18.- SERRANO LÓPEZ, PERSPECTIVAS ALIMENTARIAS EN EL SIGLO XXI Y LA ORGANIZACIÓN INTERNACIONAL. TESIS PARA OBTENER EL TÍTULO DE LIC. EN RELS. INTERNALS., ENEP ACATLÁN, UNAM, 1993.

19.- SOLÍS SOBERÓN, CAUSAS Y TENDENCIAS DE LA INVERSIÓN EXTRANJERA MUNDIAL; IMPLICACIONES PARA MÉXICO., TESIS PARA OBTENER EL TÍTULO DE LIC. EN RELS. INTERNALS., CEI, COLEGIO DE MÉXICO, 1991.

20.- TOMASSINI LUCIANO, LA POLÍTICA INTERNACIONAL EN UN MUNDO POSTMODERNO. COLECCIÓN DE ESTUDIOS INTERNACIONALES, 1991.

21.- TUSSIE DIANA, THE LESS DEVELOPMENT COUNTRIES AND THE WORLD TRADING SYSTEM., PRINCETON UNIVERSITY, 1991.

22.- VARIOS, EL RÉGIMEN ECOLÓGICO INTERNACIONAL; REFLEXIÓN SOBRE UN TEMA DE LA AGENDA GLOBAL., CEI, COLEGIO DE MÉXICO, 1991.

23.- VARIOS, LA INTEGRACIÓN COMERCIAL DE MÉXICO A EU Y CANADÁ. ¿ALTERNATIVA O DESTINO?, SIGLO XXI, 2a. ED., MÉXICO, 1991.

24.- WELCH FRANK, TECHNOLOGY AND ECONOMY. THE KEY RELATIONSHIP. OCDE, PARIS, 1993.

25.- WROMER PETER, WHAT DETERMINES THE RATE OF GROWTH AND TECHNOLOGICAL CHANGE. BANCO MUNDIAL, WASHINGTON, 1993.

26.- YOUNG CHRISTOPHER, THE ROLE OF THE MEDIA IN INTERNATIONAL CONFLICT. CANADIAN INSTITUTE FOR INTERNATIONAL PEACE AND SECURITY, 1991.

#### CAPÍTULO V :

1.- HALBERSTAN DAVID, EL PRÓXIMO SIGLO. COLECCIÓN DE ESTUDIOS INTERNACIONALES, 1991.

2.- KEOHANE ROBERT O., TRANSGOVERNMENTAL RELATIONS AND INTERNATIONAL ORGANIZATIONS. GEORGETOWN UNIVERSITY, 1989.

3.- KEOHANE ROBERT O. Y JOSEPH S. NYE, ENFRENTANDO LA INTERDEPENDENCIA. ALIANZA UNIVERSIDAD, BUENOS AIRES, 1990, 2ª EDICIÓN.

4.- MONTAÑO JORGE, LA ONU Y EL ORDEN MUNDIAL., IMRED, SRE, 1992.

5.- RUSSELL ROBERTO, LA AGENDA INTERNACIONAL EN LOS AÑOS 90's. COLECCIÓN DE ESTUDIOS INTERNACIONALES, 1990.

6.- TOMASSINI LUCIANO, LA POLÍTICA INTERNACIONAL EN UN MUNDO POSTMODERNO. COLECCIÓN DE ESTUDIOS INTERNACIONALES, 1991.

### REFERENCIAS HEMEROGRÁFICAS :

1.- DIARIO, THE NEW YORK TIMES, NUEVA YORK., DIRECTOR GENERAL: STANDFORD ERICKSON.

2.- DIARIO, THE WASHINGTON POST, WASHINGTON D.C., EDITOR GENERAL: REONARD DOWNIE JR.

3.- DIARIO, THE FINANCIAL TIMES, LONDRES., DIRECTOR GENERAL: LOARD BLAKENHAM.

4.- DIARIO, LE MONDE, PARIS, DIRECTOR GENERAL:

5.- DIARIO, EL PAÍS, MADRID, DIRECTOR GENERAL:

6.- DIARIO, LA STAMPA, ROMA, DIRECTOR GENERAL: LUCIO BENNETTI.

7.- DIARIO, EL UNIVERSAL, MÉXICO D.F., DIRECTOR GENERAL: EALY ORTÍZ.

8.- DIARIO, EL FINANCIERO, MÉXICO D.F., DIRECTOR GENERAL: ROGELIO CÁRDENAS.

9.- INFORME ANUAL DEL BANCO MUNDIAL, WASHINGTON D.C., 1993.

10.- INFORME ANUAL DE LA JUNTA INTERNACIONAL DE FISCALIZACIÓN DE ESTUPERACIENTES, DENTRO DEL XLX PERÍODO DE SESIONES DE LA ASAMBLEA GENERAL DE LA ONU, NUEVA YORK, 1991.

11.- INFORME CONJUNTO DE LA REAL SOCIEDAD DE LONDRES Y LA ACADEMIA NACIONAL DE LAS CIENCIAS DE E.U., POPULATION GROWTH RESOURCE CONSUMPTION AND A SUSTAINABLE WORLD, LONDRES, 1993.

12.- INFORME DE LA CONFERENCIA DE LAS NACIONES UNIDAS SOBRE MEDIO AMBIENTE Y DESARROLLO, DENTRO DE LOS XLVIII Y XLIX PERÍODOS DE SESIONES DE LA ASAMBLEA GENERAL DE LA ONU, NUEVA YORK., 1990.

13.- INFORME DE LA CONFERENCIA DE LAS NACIONES UNIDAS SOBRE DERECHOS HUMANOS, DENTRO DE EL XLX PERÍODO DE SESIONES DE LA ASAMBLEA, NUEVA YORK, 1991.

14.- INFORME DEL PROGRAMA DE LAS NACIONES UNIDAS SOBRE POBLACIÓN Y VIVIENDA, NUEVA YORK, 1993.

15.- INFORME DEL PROGRAMA DE COOPERACIÓN INTERNACIONAL PARA LA ERRADICACIÓN DE LA POBREZA EN LOS PAÍSES EN DESARROLLO, NUEVA YORK, ONU, 1992.

16.- PUBLICACIÓN ESPECIAL, ENCUENTRO VUELTA: "LA EXPERIENCIA DE LA LIBERTAD", EDITORIAL VUELTA S.A. DE C.V. Y FUNDACIÓN CULTURAL TELEVISIVA, MÉXICO, 1991.

17.- PUBLICACIÓN ESPECIAL, PNUMA Y OMS, ASSESSMENT OF URBAN AIR QUALITY, GLOBAL ENVIRONMENT MONITORING SYSTEM, NAIROBI, KENIA, 1992.

18.- RESUMEN DE LA DECLARACIÓN MUNDIAL SOBRE LA SUPERVIVENCIA, LA PROTECCIÓN Y EL DESARROLLO DEL NIÑO, CUMBRE MUNDIAL EN FAVOR DE LA INFANCIA, UNICEF, NUEVA YORK, 1990.

19.- REVISTA "BUSINESSWEEK", PUBLICACIÓN SEMANAL, MCGRAW HILL INC., NUEVA YORK, DIRECTOR GENERAL: .

20.- REVISTA "CAMBIO 16", PUBLICACIÓN MENSUAL, MADRID, ESPAÑA, DIRECTOR GENERAL: .

21.- REVISTA "COMERCIO EXTERIOR", PUBLICACIÓN MENSUAL, DIRECTOR GENERAL: ENRIQUE VILATELA RIBA, BANCO NACIONAL DE COMERCIO EXTERIOR, S.N.C.

22.- REVISTA "CRÓNICA ONU", PUBLICACIÓN MENSUAL, DIRECTOR: JENETT GRAHAM, PUBLICACIÓN DE LA ONU-UNESCO.

23.- REVISTA "EXAMEN", PUBLICACIÓN MENSUAL, DIRECTORA: ROBERTA LAJOUS, EDITADA POR EL CEN DEL PRI, MÉXICO.

24.- REVISTA "FOREING AFFAIRS", PUBLICACIÓN MENSUAL.

25.- REVISTA "FOREING POLICY", PUBLICACIÓN TRIMESTRAL.

26.- "REVISTA MEXICANA DE POLÍTICA EXTERIOR", PUBLICACIÓN TRIMESTRAL, DIRECTORA: PATRICIA GALEANA, PUBLICACIÓN DEL IMRED, SRE.

27.- REVISTA "NEWSWEEK", PUBLICACIÓN SEMANAL, MCGRAW-HILL INC., NUEVA YORK, DIRECTOR: RICHARD M. SMITH.

28.- REVISTA "NEXOS" *SOCIEDAD, CIENCIA Y LITERATURA*, PUBLICACIÓN MENSUAL, DIRECTOR: HÉCTOR AGUILAR CAMÍN, EDITADA POR NEXOS, SOCIEDAD, CIENCIA Y LITERATURA, S.A. DE C.V., MÉXICO.

29.- REVISTAS "TIME" Y "TIME INTERNATIONAL", PUBLICACIÓN SEMANAL, NUEVA YORK, TIME INC., NUEVA YORK, DIRECTOR: STEPHEN B. SHEPARD.

30.- REVISTA "THE ECONOMIST", PUBLICACIÓN SEMANAL, LONDRES, THE ECONOMIST NEWSPAPER INC., DIRECTOR: ROBERT R. LANGARA.

31.- REVISTA "VUELTA", PUBLICACIÓN MENSUAL, PRESIDENTE: OCTAVIO PAZ, EDITADA POR EDITORIAL VUELTA S.A. DE C.V., MÉXICO.

32.- VARIOS, ANUARIO MEXICANO DE RELACIONES INTERNACIONALES., DIRECTOR: MODESTO SEARA VÁZQUEZ, UNAM, ENEP ACATLÁN.